

Pablo Poo

ESPABILA, CHAVAI

Cómo **NO** suspender
y aprovechar tu tiempo
en el instituto

Un libro para
adolescentes
que deberían
leer los padres



Índice

Portada

Sinopsis

Dedicatoria

PIENSA UN POCO...

1. Y YO... ¿PARA QUÉ ESTUDIO?
¿De verdad crees que estudiar no vale para nada?
2. UN MES CUALQUIERA DE TU FUTURO YO
Ser adulto no es barato
3. ¡ES QUE NO SÉ ESTUDIAR!
¿No te gusta estudiar? ¡Qué novedad!
4. ¿CÓMO ESTUDIO PARA UN EXAMEN?
¿No te concentras?
¡Pregunta las dudas, leche!
¡Seguimos con los pósitos!
Y ya que estamos escribiendo...
Cada maestrillo tiene su librillo
5. ¿UN TRES? ¡PUES YA NO ESTUDIO MÁS!
No te rindas a la primera
6. ¿QUÉ HAGO PARA APROBAR?
Diez consejos para no suspender
7. ¿BACHILLERATO O GRADO MEDIO?
Bachillerato
Grado medio
8. ¿PARA QUÉ VOY A HACER MÁS?
Exprímete al máximo

9. ¡QUÉ DE CLASES!

Clases de estudiantes
Clases de padres. Y de madres, claro está
Clases de profesores
Clases de institutos

10. CÓMO SOBREVIVIR EN EL INSTITUTO

La clase de «alto nivel»
La clase mixta
La clase floja
La clase jungla

11. ¡ME TIENEN MANÍA!

Lo siento, tenemos cosas más importantes que hacer

12. ¡NO QUIERO IR A CLASE!

Consejos si estás siendo víctima de acoso escolar
Algunas palabras por si eres acosador
El ciberacoso

13. LEER NO ES UN COÑAZO

¿Cómo elijo un libro?
Mi experiencia personal

14. EL PARO

No es oro todo lo que reluce

15. QUIERO SER FAMOSO

Tus habilidades
¿Y si soy youtuber?
¿Quién gana más dinero: CR7 o J. K. Rowling?

16. TU MÓVIL ES TUYO

Respétate para que te respeten

17. ¿QUIÉN SOY REALMENTE?

Eres mucho más de lo que piensas

18. Y NO NOS DAMOS CUENTA...

Presta atención

A MODO DE DESPEDIDA

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

iRegístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Pablo Poó es un profesor de instituto que se ha hecho muy popular por una carta que escribió a sus alumnos, «Carta para mis alumnos suspensos», que se hizo viral en las redes y de la que todos los medios de comunicación se han hecho eco.

Con un mensaje muy sencillo, directo y que conecta con los jóvenes de ESO y Bachillerato, el autor explica en este libro las verdaderas dificultades de la vida y la importancia de los estudios.

Un texto muy motivador para los jóvenes con el que los padres se verán muy identificados. Tratará el tema de la educación con un punto de vista muy cotidiano: por qué hay que estudiar, qué debe hacer un alumno para aprobar, la pereza de ir a clase y cómo superar las relaciones de alumno y profesor.

Un libro que no dejará indiferentes ni a padres ni a docentes.

*A todos (todos) mis alumnos.
De cada uno de vosotros he aprendido algo.*

PIENSA UN POCO...

Educad a los niños y no será necesario castigar a los hombres.

PITÁGORAS

Mira, chaval, eres un privilegiado y no te das ni cuenta. ¿Sabes cuántos millones —sí, millones— de jóvenes de tu edad se cambiarían ahora mismo por ti? Hay países del mundo donde llegar a los quince sano y salvo ya es un logro; donde, cuando abren el grifo no es que no haya agua caliente, ¡es que ni siquiera hay agua! Es más, si me apuras, no hay ni grifo.

En otros sitios del planeta los chavales de tu edad van a la guerra mientras tú te permites el lujo de ir al instituto a calentar la silla. La única diferencia entre esos adolescentes y tú es que tú has tenido la suerte de nacer en un país del primer mundo. ¿No da un poco de miedo a que todo se reduzca a una cuestión de suerte?

Tranquilo, no voy a seguir rayándote mucho tiempo más. Con dos párrafos, para empezar, es suficiente. Pero date cuenta de que el mundo es una selva; de que la vida, en sí, es una putada. La vida no te comprende, la vida no te hace recuperaciones. Si crees que lo que te espera de adulto es la misma burbuja que estás viviendo ahora en la ESO es que no tienes ni pajolera idea de qué va esto. Y si no quieres que te coman con patatas ahí fuera, vas a tener que espabilar.

Piensa en tu vida:

- √ Tus padres te pagan la comida: sí, abrir el frigorífico y que esté lleno no es como en *MasterChef*: ir, coger y cocinar. Antes hay que ganar dinero para poder gastarlo en alimentos. Cuanto más tengas, más caprichos podrás darte —como palomitas, refrescos...—. Cuanto menos tengas, deberás priorizar en lo básico.
- √ Tus padres te pagan la ropa: es que es su obligación, ¿no? Hombre, su obligación, ciertamente, es vestirme. El tema de las marcas o el exceso de ropa que tenemos todos en los armarios es otra cosa. Quizá, el día de mañana, no puedas permitirte una sudadera de marca con tu sueldo.

Suma: alquiler o hipoteca, más llenar la nevera, más seguros —casa y coche como mínimo—, más impuestos —¿sabías que para poder circular cada año hay que pagar uno? Se llama impuesto sobre vehículos de tracción mecánica, IVTM—. Si hay que pagar hasta para eso, imagina la de impuestos que existen —los hay hasta para que nos recojan la basura—, más mensualidades —internet, luz, agua, gas...—, más gasolina, más...¿Sigo? Y hasta el momento solo he sumado gastos básicos de cualquier familia ¡sin incluir los que genera tener hijos!

√ Tus padres te pagan el móvil y sus facturas: es decir, no solo el aparatito, también los datos que gasta. Y duran más bien poco, ¿verdad?

Apuesto a que el 80 por 100 de los menores de veinte años que están leyendo esto tienen la pantalla rota. Apuesto también que el 90 por 100 de los mayores de cuarenta tienen un móvil peor que el de los hijos o heredado de ellos. Vaya, parece que vamos a tener que repartirnos las culpas.

√ Tus padres te pagan hasta el botellón. A ver, todos hemos pasado por ahí. Yo también lo he hecho, ¡faltaría más! Y me lo pagaban mis padres, claro. O directamente o con la paga mensual que me daban.

Y también he comprado alcohol del malo porque era el más barato, y las bolsas de hielo a última hora en el chino o la gasolinera, y los vasos de tubo; y he pasado mucho frío en las noches de invierno, y he meado en la calle y hemos dejado entre todos el sitio donde hacíamos botellón hecho un asco —de las resacas prefiero olvidarme—. No voy a venir de santo. Simplemente quiero que te des cuenta de que vives tan bien que hasta el botellón sale del dinero de tus padres.

En el instituto la cosa tampoco pinta mal:

√ Los exámenes cada vez cuentan menos: bueno, depende del profesor, vale. Pero el peso de la nota en la evaluación se ve compensado por el de las tareas, los trabajos, las intervenciones en clase, el comportamiento, etc.

Además, sabes que si suspendes un examen te harán una recuperación. Si no, a refuerzo, que allí dicen que no se hace nada mientras tú estás en Francés puteado. Y si no, fichitas —todos conocemos algún caso de alguno que, sin tener ni idea, ha terminado aprobando con ellas. Obviamente, excluyo de este ejemplo a los alumnos que tienen alguna enfermedad o problema—. Y si repites... sabes que al año siguiente pasarás de curso aun habiendo suspendido todas.

Yo, la verdad, no estoy demasiado a favor de los exámenes. Creo que hay mejores formas de medir lo que sabéis —no te vengas arriba, que para mí también es un latazo poner los exámenes, tanto como corregirlos—, pero en la vida adulta existe una cosa llamada «oposición» con la que, dependiendo de la orientación laboral, te vas a encontrar tarde o temprano. Si piensas que los exámenes del instituto son injustos, no te haces idea

de lo que son las oposiciones. Más adelante hablaré un poco más de ellas. No hay que amargarse tan pronto.

√ Nos perdonan casi todo: ¿que tenía que entregar un trabajo ayer? Bah, seguro que hoy me lo coge también, o mañana. Total, le digo que no tenía impresora, que he tenido un problema con el *pen*, que no he podido quedar porque mis padres no me han podido llevar... Seguro que cuela. Con las excursiones, igual: ¿no conoces a nadie que haya llevado la autorización justo antes de montarse en el autobús?

En la vida que te espera más allá del instituto esto no es así. Es tan diferente que llega a ser hasta cruel. Si entregas una beca fuera de plazo, adiós beca. Y si quedarte sin ella significa que no vas a poder estudiar aquello que te gusta, te vas a quedar en tu casa y no le va a dar pena a nadie. Y quien dice una beca, dice cualquier solicitud que implique unos plazos de entrega: una matrícula para el grado o ciclo que quieras estudiar, una solicitud económica para pagar el audífono de tu abuelo, tus *brackets* o el bonobús que usarás a diario para ir a la facultad o al instituto donde sigas estudiando.

Aunque creas que ser adulto queda demasiado lejos cuando estás en la ESO, no, ¡la vida vuela! Cuando quieras darte cuenta estarás vendiendo mantecados para pagarte el viaje de estudios de 4.º. Y luego, ¿qué? ¿Bachiller? ¿Ciclo? ¿Nada? En ese momento empezarás a darte cuenta de que la vida va un poco en serio y de que la burbuja de la ESO, por fin, ha explotado.

1

Y YO... ¿PARA QUÉ ESTUDIO?

Todos me hacéis siempre la misma pregunta: «¿Yo para qué quiero estudiar Lengua si voy a ser...» —aquí añades la profesión que te gustaría desempeñar en el futuro para la que, obviamente, no hace falta saberse al dedillo todo lo que explicamos en Lengua—.

¿Te imaginas, de verdad, un mundo donde las personas solo estuvieran formadas en aquello relacionado con su trabajo? Sería una sociedad de gente incompleta, dependiente y manejable.

Piensa si no en ese médico, que sabría mucho de medicina, pero nada de matemáticas, yendo de rebajas y siendo engañado por el de la caja, que en vez de aplicarle el 30 por 100 de descuento que marca la etiqueta le estaría haciendo un 20 por 100 para quedarse con la diferencia.

Imagina, por qué no, una madre abogada que, como no sabe nada de biología —porque no le hace falta para su trabajo—, ignora que lo que le provoca el dolor de barriga a su hijo es un simple virus del que se ha contagiado en el colegio. Así que, en vez de darle antibióticos, lo lleva a un curandero porque piensa que es magia negra.

Vale, son ejemplos muy exagerados y hasta un tanto absurdos, pero no mucho menos que la preguntita.

En el instituto intentamos darte una formación que abarca muchos campos distintos. Y se hace por varios motivos: el principal es que, tocando muchas áreas del saber, vas a poder darte cuenta de qué es lo que te gusta realmente y orientar tus estudios hacia ese mundo laboral. Es como una reacción en cadena: si nunca has estudiado idiomas no podrás saber que te encanta el inglés y que, de mayor, te gustaría ser profesor.

Por otro lado, mientras más sepas de todo, más completo y valioso serás en tu vida adulta. El conocimiento te hará libre, no lo olvides nunca, porque te dotará de capacidad de análisis, comparación y decisión.

¿DE VERDAD CREES QUE ESTUDIAR NO VALE PARA NADA?

Las mentes cerradas se conquistan fácilmente: solo tienen una puerta. Una vez que cede, estás perdido. Sin embargo, en las abiertas es más complicado entrar porque tienen tal amplitud de mira y tanta variedad de puntos de vista que siempre terminan entendiendo las cosas, razonando, aceptando ideas que en principio rechazaban y, lo que es más importante, convenciendo a los demás.

Dicen algunos que la tercera guerra mundial se está llevando ya a cabo y no nos damos cuenta porque es una guerra no violenta que, en lugar de armas, utiliza información. ¿Te has parado a leer las condiciones que aceptamos cuando nos descargamos cualquier programa o aplicación para el ordenador, móvil o *tablet*? ¡Dan miedo!

Aceptamos que sepan en todo momento dónde estamos gracias a los datos 3G o wifi que utilizamos —triangulan nuestra posición gracias a las antenas que nos dan cobertura. ¿Ves cómo es útil saber un poco de cada materia? La triangulación es un concepto matemático. A lo mejor las matemáticas no están relacionadas con tu futuro trabajo, pero te afectan en el día a día. Puedes vivir sin saber lo que es, está claro; otra cosa es que se aprovechen de ti por eso o que quedes como un ignorante. Y sabes que no te da igual que te tomen por tonto—. Bueno, sigo, ¿nunca te ha extrañado que el teléfono te diga el tiempo que hace en el sitio en el que estás? ¿O que cuando estás en algún bar te pregunte si quieres dejar una opinión sobre ese mismo sitio?

En Google Maps hay una opción flipante: cronología. Te recomiendo que, aunque sea por curiosidad, la actives. Marca todos los trayectos que has hecho mientras llevas el móvil —por cierto, si tienes que huir de la policía, no lleves el teléfono encima—.

Aceptamos también que accedan a nuestra galería de fotos —ejem...tú sabrás qué guardas—. Pueden acceder a ellas a través de tu conexión a internet...¡porque les has dado permiso! Aceptamos que vean nuestro registro de llamadas, nuestra identidad y amigos en las redes sociales, que publiquen estados en nuestro nombre, ¡que puedan acceder a la cámara de fotos!

Información, información y más información. Somos seres en apariencia libres, pero controlados totalmente. ¿Ves la importancia que tiene una buena formación para ser capaz de darte cuenta de todo esto?

En el instituto, más que formar profesionales de este o aquel sector, intentamos formar ciudadanos más o menos libres e independientes. Para especializarte en tu futuro laboral ya tienes el bachillerato, el ciclo, el grado, el doctorado... Ahora solo te estamos dando un método de estudio, un hábito de trabajo y unos conocimientos básicos para que no seas un borrego manejable.

Verás, cuando se pasa por muchos institutos —y yo llevo catorce desde que empecé en esto— conoces a muchísimos alumnos. Yo suelo tener, por curso, entre ochenta y ciento treinta distintos. Depende del número de cursos en los que imparta clase y de cuántos estéis en cada aula. He llegado a tener bachilleratos de hasta cuarenta y dos alumnos y, créeme, los principales perjudicados sois vosotros. ¿Piensas que podría

corregir tantos comentarios de texto como me hubiera gustado para que hicierais la selectividad lo más preparados posible? ¡Ni de coña!

Es triste, pero no todos mis alumnos acaban bien. Yo he tenido la desgracia de ir al entierro de una alumna, de ver cómo otros han acabado en la droga o tirado su adolescencia por la borda sin ningún motivo que lo justificara. También he conocido historias familiares muy duras.

Pero los seres humanos somos tan tontos que no nos sirven los ejemplos de otros para no cometer sus mismos errores: tenemos que cometerlos nosotros, somos así de guais. Algunos, incluso, tienen que cometerlos varias veces. Por eso me da mucha rabia cuando en 4.º de ESO veo al típico o la típica que no hace nada, o lo mínimo, y le pregunto que qué va hacer el año que viene. Su respuesta: «¡Un ciclo de Mecánica!» o «¡Bachillerato de Sociales!». ¿En serio? ¿En serio cree que si lleva cuatro años estudiando lo mínimo va a poder, de la noche a la mañana, con un ciclo o un bachillerato? Si tú piensas eso, de verdad, háztelo mirar.

Voy a hacer una comparación con el deporte. ¿Crees que podría acabar una maratón alguien que no hubiera entrenado en su vida por muy buen aspecto físico que tuviera? Pues con los estudios pasa lo mismo. Si no has aprendido un método de estudio, si no has adquirido un hábito de trabajo, simplemente, no vas a poder con el nivel de exigencia de un ciclo o un bachillerato. No porque seas tonto. En los más de mil alumnos que han pasado por mis aulas no había ni un solo tonto, te lo aseguro. ¿Vagos? Muchos, demasiados.

Vuestro problema es de esfuerzo, no de capacidad. Tenéis talento de sobra para sacaros la ESO con notable para arriba, pero entre que cada vez os pedimos menos —tanto vuestros padres como nosotros, los profesores— y que yendo a lo mínimo se vive mejor, pues así va la cosa.

Pero, amigo, la O de ESO significa «obligatoria», es decir, que queráis o no los profesores os tenemos que aguantar. Una vez que acabe la ESO entráis en el maravilloso mundo de la educación postobligatoria o, lo que es lo mismo, voluntaria —si tus padres te obligan, no es mi problema, lo siento— o lo que también es lo mismo: «O te esfuerzas, o ahí tienes la puerta».

No creas que el método de trabajo es el mismo en la ESO que en el ciclo o bachillerato, ¡qué va! El nivel de exigencia aumenta bastante. Pregunta si no a los de 2.º de bachillerato cómo son las semanas previas a la selectividad.

Los profesores, además, también cambiamos mucho. Yo no soy el mismo en Lengua de 4.º de ESO que en 1.º de bachillerato. En el último curso de secundaria te perdonaría cosas por las que te caería una bronca monumental en 1.º de bachillerato. Porque entonces tendría un objetivo: que sacaras la máxima nota en selectividad para que puedas estudiar aquello que te gusta. Si no estás dispuesto a dar el callo es tu problema: hay una oferta muy amplia de estudios y quizás has elegido mal; y yo tengo, además de ti, a treinta y pico alumnos más que necesitan sacar buena nota.

Volviendo a lo que te decía de los alumnos que he conocido. Con muchos de ellos, sobre todo a través de las redes sociales —con las que suelo trabajar en clase,

fundamentalmente, Instagram— sigo manteniendo contacto. Y por desgracia son muchos los casos de abandono en los ciclos y bachilleratos. Estos alumnos suelen responder a un perfil concreto: apenas se han esforzado en la ESO y han ido pasando de curso aprobando algunas en septiembre y repitiendo con pendientes. Estos pobres pensaban que solo por estudiar algo que les gustaba iban a transformarse y sacar su ciclo adelante.

—Pablo, a mí es que la lengua no me gusta, yo valgo para la mecánica porque me encantan las motos. ¿Tienes una? Si le pasa cualquier cosa, ya verás, tráemela que te la arreglo. Pero eso de los determinantes, los verbos...que no, que no es lo mío.

Y cinco meses más tarde:

—Joder, Pablo, tenías razón. Al final he terminado dejando el ciclo. Mira que me gusta la mecánica, pero es que como no había estudiado en mi vida, cuando me ponían esos exámenes tan largos no sabía ni por dónde empezar. ¡Exámenes de varios temas! Y yo que no sé ni subrayar ni hacer un esquema...Además, tío, empezaron a saco con las matemáticas, y yo que en clase siempre aprobaba por pena, pues no sabía de lo que me hablaban. Y los profesores, joder, iban *follaos*. Decían que esto ya lo teníamos que saber de la ESO, que esto ya lo teníamos que saber de la ESO...En fin, que lo dejé. Y nada, ahora estoy mirando qué hacer, porque es una putada estar en casa sin saber qué hacer con tu vida.

Creo que queda suficientemente claro.

Con otro tipo de asignaturas más difíciles de aplicar a la vida real pasa algo parecido: no nos interesan porque no le encontramos utilidad en nuestro día a día. ¡Y sí que la tienen! A veces más que otras en las que se ve claramente como Matemáticas o Inglés. Hablo de contenidos de Literatura o Filosofía.

Si recuerdas lo que he dicho al principio de este capítulo, uno de los mayores tesoros que tendrás de adulto será tu libertad. Libertad entendida como capacidad para tener criterio propio, una opinión personal ante las cosas que no venga impuesta desde fuera.

¿Piensas que en televisión, por ejemplo, salen todas las noticias? Salen solo las que, por este o aquel motivo, interesa que salgan. Y si te fijas con más detenimiento te darás cuenta de que cada cadena, cada periódico o cada radio cuenta las cosas según su ideología política: unos le dan más caña a los azules, otros a los rojos; para unos los morados son el demonio y, para otros, los naranjas son azules disfrazados.

¿Y la verdad, entonces, cuál es? Ah, amigo, ahí entras tú y tu formación intelectual para tener criterio propio o tragarte toda la basura que nos lanzan a diario desde los medios de comunicación.

Ya en el siglo I a. C. Horacio dijo: «Sapere aude» —«¡Atrévete a saber!»—, y es que la curiosidad es el arma más poderosa que tenemos. Te pongo un ejemplo. ¿Tú crees que es posible rebelarse contra el sistema y las normas establecidas o siempre tenemos las de perder porque no se puede luchar contra los gigantes?

¿Conoces el Romanticismo? Sí, hombre, si estás en 3.º de ESO o más ya lo has tenido que dar: la *Canción del pirata* —«Con diez cañones por banda / viento en popa a toda vela...»—, Bécquer —muy útil en San Valentín...—, *Don Juan Tenorio*... ¿Nada? ¿Algo? El Romanticismo literario no es más que la rebelión de unos cuantos autores con

muchos cojones y ovarios para ir en contra del sistema establecido: tanto en lo social como en la literatura.

¿Es posible, entonces, ir contra un sistema que consideres injusto? Sí, ya lo hicieron los románticos doscientos años antes que tú. Y, antes que ellos, hubo otros movimientos similares. Si no tienes referentes culturales, además de ser un inculto —lo siento, lo pone en el diccionario—, se lo estás poniendo en bandeja para que hagan contigo lo que quieran: bajarte el sueldo, subirte la luz en plena ola de frío, decirte que van a hacer una cosa y, cuando lleguen al Gobierno, hacer la contraria con cualquier excusa... Al menos, entérate de lo que pasa. No seas un mero espectador y sé el dueño de tu propia vida.

En conclusión: estudias de todo no solo para saber específicamente de cada materia, sino para que vayas tanteando qué te gusta y qué se te da bien. Para aprender un método de estudio, un hábito de trabajo; en definitiva, para poner los cimientos del futuro edificio que serás de adulto.

2

UN MES CUALQUIERA DE TU FUTURO YO

Por si acaso todavía queda algún incrédulo por ahí, voy a hacer una simulación basada en mí, una persona normal de treinta y tres años que tiene un trabajo medio decente: profesor de secundaria, para que veas los gastos a los que me enfrento cada mes. De este modo podrás hacerte una idea sobre el tipo de vida que te gustaría llevar y el coste que tendría. Coste que, por cierto, solo podrás permitirte con un trabajo que te ofrezca un salario razonable. Trabajo que, por cierto..., exacto. ¿Ves la importancia de la formación?

CONCEPTOS	GASTOS
Alquiler (comparto piso, esta es mi parte)	365 €
Seguro coche	85 €
Letra del coche	189 €
Internet casa	29,95 €
Internet móvil	32 €
Agua: bimensual	15 €
Luz (basada en una factura de noviembre)	65 €
ONG (hay que ser un poco solidarios, ¿no?)	30 €
Gimnasio (descuento por pagar el semestre de una vez)	26 €
Comida (depende de si vives solo, en pareja, con familia...)	80 €

Gasolina (mi gasto es muy elevado porque trabajo a una hora de casa. Es el precio que tiene vivir con tu pareja)	250 €
<i>Parking</i> (lo podría dejar en la calle, pero no hay aparcamiento donde vivo. Además de los daños extra: te lo pueden rayar, aparcarte al toque, romperte porque sí un retrovisor, robarte la antena... Ya sabes que vivimos en un país de gente civilizada)	50 €
Peluquería (mínimo una vez al mes, a no ser que vayas a dejarte melena)	11,50 €
Salidas (cervezas, tapas, cenas con tu pareja, alguna copa con tus amigos... A determinadas edades, seguir haciendo botellón es síntoma de algo que desconozco)	150 €
Ropa (obviamente, no compro ropa todos los meses. Imaginemos que he visto un jersey y unos vaqueros que me gustaban)	50 €
Extras (todos los meses hay gastos inesperados: un impuesto que te llega —¿recuerdas el IVTM?—, un regalo que tienes que hacer, un capricho que te quieres dar, un préstamo que tienes que hacerle a algún amigo o familiar —sí, también pasa, la cosa está muy malita...—, el mes que te toca revisión en el taller... Yo qué sé, mil cosas)	100 €
TOTAL	1528,45 €

Mi sueldo actual son 1857 euros. Según esta simulación, me quedarían 328,55 euros. Pues te aseguro que ningún mes he conseguido ahorrar tanto. ¡Y no tengo hijos ni familiares que dependan de mí!

SER ADULTO NO ES BARATO

El salario mínimo en España es de 707,60 euros: ¡gasto el doble! Y ya has visto lo que me vale el seguro del yate y la casa de Miami...Entonces, ¿qué hago para cuadrar mi actual nivel de vida dentro de los límites de un salario mínimo? Podría salir menos. Sí. Tampoco es que salga mucho: el gasto se concentra en los fines de semana. Pero es que cenar o comer fuera cada vez es más caro. Si al menos vivieras en una ciudad donde con cada consumición te ponen una tapa...podrías ahorrar algo; pero no en todos los sitios es así. Y si vas a un McDonald's con más de treinta años y sin hijos alrededor, la gente te mira raro. Quizás si me quito del gimnasio...¡bah! Son 26 euros al mes; no me va a sacar de pobre.

Los recortes eficientes para cuadrar mi actual ritmo de vida con el salario mínimo vienen por donde más duele a la propia independencia:

- ✓ Tendría que irme a vivir de nuevo con mis padres. Uf, ya que me he acostumbrado a vivir solo, a tener la casa a mi gusto, a entrar y salir sin tener que dar explicaciones, a vivir con mi novia...¡Menudo paso atrás!
- ✓ Podría mudarme a un piso de peor calidad o en una zona distinta de la ciudad. Tú mismo; pero los alquileres, en general, cada vez están más caros.
- ✓ Podría dejar el coche en la calle. Yo hice la prueba: prefiero pagar a tener que levantarme veinte minutos antes cada día para ir caminando hasta el coche y, a la vuelta, tener que pasar media hora buscando aparcamiento a diario. ¡A diario!
- ✓ Si trabajara más cerca, gastaría menos en gasolina. Claro, pero quién decide dónde trabajas: ¿tú o tu empresa?
- ✓ Podría tener un coche más barato. Al fin y al cabo, renunciar a uno de marca por otro convencional..., Bueno, tiene su pase. No hay que tenerle apego a las cosas materiales, mejor a las personas.

En definitiva, todo se reduce a una pregunta: ¿a qué estás dispuesto a renunciar? Porque en la vida adulta hay que renunciar a muchas cosas. A un piso con dos dormitorios, a un BMW, a una sudadera DC o a un iPhone es fácil. Relativamente fácil, vale.

Pero ¿y renunciar a tus sueños? Ah, amigo, ¡eso duele más! Los sueños no se regalan: los sueños se conquistan. ¿Estás dispuesto a luchar para conseguir el tuyo?

3

¡ES QUE NO SÉ ESTUDIAR!

Si estás en la ESO y piensas que lo que haces es estudiar, espérate a un ciclo, al bachillerato o a la universidad, y hablamos. Sí, lo siento. A ver, la secundaria es muy asequible, ¿sabes por qué? Porque es una enseñanza mínima y obligatoria, es decir, está pensada para que la mayoría de la población tenga unos estudios básicos que le permitan desenvolverse en la vida, por lo que, comprenderás, muy difícil no la pueden poner.

Si estás suspendiendo es en gran medida porque quieres o porque no sabes estudiar. Tranquilidad, vamos a intentar resolver ambas cosas, aunque la primera depende al cien por cien de ti.

Por mucho que hayas oído que el nivel del sistema educativo ha ido bajando con los años, como no lo has vivido, es muy fácil que no te lo creas. Verás, yo pasé de la EGB a la ESO, ¡y no veas si noté el cambio!

Antes, el sistema educativo no se organizaba como ahora. El tramo obligatorio se llamaba Enseñanza General Básica (EGB), y abarcaba hasta los catorce años. Después pasabas a BUP, un bachillerato que duraba tres, u optar por una FP —piensa: la decisión de hacer un grado universitario o un grado de formación profesional en 2.º de ESO, ¡en plena edad del pavo!—. Está feo que lo diga, pero antes éramos más maduros. No es que no tuviéramos pavo —a mí, hoy, todavía me entra a veces y me vuelvo insoportable—, pero nos trataban con más exigencia de la que ahora empleamos con vosotros y eso nos hacía madurar antes. Finalmente, el COU, que sería el 2.º de bachillerato actual. Luego, la selectividad —eso no ha cambiado mucho de momento—, y, después, si te daba la nota, la carrera que querías.

Bueno, pues yo hice hasta 8.º de EGB y, al año siguiente, pasé a 3.º de ESO. Libros nuevos, métodos nuevos...y un bajón de nivel alucinante. Recuerdo este curso como uno de los años más aburridos de mi etapa como estudiante, porque la mayoría de las cosas ya las habíamos dado el año anterior, ¡si parecía que había repetido!

La ESO se fue implantando poco a poco. Mi instituto fue de los primeros, así que tenía compañeros en otros centros que estudiaban con el plan antiguo. Y cuando llegamos a 2.º de bachillerato y nos comparábamos con los que estaban haciendo COU... resulta que nosotros estábamos dando menos.

¡Pues mejor!, ¿no? Menudo tío empollón que se queja por dar menos que otros...¿Y la selectividad, qué, listo? Los grados universitarios tienen un aforo limitado, como las discotecas. Y solo entran los que tienen la nota más alta. Si alguno de COU iba mejor preparado que yo a la selectividad y sacaba más nota, se ponía por delante de mí para elegir carrera. Por lo tanto, si mi carrera se llenaba, tenía que estudiar otra cosa o quedarme llorando en casita.

¿Que si se llenan las carreras? ¿Por qué crees que la nota de corte de Medicina del año pasado fue de un doce con algo —la máxima nota que puede sacarse en selectividad es catorce—? Vale, no vas a estudiar Medicina, pero ¿sabes cuál fue la de Animación de Actividades Físico-Deportivas? Un siete y pico. Parece que vas a tener que ponerte las pilas si quieres hacer lo que te gusta.

¿NO TE GUSTA ESTUDIAR? ¡QUÉ NOVEDAD!

Bueno, volvamos al tema. No te gusta estudiar. ¿Crees que a mí sí me gustaba? Estudiar, como tal, le gusta a muy poca gente: pasarse horas sentado delante de un libro o unos folios intentando memorizar, bajo un flexo, el contenido que nos van a preguntar dentro de unos días.

No eres especial: estudiar no le gusta a casi nadie. A la gente lo que le gusta es ir a la playa, salir de fiesta, jugar a los videojuegos...¿pero estudiar? Yo no pretendo que te guste, pretendo que le veas la utilidad para tu futuro y que lo hagas porque entiendes que te va a beneficiar.

¿Piensas que a tus padres les gustaba limpiarte el culo cuando eras un bebé? Ya te lo digo yo: no. Pero lo hacían, con más o menos amor, porque eran tus padres y tenían que hacerlo. En la vida no podemos hacer solo las cosas que nos gustan, al menos ese 99 por 100 de la población a la que perteneces. Cosa distinta es que fueras multimillonario, pero no es el caso, así que deja de pensar en eso.

Estudiar es una de tus pocas obligaciones. ¡Bienvenido al mundo de las obligaciones! Disfruta de tu adolescencia, porque es la última etapa en la que las obligaciones son perfectamente asumibles: luego te harás mayor y tendrás que encontrar trabajo, o te agobiarás si no lo encuentras, o si te pagan poco, o si te mandan al quinto pino, o si te tienes que ir al extranjero porque no lo encuentras en España.

Y cuando tengas hijos, para de contar. Tu principal obligación serán ellos. Y se pondrán malos, y se te pondrán rebeldes y exigentes, y pasarán de ti...Y cuando tus padres sean viejos, ¿no los dejarás tirados, verdad? Obligaciones, obligaciones y más obligaciones.

Y ahora, ¿qué tienes que hacer? ¿Estudiar un examen de un tema? —¡ohh, pobrecito! —, ¿ayudar a poner la mesa?, ¿recoger tu cuarto? ¡Te cambio las obligaciones sin dudarle un segundo! Por lo tanto, primer argumento solucionado. Que no te guste estudiar es lo más normal del mundo. Búscate otra excusa mejor.

Nos centraremos entonces en lo segundo: no sé estudiar. A estudiar se aprende como a todo en la vida. Nadie nace sabiendo —salvo los que tienen un don en algo; pero, incluso ellos, tienen que trabajar duro para perfeccionarlo y sacar lo mejor de sí mismos—. Vamos a ver algunos trucos para que aprendas a estudiar o a mejorar lo que ya haces.

¡USA LA AGENDA!

Si tu instituto no te regala la agenda, cómprate una ya. Las hay más feas, más bonitas, más cursis, más caras y más baratas. Elige una que te guste y que te motive a utilizarla. Si compras una para salir del paso, te digo desde ya que no la vas a usar.

La agenda se va a convertir en tu compañero inseparable de pupitre. En cada hora de clase vas a sacar el libro, el cuaderno, el estuche y la agenda. Esta siempre en la mesa.

¿Sabes por qué en los programas de cocina están todos los utensilios a la vista? Porque está comprobado científicamente que se usa lo que se ve. Haz la prueba: vete a la cocina y rebusca en el fondo de un armario. Seguro que encuentras una licuadora que regalaron a tus padres en su boda y que solo han usado con una manzana y cinco fresas desde entonces. O, mejor, ve a tu cuarto y mira en el cajón de las camisetas, ¿hace cuánto que no te pones esa que está en el fondo? —lávala antes si te ha dado el venazo y te la quieres volver a poner—.

Si tienes la agenda siempre encima de la mesa te aseguras que la vas a utilizar. Pero ¿cómo? Te recomiendo que hagas tres clases de anotaciones —los cumpleaños y las dedicatorias de tus amigos van por tu cuenta; ahí no me meto—:

1. Deberes que se mandan.
2. Cosas que hay que hacer.
3. Cosas que hay que entregar o fechas de exámenes.

Para cada anotación emplea un símbolo. Yo propongo los tres que vas a ver ahora, pero puedes personalizarlos y usar los tuyos propios.

1. *Deberes que se mandan*

Imagina que es lunes 14 de noviembre y estás en clase de Lengua. El profesor —como no tiene nada mejor que hacer— te manda las actividades 3, 4 y 5 de la página 36 para el jueves. ¿Cómo lo anotas?

- > Vete al día en el que te han mandado los deberes: lunes, 14 de noviembre.
- > Usa el signo de los *hashtags* de Instagram, Twitter..., de cualquier red social para marcar los deberes que te han mandado hoy (#).
- > Justo al lado pon el nombre o la abreviatura de la asignatura: Lengua Castellana y Literatura es LCL: #LCL.



- > No hace falta que pongas las palabras «página», «pág.», ¡ni siquiera «p.»! Ahorra trabajo y escribe solo el número de la página: 36.
- > A continuación, y entre paréntesis, las actividades que tienes que hacer: (3, 4, 5).

El resultado sería el siguiente: #LCL 36 (3, 4, 5). Esto querría decir que:

- ✓ hoy lunes 14 de noviembre
- ✓ te han mandado #
- ✓ en Lengua (LCL)
- ✓ las actividades 3, 4 y 5 de la página 36: 36 (3, 4, 5)

Veamos un ejemplo real —no olvides felicitar a los Veneratos o Filomenos—.

2. *Cosas que hay que hacer*

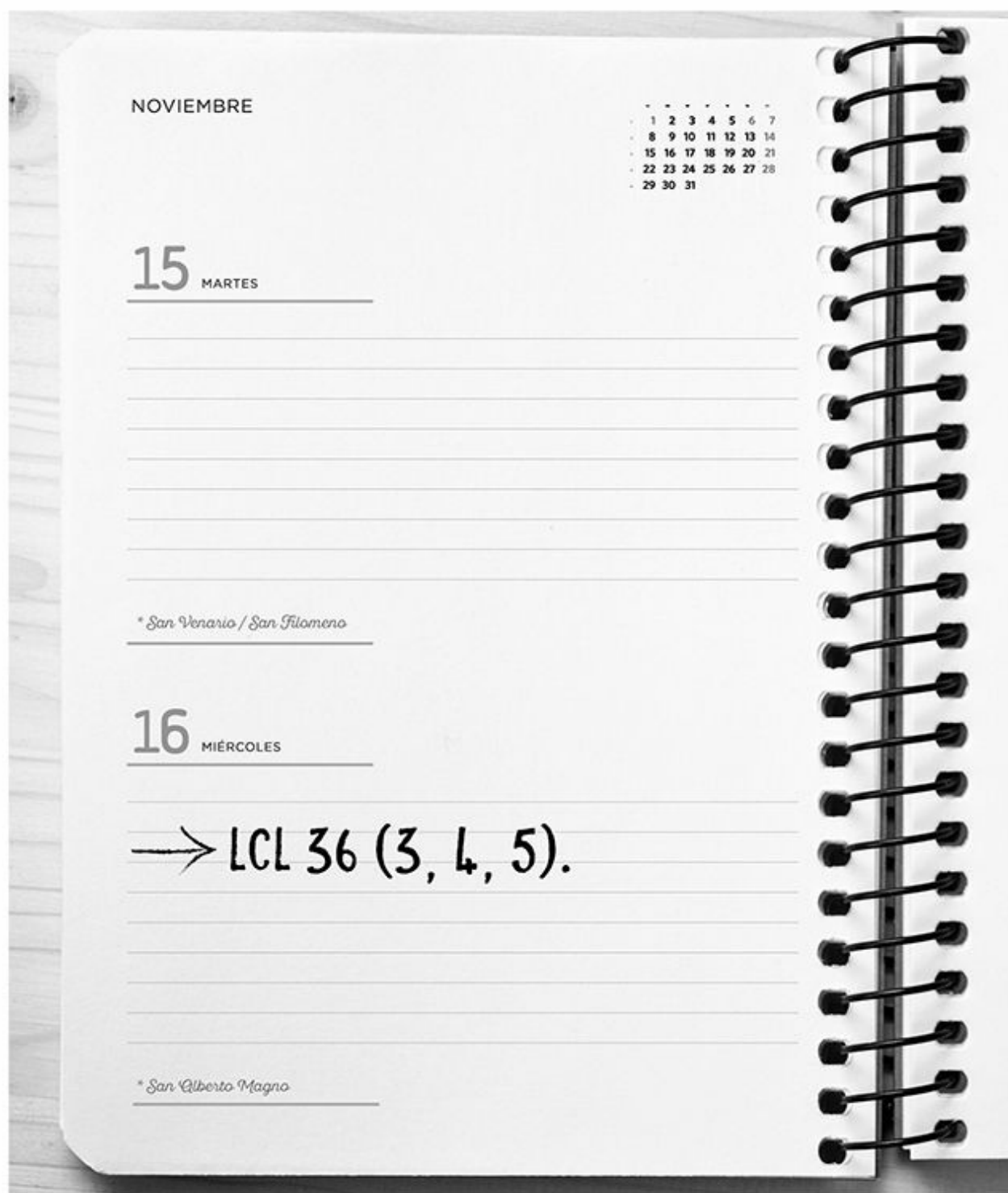
Como nos tomamos las cosas con calma y nos gusta dejarlo todo para el último momento —siempre hay algo mejor que hacer que estudiar o los deberes—, has planificado que las tareas que mandó el profesor de Lengua el lunes para corregirlas el jueves las vas a hacer el día anterior: miércoles. ¿Qué es lo que harías?

- > Te irías, como no podía ser de otra manera, al miércoles 16 de noviembre.
- > Usarías una flecha apuntando hacia la derecha como símbolo: (→).
- > Repetirías la anotación anterior sustituyendo la almohadilla (#) por la flecha (→).

El resultado sería el siguiente: → LCL 36 (3, 4, 5). Y querría decir que:

- ✓ hoy miércoles 16 de noviembre
- ✓ tengo que hacer →
- ✓ de Lengua (LCL)
- ✓ las actividades 3, 4 y 5 de la página 36: 36 (3, 4, 5)

Así quedaría en la agenda:



3. Cosas que hay que entregar o fechas de exámenes

Sin que te hayas dado cuenta, en apenas lo que tardas en leer un par de páginas de este libro, ha llegado el jueves y, en Lengua, vais a corregir las actividades. ¿Cómo

anotas que las actividades son para el jueves?

- > Te vas al... ¡premio!, jueves 17 de noviembre.
- > Usarás la flecha apuntando hacia arriba como símbolo: (↑).
- > Repetirás la anotación anterior sustituyendo la flecha que apuntaba a la derecha (→) por la que apunta hacia arriba (↑).

El resultado sería el siguiente: ↑ LCL 36 (3, 4, 5). Y significaría:

- √ hoy jueves 17 de noviembre
- √ tengo que entregar ↑
- √ en Lengua (LCL)
- √ las actividades 3, 4 y 5 de la página 36: 36 (3, 4, 5)

Mira cómo quedaría en la agenda:



Esto ya parece otra cosa:



Como he dicho, este sistema lo puedes personalizar. Es bueno dar a los métodos que se empleen un toque nuestro porque los asimilaremos mucho mejor. Cuando le vayas cogiendo el truco, te darás cuenta de que no siempre es necesario poner la página y las actividades; con anotarlos la primera vez —cuando se manden los deberes— será suficiente.

Para señalar el día que los vas a hacer o el que se van a corregir te sirve con su símbolo correspondiente y la abreviatura de la asignatura. Además, esto no solo es válido para los deberes: también puedes apuntar exámenes, trabajos, autorizaciones firmadas, etc. Veamos un ejemplo de cómo anotar un examen:



¡Superfácil! Solo debes usar el símbolo de la fecha hacia arriba para apuntar el día que lo tienes, seguido de la abreviatura EX, la asignatura MAT —Matemáticas, claro está— y el tema del que te examinarás; en este caso, el dos.

4

¿CÓMO ESTUDIO PARA UN EXAMEN?

¿Tú eres de los que estudia el último día? ¡Error! Así lo único que consigues es darte un lote impresionante que no te va a servir para mucho. Vale, a lo mejor apruebas, pero no habrás aprendido nada.

Si haces esto tendrás que estar estudiando constantemente porque lo que has hecho ha sido memorizar, no aprender. Lo que se memoriza, se olvida. Lo que se aprende, se queda. ¿O acaso tienes que memorizar que con el semáforo en verde cruzas y en rojo esperas? Te imaginas pensando delante de uno —«Uf, el color verde ¿qué era: esperar o cruzar?»—. ¡Habría miles de atropellados al mes!

El sistema de la ESO es muy repetitivo. Básicamente, un curso superior consiste en decir lo mismo que el anterior añadiendo un poco más. Piensa en Lengua, por ejemplo, ¿cuántos años llevas dando las clases de palabras? ¿Sabes distinguir un pronombre demostrativo de un determinante demostrativo? —a propósito, ¿sabes lo que es un determinante?—. Son cosas que llevas estudiando desde primaria, pero como solo memorizas en lugar de aprender, tienes que estar empollando siempre lo mismo porque se te olvida.

Te propongo un método para estudiar cada día un poco menos. Es decir, te cambio la paliza de estudiar el día o los días antes de un examen por trabajar un poquito a diario.

Con la mente pasa lo mismo que con un embudo: dado que la boca es más ancha que el tubo, si echas mucha agua a la vez terminará rebosando. Y si a tu mente le metes muchos conocimientos en poco tiempo, acabará desbordándose y solo te quedarás con un pequeño porcentaje de lo que querías aprender. Sin embargo, si el agua la vas echando poco a poco te asegurarás de que pase toda —ve a la cocina si quieres y haz la prueba—; esto es lo que harás precisamente con tu mente: que se quede con todo.

Para ello, vete al *planning* que tienen casi todas las agendas. Si la tuya no tiene, no te preocupes, en internet hay miles, a cada cual más chulo. Escoge el que te motive para usarlo.




La táctica que te propongo la he bautizado como «El método de los cuatro días» —sí, ya lo sé, Hollywood no me va a contratar para poner títulos a las películas, por eso me dedico a dar clases de Lengua—. Consiste en empezar a estudiar cuatro días antes del examen haciendo algo distinto para que no te aburras.


Yo he elegido uno de los *planning* más descargados de internet. Es el más feo, sí, pero está libre de derechos.

El método, como ves, es bien sencillo:

- ✎ Cuatro días antes del examen haz una lectura del tema —¿Ya está? Sí, ya está—. Aprovecha para anotar las dudas que te surjan en la agenda y preguntarlas en clase.
- ✎ Tres días antes dedícalo a subrayar, a elaborar esquemas o a tu método de estudio preferido —debe ser aquel que se te dé bien y te haga entender mejor las cosas—. El tema ya te sonará: no solo lo has dado en clase, sino que te lo

leíste ayer. Cuando termines el esquema, subrayado, resumen o lo que hayas decidido hacer, has acabado.

 Dos días antes estudia el tema: entiéndelo, interiorízalo o memorízalo si hace falta. El objetivo de hoy es sabértelo todo, o casi todo. Ten en cuenta que mañana te toca repaso, así que todavía puedes dejar algunas cosas pendientes.

 El día anterior al examen, ya sabes: repaso. Quizás hayas dejado alguna cosilla para estudiar, pero no te pases. Como ves, te has leído el tema, lo has subrayado y hecho un esquema. Te lo estudiaste ayer y hoy lo estás repasando... ¡Vas muy bien preparado!

Obviamente, como todos los métodos que propongo puedes adaptarlo a tus necesidades. En función de lo «gordo» que sea el examen puedes necesitar más o menos días. Si tienes que ampliarlos, que sean los de elaboración de esquemas y estudio: deja siempre fijos el primero de lectura y el último de repaso. Es un consejo que te doy; a mis alumnos les sirve.

¿NO TE CONCENTRAS?

Quizás tu problema es de concentración. No te agobies, nos pasa a todos. Es difícil concentrarse en algo, más si ese algo no gusta demasiado, como puede ser estudiar. Vivimos rodeados de distracciones: móvil, *tablets*, ordenadores, televisores, amigos, redes sociales, cámaras que nos tientan a hacernos *selfies*...

Yo mismo soy una persona muy dispersa: hay veces que me están hablando y me pongo a pensar en mis cosas, y cuando vuelvo a la conversación no sé lo que han dicho. ¿No te ha pasado nunca? Entonces sonrío e intento prestar más atención para retomar el hilo de la charla —ya sabes, desconfía de mí si me ves sonreír: estoy pasando de ti—.

Para mejorar tu concentración puedes usar la técnica Pomodoro —puedes reírte lo que quieras. No le he puesto yo el nombre—. Consiste en emplear tres periodos de trabajo con dos de descanso cortos y uno largo que termina la serie. Es parecido al de series y repeticiones que se utilizan en los gimnasios.

Este también puedes personalizarlo a tu manera, añadiendo o quitando periodos de trabajo y decidiendo cuánto va a durar cada uno. Yo te aconsejo que comiences por periodos de veinte minutos de trabajo seguidos de cinco de descanso. Así, tres veces. El descanso final antes de comenzar de nuevo podría ser de quince minutos. No te puedes pasar porque si pierdes el ritmo ya no lo recuperarás fácilmente.



Ah, una cosa importante: a lo mejor no te hace falta empezar una nueva serie porque ya has hecho los deberes o estudiado todo lo que tenías pensado para ese día.

¡PREGUNTA LAS DUDAS, LECHE!

Que sí, que te entiendo, que la timidez es muy jodida y prefieres quedarte con la duda a preguntar delante de la clase y que piensen que eres tonto, o que no te enteras de nada o cagarla y que se rían de ti.

En mis clases respeto mucho la timidez, pero también ayudo a superarla. No creas que por ser profesor no soy tímido, lo que ocurre es que me he acostumbrado a hablar delante de treinta personas durante varias horas al día y, quieras que no, la voy superando. Pero todavía hoy, cuando estoy en un bar, prefiero que pida la cuenta otro. O cuando hay que ir a pedirle un favor a un vecino... lo paso regular. Luego pienso que es una tontería y me olvido, aunque al principio, me cuesta.

La timidez no puede amargarte la existencia. Si está ahí es para superarla; más aún teniendo en cuenta que a quien perjudica es solamente a ti.

Las dudas hay que preguntarlas. Me da igual si lo haces delante de tus compañeros, aprovechando que los demás están haciendo una actividad y en la mesa del profesor, cuando lo veas por un pasillo o en el recreo... No me importa el momento, pero hazlo. Hazlo porque tu nota depende de ello. Hazlo por ti. Hazlo por superar tu timidez. La buena noticia es que solo es cuestión de tiempo. Quizás sea la adolescencia la época en la que somos más tímidos. ¿No te has fijado, sobre todo, en los abuelos? Observa las cosas que dicen y hacen y te darás cuenta de que a lo largo de su vida han ido soltando el lastre de la vergüenza.

Las dudas apúntalas en la agenda, pero no en la tapa, sino en un pòsit, y pégalo en el día en que vayas a resolverla. Por ejemplo: al estudiar un tema de Lengua usando el método Pomodoro, te has dado cuenta de que no sabes diferenciar en los sintagmas nominales entre adyacente, adjetivo y adverbio; escribe la duda tal cual —«¿Cómo diferencio un adyacente de un adjetivo o un adverbio?»—, pégala en el próximo día que tengas clase de Lengua —por ejemplo, el viernes— y cuando abras la agenda —recuerda que te dije que tenías que sacarla en todas las clases— verás la nota.

El momento que elijas para preguntarla es cosa tuya, pero a nuestros monstruos hay que mirarlos a los ojos y combatirlos de frente. ¿Que tu timidez va a poder contigo? ¡No se lo cree ni ella! Así que levanta ese brazo y di que tienes una duda delante de todos.



Quizás no lo sepas, pero a los profesores nos encanta que nos hagan preguntas —si a uno no le gusta es que no es demasiado buen docente, así te lo digo—. A mí, personalmente, me alegra y me da muy buena imagen de quien me la hace. Quiere decir que ha estudiado el tema y que se preocupa por aprender —me suelen caer bien los alumnos que tienen dudas y me las preguntan—.

Una vez que hayas resuelto la tuya, coge el pósit, arrúgalo y tíralo a la papelera con rabia y orgullo: le acabas de marcar un punto a tu timidez y vas por el buen camino para sacar un pedazo de nota.

¿Que qué pasa si sigues si entenderlo? Pues lo dices. Se os nota en la cara si habéis comprendido nuestra explicación, y nos da igual volver a repetir lo mismo las veces que sean necesarias —siempre que el motivo de que no te hayas enterado no sea que estuvieras distraído—.

Ten en cuenta, aunque sé que ya lo sabes, que los profesores no somos perfectos ni tenemos siempre la razón. Nos equivocamos muchísimo y tal vez el problema esté en nuestra manera de explicar la duda y no en tu entendimiento. Si eso pasa, soy yo quien debe encontrar otra forma de resolverla: puede que deba buscar otro ejemplo, empezar la explicación partiendo de conceptos más básicos...Mil cosas. Por eso, si te quedas con la duda: dilo. Y luego, ya sabes: el pósito a la basura.

¡SEGUIMOS CON LOS PÓSITS!

Son una herramienta de estudio buenísima —¿sabías que los inventó un químico de casualidad que buscaba un pegamento para construir aviones?—. Tú empléalos como pequeñas notas mentales para esos conceptos que no eres capaz de aprender. ¿No has dudado nunca si los versos de ocho sílabas son arte menor o mayor? ¿O en el signo entre multiplicaciones de números enteros positivos y negativos? —recuerda: más por más, más; más por menos, menos—. Lo que harás será usar un pósit para cada una de estas pequeñas explicaciones, como si fueran minichuletas. Puedes utilizar colores distintos para cada asignatura. Pégalos luego frente a tu mesa de estudio de tal manera que, con solo alzar la mirada, los veas. Quedaría algo así:

C. PREDICATIVO – ADJETIVO
C. C. M. – ADVERBIO

EL SUJETO
NUNCA
LLEVA PREPOSICIÓN

A/PARA – C. I.

C. N. SIEMPRE
DENTRO
DE OTRO SINTAGMA

SER, ESTAR Y PARECER

ATRIBUTO

ME, TE, SE, LE:
C. I.

La memoria tiene un componente visual muy importante —por ello en los exámenes muchas de vuestras preguntas son del tipo: «Pablo, en la pregunta cinco, ¿te ponemos el cuadro de arriba a la derecha?»—. Este método es puramente visual. Así, cuando tengas alguna duda recurrente —precisamente las que vas a apuntar en los pósits— seguro que te viene a la cabeza la pared donde están pegados y recuerdas con facilidad lo que tienes escrito. Además, no manchan la pared, y en casa te lo agradecerán.

Y YA QUE ESTAMOS ESCRIBIENDO...

Pues seguimos, ¿no? Escribir mientras estudias te ayuda a concentrarte, te permite crear material para repasar y —científicamente comprobado— te ayuda a entender mejor aquello de lo que te vas a examinar.

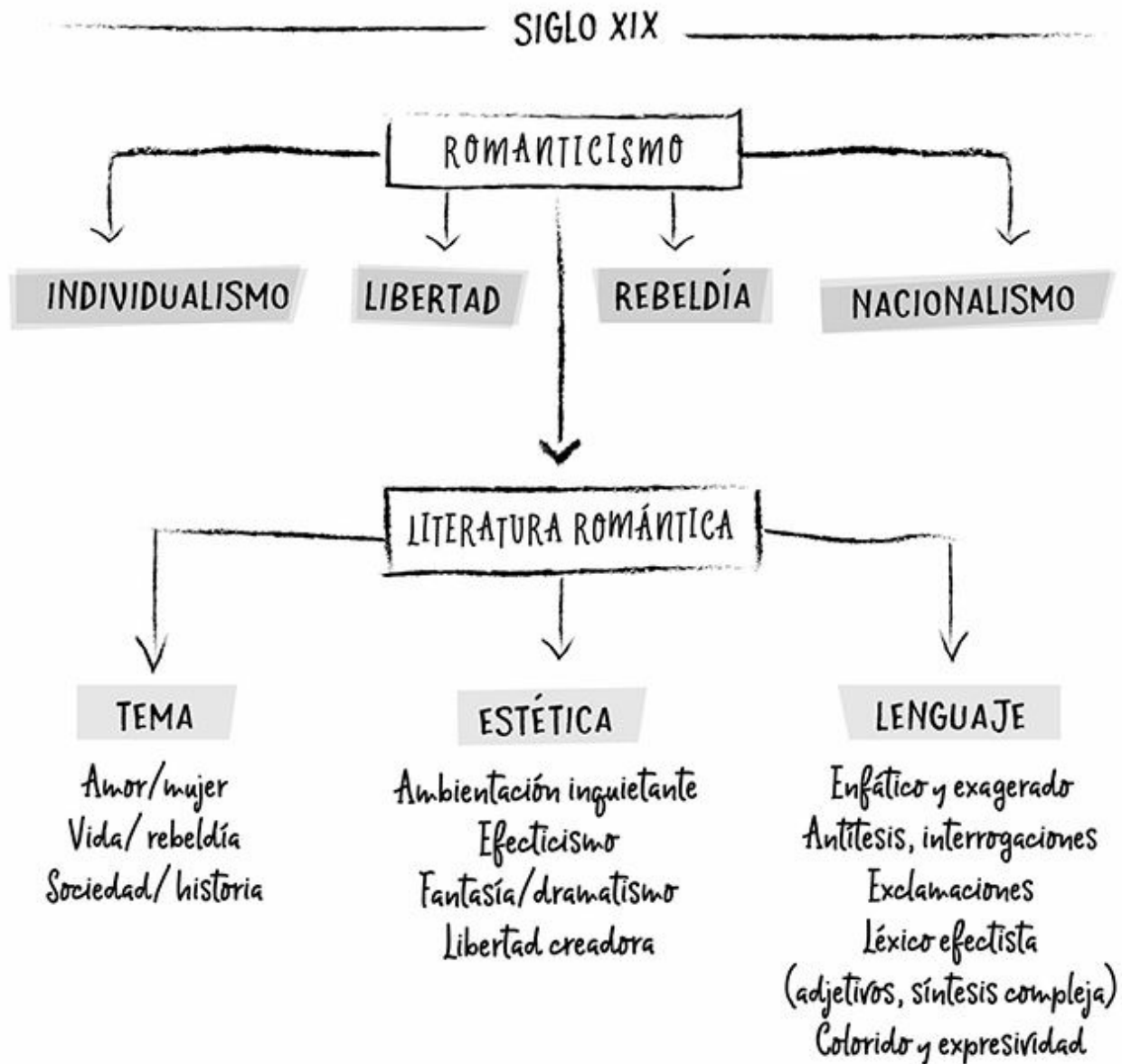
Yo al principio estudiaba todo de memoria. Simplemente cerraba el libro al acabar de memorizar e intentaba decirlo todo seguido, como si se lo estuviera contando a alguien o dando una clase. Nunca me han gustado demasiado las bibliotecas, así que durante muchos años estudiaba solo en casa, pero cuando empecé a ir, ya en la universidad, me di cuenta de que casi todo el mundo estudiaba escribiendo.

Por un lado es lógico, no puedes ponerte a repasar el tema en voz alta en una biblioteca: ¡te echarían! Y por otro, es verdad: se estudia mucho mejor y es más rápido.

Estudiar escribiendo es tan fácil como ir haciendo anotaciones de datos importantes mientras lees o memorizas el tema. Ten siempre hojas de papel a mano. No hacen falta folios nuevos. Yo te los recomiendo ya usados —así, además, cuidas el planeta—. Cuando termines de memorizar y cierres el libro, acompaña lo que vas diciendo de pequeños esquemas o, simplemente, ve transcribiendo, aunque sea con mala letra y rápida, lo que vas diciendo.

Cuando acabes te quedará un esquema —sucio, eso sí— que te servirá de repaso. Ya verás cómo cuando pruebes este sistema no querrás volver al antiguo de repetir la lección como un papagayo.

ESQUEMA DE LAS CARACTERÍSTICAS DEL ROMANTICISMO



CADA MAESTRILLO TIENE SU LIBRILLO

Y cada «alumnillo» su manera de estudiar. Los métodos de estudio son tan personales como los gustos. No hay buenos o malos *per se*, sino que los hay que a ti te vienen mejor y métodos que te vienen peor.

Piensa en la música: tú y yo no tenemos por qué tener los mismos gustos musicales, pero eso no quiere decir que los tuyos sean mejores que los míos o viceversa.

Mi consejo es que pruebes y te quedes con el que mejor vaya contigo. ¿Y cuál es ese? Pues una mezcla entre el que mejor se te dé, el que más rápido hagas y aquel que con más facilidad te aprendas. ¿Subrayado, esquema, mapa conceptual? ¿Todos a la vez?



Yo te puedo contar mi experiencia. Verás, he dejado de estudiar hace muy poco: en junio de 2016. Ahora me estoy dando un descanso, y el motivo es muy fácil: desde que acabé mi primera carrera —Filología Hispánica—, luego me metí en otra —Periodismo— y, además, compaginé el doctorado con las oposiciones, no he parado. Así que, cuando hablo de estudiar, créeme que sé lo que digo. No te recomiendo en absoluto que hagas lo mismo que yo, ¡casi termino loco!

A mí no me gustan los resúmenes. Soy más de subrayar y hacer un esquema directamente a partir de lo subrayado. Hay veces que desarrollo los esquemas y otras en los que los dejo casi en el esqueleto. A partir del esquema y con el texto subrayado al lado voy leyendo con mucha atención, intentando comprender y memorizar —se memoriza mil veces mejor lo que se comprende—, y apuntado, en una hoja usada, datos clave.

Cuando llevo un epígrafe paro, lo cierro todo, e intento escribir el esquema en sucio. ¿Que me sale bien? Sigo. ¿Que me faltan cosas? Entonces depende de lo que quede para el examen: si queda poco vuelvo a leer para ver en qué he fallado y sigo con el tema. Si falta mucho, cojo otro folio ya usado e intento hacer de nuevo el esquema. Casi siempre me sale ya completo.

Mi consejo, por lo tanto, es que pruebes varias técnicas de estudio, escojas una o dos y te especialices en ellas. Ya verás cómo, teniendo un método propio, los buenos resultados no tardan en llegar.

Lo más importante es tener tiempo para todo. Esa es la verdadera base del éxito en los estudios. Tu vida se compone de muchas facetas, de muchas caras, y hay que cuidar todas y cada una de ellas.

-  Busca tiempo para hacer deporte. Es una actividad que, además de saludable, sirve para liberar tensiones.
-  No descuides tus aficiones: si te gusta jugar a los videojuegos, juega, pero no te obsesiones. Del mismo modo que los estudios no son lo único, tampoco lo es estar absorbido por la pantalla. Ambas cosas son igual de negativas.

👍 Toca un instrumento, lee algún libro, ¡abúrrrete! ¡El aburrimiento es bueno!
Somos más creativos en los periodos de aburrimiento.

Vivimos en una época donde todo tiene que ser ya, donde debemos estar en permanente actividad. ¡Y no! Hay tiempo para todo, también para no hacer nada. La clave está en dedicar a cada tarea el tiempo necesario para ser plenamente operativos y felices.

5

¿UN TRES? ¡PUES YA NO ESTUDIO MÁS!

Parecéis bebés cuando os ponéis así —«¿Que he suspendido? ¡Pues ya no estudio!»—. Os falta decir que ahora vais y dejáis de respirar.

En la mayoría de los casos no se suspende porque sí. Vale, todos hemos tenido algún profesor injusto que nos ha cateado un examen sin que nos lo mereciéramos. Esto pasa sobre todo en la universidad —¡ya llegarás!—, pero en el resto de ocasiones, debes reconocerlo, nos merecíamos el suspenso. Y digo que hay que reconocerlo porque el primer paso para solucionar un problema es admitir que, en efecto, hay un problema. Solo así podrás afrontarlo con opciones de éxito.

Yo creo que los adolescentes de hoy vivís sobreprotegidos —a pesar de que te quejes porque no te dejan salir hasta la hora que quieres o irte en agosto al Arenal Sound—. Tenéis todo cuanto queréis, aunque no os lo merezcáis. Anda que no conozco a padres que han regalado Plays por Navidad a sus hijos con tres, cuatro y cinco suspensos. Luego vienen a tutoría y me preguntan qué pueden hacer para que aprueben —entonces no me queda más remedio que sonreír—.

Pienso también que creéis que tenéis más derechos de los que en realidad os corresponden, porque para tener derechos antes hay que cumplir con una serie de deberes. No me refiero a deberes de clase, sino a obligaciones, deberes que tenemos como personas que vivimos en sociedad, que es lo que se supone que somos.

Pero las obligaciones se olvidan bien rápido. Los derechos no. Además, como habéis oído que los menores en España sois casi intocables, os subís a la parra. Y alguien tiene que bajaros, más que nada porque ya hay quien os llama por ahí «la generación blanda»: una generación de niños y niñas de papi y mami que no saben hacer nada solos y que, cuando algo les sale mal, se enrabietan y lo dejan. ¿Eso es lo que tú quieres ser? ¿Así quieres que te vean los demás?

NO TE RINDAS A LA PRIMERA

Como ya te he dicho varias veces, tu problema ahora son los estudios: a corto plazo tienes que aprobar y sacarte la ESO. A medio te plantas con un bachillerato o ciclo de grado medio, y a largo plazo el superior o el grado universitario. El horizonte no pinta mal: si vas a curso por año, hasta los veintiún o veintitrés tu única obligación va a ser estudiar. ¿Y luego?

Luego te puedes divorciar y tener dos hijos que te miren desde abajo preguntándote qué va a pasar con su vida. Dependiendo de si tienes o no trabajo, los problemas se te sumarán. ¿Qué vas a hacer? ¿Cabrearte y decir que no estudias más como haces ahora?

Puede que el que tenga problemas no seas tú con tu divorcio: imagina que es tu hermano. Se ha quedado en paro y necesita pasar una temporada en tu casa junto con tu mujer y tus hijos. Pero...¿no viene solo! Trae a tu cuñada y a tu sobrino. ¿Qué harás? ¿Esconder la cabeza como un avestruz?

Piensa en tu actitud cuando se te entrega un examen: la nota, la nota, la nota. Te da igual todo lo demás: quieres ver más de un cinco. Si es más, respiras y hasta puede que le eches un ojo al examen entero. Luego coges tu calculadora para saber si el profe —o sea, yo— se ha equivocado sumando. Eso que no falte. Si es menos de un cinco, resoplido seguido de:

—Pablo, ¿cuándo es la recuperación?

¿Como que «Pablo cuándo es la recuperación»? ¡Mira el examen! ¡Lee las respuestas y mis correcciones! ¡Pregúntame qué puedes hacer para mejorar! ¿Crees que hago anotaciones en tus exámenes porque me pagan más?

Recuerda el entrenamiento de la maratón: si no estás acostumbrado a afrontar problemas y superar la frustración, de adulto la bola de nieve será inmensamente más gorda. Mejor aprender ahora con unos exámenes suspensos que dentro de unos años con personas en juego.

El escudo que os ponen delante vuestros padres solo os debilita. A no ser que te toque la lotería, todo lo que te ganarás en la vida vendrá en consonancia con el esfuerzo que hayas empleado en conseguirlo. Si quieres mejores cosas has de hacer cosas mejores. No te van a subir el sueldo por trabajar menos — que viene a ser el equivalente a suspender tres y que te regalen la Play—.

No te hace ningún favor que tus padres den la cara por ti cuando te correspondería a ti hacerlo. Hace poco vi a unos niños de unos doce años que estaban jugando a darle balonazos al escaparate de una tienda. El dueño, cuando se cansó, salió y les quitó la pelota. Los chicos fueron a llorar a sus padres, que estaban tomando café en una cafetería cercana. ¡Y fue la madre de uno la que entró a la tienda a pedir la pelota! Pero, vamos a ver, ¿quién lleva media hora dando pelotazos en un escaparate: el niño o su madre? ¡Pues que vaya el niño! Con esta enseñanza tan clara de sobreprotección, ¿crees que vais a ser adultos válidos para enfrentaros a los problemas de la vida?

Yo he visto hasta en la universidad, lo juro, a madres y padres ir a reclamar la nota del examen de sus hijos. Vergonzoso. Muy mayores para unas cosas y muy bebecitos para

otras.

Así que, ya sabes: superar la frustración y aprender de ella es fundamental en los tiempos que corren. Cuando te pase algo negativo concédete el tiempo mínimo para lamentarte: analiza lo que ha pasado y pon todo de tu parte para que no se vuelva a repetir. Ni siquiera así te podrá asegurar nadie que no falles otra vez. Pero eso es la vida: un continuo aprender, un ser más fuerte cada día. Aprende de tus errores, no te escondas detrás de ellos.

6

¿QUÉ HAGO PARA APROBAR?

Ah, amigo, he aquí el quid de la cuestión. Aprobar es mucho más sencillo de lo que piensas, de verdad te lo digo. Y no me refiero a esos que seguro que conoces que han terminado aprobando sin hacer nada: eso es una raya en el agua, pan para hoy y hambre para mañana. Tienen su título de la ESO, sí, pero ¿sabes para qué les vale? Para nada absolutamente. Date unos años para comprobarlo por ti mismo.

Aprobar, como te digo, no es difícil. Todos y cada uno de vosotros poseéis la capacidad para sacar de sobra tanto la ESO como el ciclo de grado medio o el bachillerato. Pero muchos no tenéis un método válido. Es más, muchos no tenéis ni método, reconócelo, y se os hace cuesta arriba algo que en realidad es bastante llano.

Los consejos que te voy a dar para aprobar los resumiré en un decálogo y tienes que empezar a aplicarlos desde el mismo momento en que leas esto. Algunos ya los he comentado en los capítulos anteriores, así que te resultarán familiares. Ponte cómodo y presta atención.

DIEZ CONSEJOS PARA NO SUSPENDER

1. USA LA AGENDA

Todos, todos los días. Maxwell Maltz fue un cirujano plástico estadounidense muy conocido que descubrió que sus pacientes necesitaban de veintiún días para habituarse al nuevo aspecto tras la operación. Que te operabas la nariz...A los veintiún días ya no te resultaba raro verte. Maltz dijo exactamente:

—Estos y muchos otros fenómenos tienden a mostrar que se requiere de un mínimo de veintiún días para que una imagen mental establecida desaparezca y cuaje otra.

Es decir, para crear un hábito nuevo en nuestras vidas necesitamos ejercitarlo durante veintiún días seguidos. ¿No recuerdas un programa de la tele de hace unos años que se llamaba *21 días*? La idea era la misma.

El primer día que empieces a usar la agenda —que puede ser mañana mismo— táchalo en el calendario. Continúa haciéndolo hasta el día veintiuno: ya verás cómo, una vez que te hayas acostumbrado, te sentirás raro cuando no la saques.

Pero, claro, no solo con sacarla es suficiente: hay que apuntar las cosas que te manden, los exámenes que tengas, los días que vas a hacer las tareas... Todo: hasta los cumpleaños de tus amigos y las fechas de tus aniversarios —aunque eso lo haces sin que te lo diga, ¿verdad?—.

En el capítulo 3 te enseñé un método muy sencillo basado en tres anotaciones —#, →, ↑, ¿recuerdas?— que podías personalizar a tu gusto —al igual, ya sabes, que la propia agenda—.

Un último consejo sobre la agenda: las escolares suelen traer muchos apartados. Es cierto que la mayoría valen para bien poco, solo para que parezca que llevas una Biblia. Pero hay uno realmente útil que no se usa mucho: la tabla para apuntar las notas que sacas.

Si vas anotando todas tus calificaciones, sabrás, en cualquier momento, cómo llevas el curso y en qué asignaturas debes apretar más. Entiendo que, haciendo eso, te expones a que tus padres las vean y se lleven una sorpresa; pero, en primer lugar, ¡no les mientas! Si quieres que confíen en ti vas por el mal camino. Una verdad, aunque sea negativa, vale muchísimo más que una mentira.

Si por culpa de las notas te quedas con la imagen de mentiroso, cuando les pidas permiso para salir y les digas que vas a estar no sé dónde con no sé quién, ¿crees que van a creerte si están acostumbrados a que les engañes? De la otra manera puede que no te dejen porque hayas suspendido, pero al menos le dirás la verdad y, a la larga, te dejarán hacer más cosas.

2. HAZTE UN *PLANNING*

Las agendas, normalmente, traen uno, a veces incluso varios, divididos por trimestres. A estas alturas ya conoces el método de los cuatro días y cómo anotarlos y seguirlos. También sabes que lo puedes modificar según tus necesidades: vamos, que si no lo estás usando es porque no quieres.

Si en el *planning* incluyes los días festivos y los coloreas de manera vistosa y llamativa, mejor. Así tendrás un aliciente, un objetivo al que llegar —«Venga, que ya quedan dos semanas para las vacaciones de Semana Santa»— y te animarás tú solo.

Hacer cualquier cosa sin un horizonte es una tortura. Si hablamos de estudiar, peor todavía. Los planes de trabajo, por lo tanto, no solo valen para anotar los exámenes, también para establecer metas temporales que te ayuden a parcelar el curso, así no te parecerá tan largo. Por ejemplo, para que veas que la vida no es solo estudiar y le termines cogiendo asco al *planning*, anota también en él las actividades de ocio que hagas durante el mes —qué sé yo: que el fin de semana que viene vas con tus padres a comer a la playa, a ver a tus abuelos al pueblo, a un partido de fútbol, de barbacoa con tus amigos, a un concierto...—. Estas pequeñas motivaciones ayudan mucho más de lo que crees. No es lo mismo estudiar para el examen de inglés del viernes —como si el mundo se acabara justo con el timbre del final de clase— que estudiar para el examen del viernes viendo que al día siguiente te vas de juerga.

Muchas veces nos amargamos porque no encontramos la motivación suficiente para hacer las cosas que menos nos gustan o más nos cuestan ¡y resulta que la tenemos al lado, solo hay que anotarlas!

3. HAZTE UN HORARIO DE TARDES


Sí, seguimos escribiendo. No es que ahora tengas que anotar muchas cosas, ¡es que antes no lo hacías nada! Un horario de tardes te sirve para no pasarte en ningún aspecto: ni estudiando demasiado ni haciendo el vago demasiado.

El primer horario de tardes que hagas vale para analizar cómo inviertes —o gastas— el tiempo de tus tardes. Yo lo hago siempre con mis alumnos en las primeras sesiones de tutoría. Verás:

- ✓ Coge una hoja usada y haz un horario como el típico del colegio o instituto: de lunes a viernes; ¡pero no pongas nada más!
- ✓ Vete día por día. Piensa lo que haces la tarde del lunes, no en lo que te gustaría hacer, no; en lo que realmente haces. Y sé sincero, no te engañes a ti mismo. Este horario no tiene por qué verlo nadie más que tú.
- ✓ Ve añadiendo filas independientes al horario para cada día con las cosas que hagas, es decir, las horas del lunes no tienen por qué coincidir con las del martes, ni las del martes con las del miércoles, etc.


Una vez que hayas terminado, contéstate a estas preguntas:


¿Estudias o haces deberes todos los días?

 Sí. ¡Bien hecho! Dedica tiempo a leer lo que hayas dado ese día para que te vaya sonando. Ejem...


D No. Ya sabes algo que tendrás que corregir en tu horario de tardes definitivo. Todos los días de lunes a viernes debes dedicar tiempo para cosas relacionadas con el instituto.


¿Tienes tiempo libre para ti todos los días?

 Sí. ¡Genial, vas bien! Lo mismo que antes te dije que todos los días tienes que trabajar un poco, también te digo que es fundamental que te dediques tiempo para ti todas las tardes. Empléalo como quieras: tumbate en el sofá, juega a la videoconsola, lee —por favor, ¡dime que lees!—, sal con los amigos, haz el tonto... ¡Da igual! Pero necesitas desconectar. Tampoco te puedes pasar, los tiempos de estudio y ocio han de estar equilibrados: igual de malo es estar todas las tardes estudiando que todas las tardes haciendo el vago.

 No. ¡Mal hecho! Ten en cuenta que el cerebro es como un músculo: se satura si lo ejercitas demasiado. ¿Te imaginas estar cinco horas seguidas haciendo bíceps con una mancuerna? Entonces, ¿por qué le metes tanta caña a tu cerebro? ¡Desconecta un poco!

¿Haces, como mínimo, tres días de deporte a la semana?

 Sí. ¡Estás que te sales! Vas muy bien si llevas respondido afirmativamente a todo, tu horario no tiene ninguna pega. Los tres días a la semana no lo digo por decir, es lo mínimo que establece la Organización Mundial de la Salud para las personas de tu edad. No tiene por qué ser de lunes a viernes, en los tres entra también el fin de semana. Yo te recomiendo cuatro, uno más, para que haya más días de deporte que de sedentarismo. Con media hora es suficiente. Puedes salir a correr, jugar, practicar algún deporte individual o en equipo. Normalmente, si estás en algún equipo ya haces deporte de sobra. Yo, con tu edad, estaba en uno de piragüismo y entrenábamos dos horas seis días a la semana como poco.

 No. ¡Ya sabes, a moverse! Uno de cada tres niños españoles tiene sobrepeso, es la cifra más alta de Europa. No hay que ser profesional ni apuntarse a un

equipo. Es más, hacer deporte es mucho más que salir a correr. Si no estás acostumbrado empieza poco a poco. Media hora de caminata a buen ritmo hace milagros en la salud. Sal para que te dé un poco el aire —los *electronic games* no cuentan como deporte, lo siento—. Prueba con diferentes cosas que te motiven: vuelve a usar la bici, prueba con unos patines, bájate alguna app que te incite a moverte... ¡Descubre facetas tuyas que no conocías!

Con tu horario de tardes ya hecho y estas preguntas contestadas, saca tus propias conclusiones y elabora uno definitivo donde tengas estas premisas en cuenta. Pégallo en la pared que tienes enfrente cuando estudias y respétalo. De nada te sirve hacer un horario si pasas olímpicamente de él.

Habrán periodos, como en épocas de exámenes de finales de trimestre, en las que el horario saltará por los aires. En esos momentos no lo podrás respetar, lo primero es lo primero. También pasará al contrario: en momentos más relajados no tendrás que dedicarle al estudio todo el tiempo que ponga: no pasa nada.

Me preguntarás entonces que para qué hacer un horario si te lo vas a saltar. No lo vas a hacer, lo vas a respetar mucho más de lo que piensas. El objetivo último del horario es que reflexiones sobre el tipo de vida que llevas por la tarde y si estás respetando los tres aspectos fundamentales: estudio, ocio y deporte.

Darte cuenta de ello ya es un gran paso. Además, recuerda lo que te dije en la explicación del *planning*: ponerte metas sencillas te motiva a seguir adelante. Ver cómo vas cumpliendo lo que te propones es un subidón. Ver, cuando empiezas a estudiar, que dentro de dos horas te toca entrenamiento, paseo o videoconsola te ayuda a empollar con un objetivo y una limitación temporal en la mente. Y eso, amigo, es fundamental.

4. NO LO DEJES TODO PARA EL FINAL

¡No puedes! Si estás siguiendo el método que te he propuesto te darás cuenta de que es imposible dejarlo todo para el último momento.

Ya te he hablado de lo que le ocurre a tu cerebro cuando te das un atracón de estudiar el día antes del examen: no es capaz de asimilar tantos conceptos de golpe y se satura. ¿Recuerdas el ejemplo del embudo? Pues igual. Además, dejando las cosas para el último día corres un riesgo enorme: que te surja algún problema y no tengas tiempo para solucionarlo, que te surja una duda que nadie te pueda resolver...

Te pondré un ejemplo de algo que pasa en mis clases. Mis alumnos se leen normalmente dos libros por trimestre. Tengo un truco: los títulos los eligen ellos, es decir, no hay «libros obligatorios» —creo que es un crimen poner «libro» y «obligatorio» en la misma frase—. Cuando lo terminan tienen que hacer una videorreseña como si fueran *youtubers*. Para verla en clase, como imaginarás, necesitan pasarla a un *pen drive*.

¿Qué les puede ocurrir a los que lo dejan para el último día? Que tengan algún problema con el móvil, que VivaVideo no les funcione, que no hayan podido sacar el

archivo del móvil, cámara o *tablet* para pasarlo al *pen*... En fin, mil historias que me cuentan y que me dan exactamente lo mismo. Mi respuesta siempre es:

—Si no lo hubieras dejado todo para el último momento...

Y no, no da igual entregarlo mañana porque en la vida existen unos plazos que hay cumplir: una beca presentada fuera de plazo no es admitida. No es que no te la den, es que ni siquiera te cogen el formulario. Si te pasa lo mismo que con mis vídeos en una entrevista de trabajo, olvídate de él.

Estás entrenando para la vida, no viviendo en el país de la piruleta. No lo olvides.

5. PREGUNTA LAS DUDAS

Fundamental. Una duda no resuelta se convierte en algo que no sabes. Y las cosas que no sabes te quitan nota en los exámenes. Así de fácil.

Ya te he hablado de la timidez y de lo fastidioso que es no tener valor para preguntar todo aquello que se desconoce. Pero aquí estamos para superarnos, para ser mejores cada día. No hay mayor satisfacción que la de traspasar una barrera que creíamos infranqueable.

No sé si te sonará Demóstenes. Fue un abogado griego y orador. No porque rezara mucho, no, sino por los fabulosos discursos que daba. Pues ¿sabes que era tartamudo? Además, tenía un tic nervioso que le hacía encogerse de hombros cuando se ponía nervioso. ¡Y a pesar de esto es considerado uno de los mejores oradores de la historia!

Demóstenes le echó valor y superó sus barreras. Dicen que se metía piedras en la boca para forzarse a hablar bien y no tartamudear. Tú no vas a llegar a tanto, solo tienes que hacer una, ¡una! pregunta en voz alta en clase. Las demás vendrán solas. Habrás superado tu barrera.

6. HAZ LOS DEBERES...

Y los trabajos voluntarios. No te imaginas la buena imagen que os da hacer las cosas que mandamos los profesores. Sí, en serio. Yo, por ejemplo, establezco un porcentaje de la nota final solo para las actividades voluntarias. En más de una ocasión algún alumno, en la evaluación, me ha suspendido con un cuatro y, si hubiera hecho algún trabajado de los que yo mandaba... ¡hubiera aprobado! —me encanta decírselo mil veces y chincharlo; soy así de cruel—. A veces aprenden la lección y, en el siguiente trimestre, si no todos, me entregan la mayoría. Pero hay algunos que ni eso. En fin, ellos sabrán, los aprobados no se regalan.

Que hagas los deberes es fundamental. Pero que los hagas tú, no tus padres ni tu profesor particular. Verás, las tareas para casa son un ensayo de cara a los exámenes cuando te tengas que enfrentar solito a las mismas o parecidas preguntas. Ni tus padres ni

tu profesor particular van a estar contigo esos días, así que, ¿qué más da tener los deberes mal? Solo así sabrás dónde te has equivocado y cómo corregirlo.

Pero, claro, esto enlaza con otro problema: ¿corriges los deberes? Yo, como profesor, odio más que tú hacerlo. Tú, al menos, estás aprendiendo algo, pero yo... ¡yo ya me lo sé! Y no me salgas con que a mí me pagan y a ti no. Si quieres cobrar haz como yo: estudia mucho y consigue un buen trabajo.

Hay que corregir las actividades con un color distinto al que están hechas —ale, ya le has encontrado otra utilidad al rojo además de para pintar corazones—. En la corrección no te puedes limitar solo a poner «mal» o «regular»: copia la respuesta correcta, señala dónde te has equivocado y aprovecha para anotar las dudas que te vayan surgiendo.

Los errores son maravillosos. Piensa: ¿qué aprenderíamos en la vida si no cometiéramos equivocaciones? Son el camino más corto hacia el conocimiento.

Muchos días que tenemos deberes para corregir y le pido a alguien una actividad que no tiene hecha, la respuesta suele ser que no quería hacerla mal. Mal, mal, mal. Prefiero mil veces un ejercicio mal hecho y que sea corregido en clase que uno sin hacer.

Ten en cuenta que eso también dice mucho de tu persona: si haces los deberes, aunque estén mal, significa que le pones ganas al asunto, que te esfuerzas. Y eso es muy positivo. Si no los haces, tu imagen es de vago al que le da igual todo. Y eso, como comprenderás, es muy negativo.

Por último, a la hora de estudiar, repasa el cuaderno y échale un ojo a las actividades y sus respectivas correcciones. Es un método que casi te garantiza el aprobado.

7. COMPÓRTATE EN CLASE

Sí, pequeñín, no seas pesadito. ¿Que es un latazo estar todas las mañanas seis horas sentado en la misma aula? ¿Me lo dices o me lo cuentas? Mira, yo llevo estudiando casi el doble de años que tú. Y he pasado por un bachillerato, cosa que tú, a lo mejor, todavía no. Y he pasado, no por una, sino por dos carreras universitarias. Cosa que tú, seguro, todavía no. ¿Me vas a decir a mí lo que es estar sentado?

Además, recibir una clase es mucho mejor que darla, te lo digo yo que he estado a los dos lados de la línea. Cuando estás aburrido de una clase y eres alumno es muy fácil desconectar y ponerte a pensar en tus cosas. Seguramente, si no molestas y haces como que atiendes, nadie lo note. Pero ¿te imaginas que en medio de una explicación desconecto y paso de todos vosotros?

No sé si te lo habrán dicho ya, pero dando una clase se ve todo. Todo, todo. Haz la prueba la próxima vez que salgas a la pizarra. Me hace mucha gracia observar cómo, cuando no queréis que se os saque para leer, corregir o hacer lo que sea, desviáis la mirada como si eso os hiciera desaparecer. ¡Que seguís allí! En esos momentos, lo que yo veo es a treinta adolescentes mirando para otro lado. Un poco triste, ¿no?

Del mismo modo, se ve cuando habláis. Es superfácil saber con quién lo estáis haciendo: solo hay que seguir en línea recta la dirección de vuestra mirada y, *voilà*→, te

encuentras con el receptor de dicho acto comunicativo. También se ve cuando os reís, cuando miráis el móvil disimuladamente debajo de la mesa, cuando coméis chicle, cuando estáis distraídos... ¡se ve hasta cuando os sacáis algún moco! —vale, un poco guarro, lo siento, ¡pero es que lo hacéis!—.

No pienses, por lo tanto, que los profesores somos tontos —que alguno habrá, no digo que no, pero no es el caso—. Lo que ocurre es no puedes luchar contra clases de treinta en treinta todos los días, y hay muchas cosas que dejamos pasar o hacemos como que no las hemos visto. Pero es por nuestra propia salud mental.

Sois vosotros, cuando tenéis que desempeñar el papel de profesor o cuando os pone de los nervios algún compañero que no se calla, mucho más estrictos que nosotros. ¡No tenéis paciencia! Y no se puede dar clase sin paciencia. Si vosotros fuerais los profesores pondríais muchos más partes y castigos de los que ponemos los que nos dedicamos a esto. Dicho por vosotros mismos, eh.

Para entender lo que es el comportamiento, no pienses que estás en un centro educativo, sino en tu trabajo. Y yo, en vez de ser tu profesor, soy tu jefe. ¿Te dedicarías a tocarme las narices sabiendo que te puedo despedir?

Yo no os puedo despedir, lo que hago es suspenderos. Si sabéis que vuestra notas las pone el profesor, ¿por qué, a veces, os dedicáis a hacerle la vida imposible? ¿Crees, de verdad, que os va a echar una mano cuando necesitéis más puntos para aprobar o para obtener una matrícula de honor si os portáis así con él?

8. RESPETA A TUS COMPAÑEROS

Este punto es especialmente delicado. Yo puedo asimilar que me faltes al respeto: soy mayorcito, sé defenderme y tengo además, como profesor que soy, herramientas para ello. ¿Pero que a quien le faltes al respeto sea a un compañero? Eso sí que no.

En ocasiones creemos que los demás son como nosotros, proyecciones de nuestro yo, pero con distinto cuerpo. Y estamos muy equivocados. Cada uno es como es, tiene su propia personalidad y reacciona ante las agresiones o las situaciones de manera distinta. El hecho de que a ti te dé igual que se metan contigo y respondas insultando al que te ha insultado primero, no quiere decir que todos lo hagan así.

Puedes estar machacando a una persona con tus bromitas pensando que no le importa lo que le dices. Y sí le importa. Lo que ocurre es que no es como tú y se lo calla, y lo guarda en su interior. Hasta que llega un día que explota.

El respeto no se obtiene con humillaciones o violencia. Eso no es respeto, es miedo. El respeto es una valoración positiva que te ganas siendo como eres con los demás sin esperar nada a cambio.

Decía Aristóteles, un filósofo griego, que «algunos creen que para ser amigos basta con querer, como si para estar sano bastara con desear la salud». Los amigos hay que cuidarlos. Y se cuidan con respeto y dedicación.

No sé si sabes lo que es el karma. Es una creencia según la cual lo bueno que hagas te vendrá devuelto de manera positiva en la vida. El reverso es que todo lo malo también te vendrá devuelto de manera negativa. Por eso, trata a los demás como quisieras ser tratado.

9. HAZ DEPORTE

A estas alturas ya sabes lo importante que es el deporte en la vida. Tanto que debes dedicarle una media hora cuatro tardes a la semana como mínimo. Seguramente habrás oído alguna vez la famosa cita de Juvenal, un autor romano, *mens sana in corpore sano*. Ya en el siglo I d. C. conocían la relación entre el cuerpo y la mente.

El ejercicio ayuda a relajarnos, a soltar tensiones. Es nuestra válvula de escape. Además, al practicarlo segregamos endorfinas, unas hormonas llamadas «de la felicidad», que enganchan. Y no te digo lo de hacer deporte solo para desconectar mentalmente, sino también para la salud. Es bueno para todo el cuerpo: para el corazón, para los músculos, los huesos, para controlar los niveles de insulina o la presión arterial... Pero porque creo que la idea está suficientemente clara y porque esto se está pareciendo peligrosamente a una consulta médica.

10. ¡DUERME!

¡Sí, grandes noticias! ¡Dormir es bueno! Es más importante, antes de un examen, descansar bien que terminar de repasar lo que te quede. ¡De verdad te lo digo!

El sueño actúa como fijador de conocimientos en el cerebro, así que si no le das el tiempo suficiente, no podrá hacer bien su trabajo. Es un grave error quedarse una noche entera estudiando —quizás alguien lo ha dejado todo para el último día y no quiero señalar...— o levantarse a las cinco de la mañana para dar un último repaso. ¡Que no! Que es preferible dormir bien y hacer el examen descansado.

Según los últimos estudios, y teniendo en cuenta tu edad aproximada, debes dormir entre ocho y once horas. Aunque esta cantidad varía dependiendo de la persona. Lo más importante son las sensaciones: si te sientes descansado, con energías y buen humor quiere decir que estás durmiendo lo suficiente. Si te notas cansado, irritable y el día se te hace cuesta arriba, mala señal, estás durmiendo menos de lo que necesitas.

Si eres de los que se va a la cama y da vueltas y vueltas antes de poder dormir, tengo un truco infalible para conciliar el sueño: ¡lee! Leer es una especie de narcótico. Después de haberte lavado los dientes y cuando ya estés en la cama, dobla la almohada, coge tu libro y ponte cómodo: seguro que no duras más de quince páginas. Así matas dos pájaros de un tiro: consigues la relajación suficiente para dormir a pierna suelta y adquieres uno de los mejores hábitos del mundo: el placer de la lectura.

¿Te atreves a hacerlo durante veintiún días seguidos?

Decálogo para aprobar todos los exámenes

1. Usa la agenda



2. Hazte un planning



3. Horario de tardes



4. No dejes todo para el final



5. Pregunta las dudas



6. Haz los deberes



7. Comportate en clase



8. Respeta a tus compañeros



9. Haz deporte



10. ¡Duerme!



7

¿BACHILLERATO O GRADO MEDIO?

Es una buena pregunta, ¿verdad? Pero tienes aún mucho tiempo para planteártela. Siendo realistas, yo diría que unos tres años, desde 1.º hasta 3.º de ESO. Para 4.º ya debes tenerlo claro, al menos, si vas a hacer bachillerato o grado medio. Otra cosa es que no sepas qué bachillerato o qué grado medio porque aún dudas lo que te gustaría ser de mayor; pero la primera cuestión debes tenerla resuelta cuanto antes.

Y digo esto porque son dos enseñanzas muy diferentes. A ver, un bachillerato es, para que nos entendamos, como una prolongación en complicado de la ESO. Vas a seguir recibiendo una formación de carácter plenamente académico y general. Me explico: el bachillerato está pensado para acceder a una enseñanza superior. Superior quiere decir que, académicamente, es lo máximo que hay —bueno, está el doctorado, pero de momento te queda muy lejos—. Las enseñanzas académicamente superiores como, por ejemplo, los grados universitarios, siguen siendo muy teóricos, quizás demasiado, pero no voy a discutir esto ahora, sino a explicar lo que te vas a encontrar.

La universidad funciona de una manera muy sencilla: vas a clase, tomas apuntes, te los estudias y te examinan. ¿Que apruebas? Bien. ¿Que suspendes? Al examen final. ¿Que vuelves a suspender? Al examen de junio —ya han quitado los típicos de septiembre, los han adelantado un par de meses—. ¿Que sigues suspendiendo? Te debes matricular al año siguiente de esa asignatura teniendo en cuenta dos cosas: que puede que hayas perdido la beca y que será bastante más cara. Luego me meto en ello.

Por lo tanto, en un bachillerato hay que dar caña, no solo porque tengas que prepararte para unos estudios superiores, sino porque, antes, ¡tendrás que pasar selectividad con la mejor nota posible! Por eso digo que es una prolongación en complicado de la ESO, porque vas a seguir estudiando casi las mismas materias y vas a seguir con el sistema de estudio y exámenes, dado que quieres acabar en una enseñanza superior. Y te tenemos que preparar para ello, no querrás estrellarte, ¿verdad?

Un ciclo de grado medio es una enseñanza más práctica y centrada en un campo muy concreto del saber. Digamos que está pensada para acceder más rápido al mercado laboral con una profesión específica. Por ejemplo, imagina que tienes claro que quieres ser monitor de actividades deportivas en el medio ambiente, pero no te ves con la capacidad suficiente para hacer INEF, que es el grado universitario dedicado al deporte

—recuerda que en la carrera no hay refuerzos, ni fichas, ni cosas de esas: o puedes o, sintiéndolo mucho, hasta luego—. Si este fuera tu caso, hay un ciclo específico de grado medio: Técnico en conducción de actividades físico-deportivas en el medio natural. Estudiando este solo tendrías asignaturas específicas relacionadas con estas actividades físico-deportivas: Actividades físicas para personas con discapacidades, Administración, gestión y comercialización en la pequeña empresa, Conducción de grupos a caballo y cuidados equinos básicos o Conducción de grupos en bicicleta —el listado completo de los dos cursos y las horas están en internet, normalmente en la web de la Consejería de Educación de tu comunidad autónoma; este ejemplo es de Andalucía—. Es decir: no más Lengua, ni Historia, ni Matemáticas, ni Física y Química ni Inglés —aunque terminarás apuntándote a una academia para sacarte el B2, ¡ya verás!—.

Pero nadie te va a regalar nada en esta vida, así que todo tiene su lado bueno y su lado malo:

- √ Si estudias bachillerato y estudios superiores vas a tardar más años en acceder al mercado laboral —si no repites, a los veintitrés habrás acabado—, pero, como contrapartida, lo harás con la titulación más alta que existe. Y ya sabes: más titulación, más salario.
- √ Si estudias un grado medio puedes acceder antes al mercado laboral —si no repites, a los dieciocho ya podrás estar buscando trabajo—, pero tu titulación solo te permitirá dedicarte a profesiones muy concretas y con el título más básico que te podrían exigir.

No obstante, siempre te quedaría la opción de terminar el grado medio y acceder al superior. Cambiarías más años de estudio por una titulación más alta. La decisión es tuya. ¿Ves cómo la vida no es una burbujita superfeliz? De todas las maneras, voy a seguir contándote cosas sobre esto, no he terminado.

BACHILLERATO

LA IMPORTANCIA DE 4.º DE ESO

Este curso no solo es importante por el viaje de estudios —si es que lo hay—, sino porque es el último de preparación para el bachillerato.

Aunque puede que continúes estudiando en el mismo centro educativo y los profesores que te den clase sean los mismos, créeme que cambiamos mucho en esta etapa: somos más exigentes y aguantamos menos tonterías. Las razones te las he dicho ya:

- √ Es una enseñanza no obligatoria. Es decir, estás aquí porque quieres. Ya has pasado los dieciséis años, con lo que no es obligatorio que estés en un centro educativo. Y si te han obligado tus padres, lo siento, pero no es mi problema ni del resto de la clase: habla con ellos.
- √ Los dos cursos de bachillerato son una preparación para la temida selectividad —que luego no es para tanto...¡o sí!—. Los profesores tenemos mucha prisa por dar todo el temario porque, de lo contrario, los únicos que salís perdiendo sois vosotros. Se acabaron los refuerzos: o puedes con un bachillerato o tienes otras vías para seguir estudiando. Yo, como profesor, estoy formando a una clase para que lo borde en selectividad.
- √ Ya sois mayorcitos: estáis más cerca de la mayoría de edad que de Disney Channel. Si aún vienes a clase para hacer el tonto y vagar, lo siento de nuevo, te equivocas de sitio.

Llegar a bachillerato con una buena base es fundamental. Para conseguirla tienes los cuatro años de la ESO, por eso digo tantas veces que, aunque secundaria es asequible para todo el mundo, te esfuerces al máximo para llegar a tope. Porque, ¿sabes lo que pasa si no llegas lo suficientemente preparado? Pues que, literalmente, no hay tiempo para recuperar el retraso de conocimientos que tienes, porque el temario es amplio y hay que darlo todo: entonces empiezan los agobios, las clases a la carrera, los «esto te lo tienes que estudiar por tu cuenta», los deberes, etc.

Además, hay que elegir muy bien las optativas en este curso. Si escoges un grado con una presencia importante de matemáticas o cálculo, no optes por las Matemáticas Aplicadas porque sean más fáciles que las Académicas: lo vas a pagar —y mucho— en bachillerato. ¿Qué prefieres: sacar buena nota en 4.º donde la media no cuenta para nada o sacar una media alta en bachillerato que cuenta para la selectividad?

Del mismo modo, si tienes pensado estudiar un grado relacionado con las Humanidades —como hice yo— escoge Latín, —«Pero es que...»— ¡escoge Latín! Si no llegas con una mínima base a bachillerato te digo que en dos años no estás al nivel de las traducciones que tendrás que hacer en selectividad. Así de fácil.

¡NO LA CAGUES EN 1.º!

Siempre ocurre lo mismo: llegáis un poco atontados de 4.º de ESO. Pensáis que, en lugar de estar en 1.º de bachillerato, estáis en 5.º de ESO. Os relajáis y sacáis una nota media pésima o, por lo menos, mucho más baja de la que sois capaces de conseguir.

Vale, llega 2.º, todo lo que estáis dando entra en selectividad. Que si es mucho, que si es injusto jugarse tanto en un solo examen... lo de siempre. De repente te enteras de que la nota media de bachillerato cuenta más que la propia selectividad, ¡bien! Espera, ¿bien? ¿Qué nota media tienes en 1.º de bachillerato? ¿Solo? Vaya, parece que la cagaste el año pasado.

No os enteráis hasta que llega este fatídico momento que describo. Pero por si acaso aún no estás en bachillerato o lo estás empezando mientras lees estas líneas, te lo repito: no la cagues en 1.º.

Da todo desde el primer día. Son solo dos cursos académicos a tope para conseguir estudiar lo que te gusta y donde te gusta, ¡ambas cosas! No es cierto que el temario de 1.º de bachillerato, como tal, no caiga en selectividad. Te pongo un ejemplo con mi asignatura: la única parte que no va a entrar en selectividad va a ser la Literatura de 1.º; la de 2.º entra completa. El resto de la asignatura: los comentarios de texto, la gramática, los análisis de oraciones... ¡todo eso entra! No pienses que la selectividad es un examen solo sobre 2.º de bachillerato, ¡error!

2.º, ¿EL CURSO MÁS ESTRESANTE?

Probablemente sea el más estresante que hayas vivido hasta la fecha. Luego, cuando estudies un grado, puede que pienses que ojalá tuvieras que hacer de nuevo la selectividad. Y si, en el futuro, a lo que te enfrentas es a unas oposiciones, vamos, con los ojos cerrados las cambiarías por la temida prueba.

Pero no te voy a quitar mérito: 2.º es un curso muy exigente y estresante porque, como ya sabes, está condicionado por la selectividad. Quizás ahora no me creas, pero ¡es el único año en el que no os alegráis de que un profesor falte a clase! Día que falte, día de menos para dar el temario y día de más que hay que recuperar —recreos, por la tarde, por tu cuenta...—. ¡Se acabaron las guardias sin hacer nada! Además, es el más corto: para mayo ya habrás acabado. Ten en cuenta que la selectividad es en junio y, antes de ella, tienes unas semanas de repaso.

Si ahora en tu colegio o instituto no se pueden poner dos o más exámenes el mismo día, olvídate de esto en 2.º. Tómallo como un ensayo para la selectividad, entonces sí que tendrás varios el mismo día: de hecho, el primero tendrás tres. ¡Empezamos fuerte!

Te aconsejo que hagas cuantos más exámenes tipo selectividad, mejor. En todas las asignaturas. No te cortes en decírselo a tus profesores, es lo que más te conviene para que, cuando llegue la hora de la verdad estés familiarizado con el tipo de examen.

Y LA SELECTIVIDAD, ¿CÓMO ES?

Creo que es más el mito que lo que realmente es. Debes tener en cuenta varias cosas:

- ✓ Llevas, específicamente, dos años preparando esta prueba. Si te has dedicado a hacer el tonto en bachillerato es problema tuyo, no podemos hacer nada por ti. Pero si te has esforzado y has trabajado todo lo posible, te aseguro que vas preparado de sobra. No te van a preguntar nada nuevo: lo sabes todo.
- ✓ Pasa rápido: solo son tres días. En cuanto haces el primer examen, que es el de Lengua Castellana y Literatura, todo vuela. A este soléis ir un poco acojonados —¡da penilla veros!—. Es la primera vez que hacéis uno en un aula de universidad y eso os suele impresionar. Está la presión de hacerlo lo mejor posible. El ritual de entrada de enseñar el DNI y ser acompañado a la mesa también impresiona. Hay que hacer el examen en folios oficiales, cosa a la que tampoco estáis acostumbrados. Hay cinco o seis profesores vigilando para que nadie copie... En fin, muchas novedades, ¡pero de verdad que vuela! Al segundo día ya vas por la mitad y, al día siguiente, has acabado. Además, el día más cargado suele ser el primero.

Aquí puedes ver el calendario oficial de la selectividad en Andalucía de 2016/2017:

CALENDARIO DE LA PRUEBA DE BACHILLERATO					
CURSO 2016/2017					
Convocatoria ordinaria: 12, 13 y 14 de junio de 2017				Convocatoria extraordinaria: 12, 13 y 14 de septiembre de 2017	
HORARIO	PRIMER DÍA	SEGUNDO DÍA	TERCER DÍA	HORARIO	TERCER DÍA (TARDE) Exclusivo para incompatibilidades de la convocatoria ordinaria.
08:30-09:00	CITACIÓN (*)	CITACIÓN (*)	CITACIÓN (*)	16:30-17:00	CITACIÓN (*)
9:00-10:30	• LENGUA CASTELLANA Y LA LITERATURA II	• FUNDAMENTOS DEL ARTE II • LATÍN II • MATEMÁTICAS II	• BIOLOGÍA • DISEÑO • GEOGRAFÍA	17:00-18:30	
10:30-11:15	DESCANSO	DESCANSO	DESCANSO	18:30-19:00	DESCANSO
11:15-12:45	• LENGUA EXTRANJERA	• ARTES ESCENICAS • MATEMÁT. APLIC. A LAS CC. SOCIALES II • QUÍMICA	• DIBUJO TÉCNICO II • ECONOMÍA DE LA EMPRESA • HISTORIA DE LA FILOSOFÍA	19:00-20:30	
12:45-13:30	DESCANSO	DESCANSO	DESCANSO	20:30-21:00	DESCANSO
13:30-15:00	• HISTORIA DE ESPAÑA	• CULTURA AUDIOVISUAL II • GEOLOGÍA II • GRIEGO II	• FÍSICA • HISTORIA DEL ARTE	21:00-22:30	

A simple vista, asusta un poco, no te lo voy a negar. Así compruebas que entre la ESO y lo que viene después no hay punto de comparación y, siendo muy optimista, hasta puede que entiendas por qué soy tan pesado con que lo deis todo durante esos cuatro años de instituto: ya ves lo que te espera en el futuro.

A la hora de preparar selectividad se cometen muchos errores. El más grave de ellos sea, quizás, estudiar solo una parte de la asignatura —«Como en Historia entran el siglo XIX y el XX, y como no me da tiempo a empollarme los dos, solo me preparo el último porque siempre ponen una pregunta de cada uno»—. ¡Mentira! ¿Quién ha dicho que vayan a poner una pregunta de cada siglo? El hecho de que haya ocurrido en anteriores convocatorias no quiere decir que vuelva a pasar y los años en que las dos preguntas versan sobre el mismo siglo son una masacre. ¡Y encima os quejáis! ¡Pero si nadie dijo que os dejarais un siglo sin estudiar!

En Lengua pasa algo muy parecido —«Bah, siempre ponen un texto periodístico, así que no me estudio la literatura—. ¡Barbaridad! En Lengua ponen lo que a la comisión encargada de redactar los exámenes le da la real gana. Que muchos años haya habido textos periodísticos no quiere decir que siempre, por obligación o norma, uno de los dos tenga que ser de este tipo. Si te dejas la literatura sin estudiar, ¡mal vas! Por ejemplo, en mi año tocaron dos textos literarios: una poesía de José Hierro —que fue el que hice— y un fragmento de *Yerma*, de García Lorca. ¿Ves el periodismo por algún lado? Aunque es que en mi época no existía esa moda de dejarse las asignaturas a medio estudiar. Ya cada uno que lo entienda como quiera.

Viendo el calendario de antes puede parecer que todos los exámenes son iguales, pero en realidad selectividad consta de dos partes:

1. *Fase general*

Comprende los exámenes de Lengua Castellana y Literatura, Historia de España, Lengua Extranjera y una materia de modalidad de bachillerato que varía dependiendo del que hayas cursado:

Artes: Fundamentos del Arte II

Humanidades y Ciencias Sociales, itinerario de Humanidades: Latín II

Humanidades y Ciencias Sociales, itinerario de Ciencias Sociales: Matemáticas Aplicadas a las Ciencias Sociales II

Ciencias: Matemáticas II

2. Fase específica

Esta es optativa y sirve para subir nota. Ten en cuenta que la máxima es catorce y no diez. Te podrás examinar de hasta cuatro materias que variarán en función, de nuevo, del bachillerato que hayas cursado:

ARTES	CIENCIAS	HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES
<ul style="list-style-type: none">• Artes Escénicas• Cultura Audiovisual II• Diseño	<ul style="list-style-type: none">• Biología• Dibujo Técnico II• Física• Geología• Química	<ul style="list-style-type: none">• Economía de la Empresa• Geografía• Griego II• Historia del Arte• Historia de la Filosofía

Así que llegas, haces tu parte general, luego tu parte específica, terminas y, esa noche, te pegas la juega padre. Pero ¿cómo te van a poner la nota?

- √ En la fase general cada examen se evalúa de 0 a 10 y la nota final es la media de los cuatro exámenes. Para superar esta fase la nota media debe ser mayor que 4.
- √ En la fase específica cada examen se evalúa de 0 a 10 y se considera aprobado cuando la nota es superior a 5. Ojo con esto: acabo de decir que puedes hacer hasta cuatro exámenes en esta fase, ¿recuerdas? Bien, pues solo te va a contar los dos en los que saques más.
- √ La nota final para estudiar el grado que quieres se calcula así:

$$\text{Nota de admisión} = 60 \% \text{ NMB} + 40 \% \text{ CFG} + a \cdot M1 + b \cdot M2$$

Siendo:

- NMB: la nota media del bachillerato.
- CFG: la calificación de la fase general.
- M1, M2: las calificaciones de un máximo de dos materias superadas de la fase específica que proporcionen mejor nota de admisión.
- a, b: los parámetros de ponderación de las materias de la fase específica.

Un momento, ¿parámetros de ponderación de las materias de la fase específica? Sí, verás: lo normal es que M1 y M2 se multipliquen por 0,1. Pero algunas universidades, si consideran que las materias optativas de las que os habéis examinado tienen especial relación con vuestros estudios universitarios, pueden echaros una mano y multiplicar por 0,2.

C'est fini, amigo. Se acabó tu temida selectividad. Como último recurso puedes reclamar si no estás de acuerdo con la nota de los exámenes, pero tampoco van a variar mucho tus calificaciones.

Y ahora llega ese momento en que, con tu nota delante, piensas: «Joder, si hubiera estudiado más en lugar de... Si hubiera atendido en clase en lugar de... Si hubiera... Si hubiera...». No des lugar a pronunciar siquiera los «si hubiera». ¡Ánimo, eres capaz, coge el toro por los cuernos! Está en tu mano cambiar los arrepentimientos por saltos de alegría.

¿QUÉ ME JUEGO ENTRE BACHILLERATO Y SELECTIVIDAD?

Suena duro, pero, literalmente, te juegas tu futuro. Por un lado te juegas poder entrar en el grado o ciclo superior que quieres. Por otro, estudiar cerca o lejos de casa.

Estudiar lo que te gusta

Eso es fundamental, amigo. ¿Nunca has oído a nadie decir que trabajar en algo que te gusta es superimportante? Confucio —que no fue quien inventó la confusión, sino un pensador chino del siglo V a. C.— dijo: «Elige un trabajo que te guste y no tendrás que trabajar ni un día de tu vida».

Cuando hacemos algo que nos gusta, el tiempo pasa volando. Ya te he dicho que yo he estudiado hasta hace muy poco. El ritmo de unas oposiciones es brutal: trabajaba por la mañana en el instituto y por la tarde, de cuatro y media a nueve, estudiaba. Fines de semana incluidos, solo descansaba el domingo.

A veces creía que me estaba volviendo loco y decidía descansar parte de la tarde. Pero no de descanso de tirarme en el sofá —soy incapaz de estar sin hacer nada—, sino que me ponía con el ordenador a aprender diseño gráfico o a programar. Cosas que me gustan. Y me daban más de las nueve sin que me diera cuenta. Estaba haciendo algo que me gustaba y el tiempo siempre se me quedaba corto. Sin embargo, cuando estudiaba, el segundero parecía que avanzaba una vez y retrocedía dos.

En selectividad te estás jugando tener la suerte —sí, la suerte— de estudiar lo que te gusta. Te podría poner muchísimos ejemplos de amigos que no pudieron elegir por falta de nota la carrera que querían y, o terminaron amargados con los estudios o decidieron dejarlo y hacer de nuevo selectividad para intentar entrar donde ellos deseaban.

Mientras estás en el instituto no tienes que competir con nadie. Es más, habrá hasta quien te diga que la competitividad es mala. A ver, hay que ser solidario por encima de todo. La vida no consiste en ir poniendo zancadillas a los demás. Pero vivimos en un mundo muy competitivo y, tarde o temprano, tendrás que aprender a ser el mejor en tu campo para poder desenvolverte en este ambiente de competición continua que nos rodea.

Selectividad es una prueba nacional, es decir, te permite elegir entre cualquier estudio superior que se ofrezca en España. Cuando estés más cerca de los estudios universitarios te darás cuenta de que las distintas facultades y universidades tienen fama: hay unas más prestigiosas que otras. Eso te da un plus a la hora de redactar tu currículum e ir a buscar trabajo.

No es lo mismo estudiar Farmacia en la Universidad X que en la Universidad Y —sin nombres, para que nadie se ofenda—. Y eso las empresas lo saben, para algo tienen departamentos de Recursos Humanos.

Los estudios superiores —ya sabes, grados o ciclos de grado superior— tienen notas de corte, ¿sabes por qué? Porque, al igual que las discotecas, tienen un cupo máximo de personas. ¿Puedes meter a doscientas personas en tu clase? No. No hay mesas, ni sillas, ni sitio ni aire para todos. Como mucho —muchísimo— seréis cuarenta y tres. Más no permite la ley.

En cada primero de cada grado o ciclo hay un tope de estudiantes que lo pueden cursar. Obviamente varía según el lugar donde se estudie. Por ejemplo, en primero de Derecho en Sevilla hay doscientas plazas.

Una vez terminada la selectividad y sabiendo ya tu nota de admisión, estás en condiciones de ver las notas de corte del año pasado, que es la que obtuvo la última persona que entró en ese grado o ciclo el año anterior, y averiguar si este tienes probabilidades de entrar o no.

Siguiendo con el ejemplo de Derecho en Sevilla, la nota de corte de 2016 fue 7,808. Es cuestión ahora de coger tu nota y ver si entrarías —¡bien!— o no —Houston, tenemos un problema—. Si tu caso fuera el segundo, tranquilo, aún no está todo perdido. Está claro que si tienes un 6,564 no vas a poder estudiar Derecho en Sevilla, pero te queda la opción b que te comenté antes.

Estudiar cerca o lejos de casa

Cada uno es como es, eso es una verdad universal aparte de una tautología —o tontería, como quieras llamarlo—. Mi experiencia con adolescentes es que estáis deseando iros de casa hasta que os vais y comenzáis a echar de menos todo lo que ha sido vuestra vida hasta entonces. Además, te vas de casa para estudiar, no de año sabático.

Nuestro amigo el sevillano que quería estudiar Derecho en su ciudad, pero tenía un 6,564, resulta que, tras mirar las notas de corte del año pasado, se va a tener que ir a Elche (6,400), a Granada (6,340) o a Valladolid (6,305). Puede seguir mirando, solo he puesto las tres de corte siguientes a la de nuestro ejemplo, pero recuerda que para la misma carrera, menor nota de corte significa menor prestigio de tus estudios.

Mantener a un hijo estudiando fuera de casa es carísimo. Mucho más si la universidad es privada en lugar de pública. A los gastos del grado o ciclo hay que sumarle el alquiler del piso o la residencia de estudiantes, un dinero al mes para comida, otro para salir —no

querrás vivir como una monja de clausura, ¿no?—, otro para material escolar — prepárate para comprar fotocopias—, que si te da por apuntarte a un gimnasio, imagino que querrás un coche...En fin, que no todas las familias se pueden permitir enviar a sus hijos fuera a estudiar.

Seguro que ahora estás pensando: «¡Pues me pido una beca, tss!». ¿Quieres saber cómo funcionan?

LAS BECAS

Lo primero que debes saber es que para pedir una beca tienes que matricularte de un mínimo de créditos. Verás, un crédito es una unidad de medida, lo mismo que el gramo o el metro. En este caso, un crédito equivale a diez horas de clase. Los estudios superiores se miden en créditos, y una asignatura de seis créditos tiene sesenta horas de clase — normalmente será cuatrimestral— y una de diez, cien horas, y será anual.

Según de los créditos que te matricules, hay dos tipos de becas:

√ Completa: sesenta créditos.

√ Parcial: treinta créditos.

Por lo tanto, para optar a beca, hay que matricularse de un mínimo de treinta créditos. Con solo veinte no te van a dar ninguna clase de beca.

Lo segundo es que la beca te la van a dar o no en función de cuál haya sido tu rendimiento escolar. Vamos, que si has sacado poca nota no te dan nada.

Primer curso

√ Opt es derecho a beca si... → Has sacado menos de un 5,50.

¿Qué te parece? ¿Mola? ¡Bienvenido al mundo real!

Por último debes saber que las condiciones para que te den una beca cambian una vez que estás dentro del grado: te obligan a aprobar un mínimo de los créditos de los que estás matriculado y a llegar a cierta nota media. ¿Y que pasa si suspendes varias asignaturas y no llegas al mínimo de créditos o tu nota media es muy baja? Que te quitan la beca.

Veamos las condiciones, pues varían según la rama del saber a la que pertenezca tu grado.

Segundo curso y posteriores

BECA COMPLETA	SOLO MATRÍCULA	SIN BECA
Ingeniería, Arquitectura o Enseñanzas técnicas — 85 % créditos aprobados o 65 % + nota media de 6,00	Ingeniería, Arquitectura o Enseñanzas técnicas y Ciencias — 65 % créditos aprobados	Cualquier rama anterior con menor porcentaje de créditos aprobados
Ciencias Ciencias de la Salud — 100 % créditos aprobados o 80 % + nota media de 6,50	Ciencias de la Salud — 80 % créditos aprobados	Humanidades — 90 % créditos aprobados
Humanidades — 100 % créditos aprobados o 90 % + nota media de 6,50		

¿Y es caro estudiar sin beca? Depende de lo que quieras hacer. Los grados son más caros que los ciclos. Hablo solo de universidades públicas; las privadas, obviamente, tienen precios más elevados.

Dentro de las universidades públicas, además, los precios varían según la comunidad autónoma a la que pertenezcas: Cataluña suele ser la más cara y Andalucía, por ejemplo, está entre las más baratas. Aprovecho esta última para hacer una simulación.

Verás, suspender en la universidad vale dinero. Esto no es como el instituto donde la matrícula cuesta solo 1,12 euros y es prácticamente gratis —al menos para ti, recuerda

que todo sale de los impuestos— suspender o repetir incluso un curso.

El precio del crédito —¿recuerdas, diez horas de clase?— va en aumento conforme vayas suspendiendo una asignatura y tengas que volver a matricularte de ella al año siguiente.

MATRÍCULA	1. ^a	2. ^a	3. ^a	4. ^a , 5. ^a y 6. ^a
PRECIO DEL CRÉDITO	12,62 €	25,25 €		48,13 €
				64,17 €

No puedes suspender una asignatura más de seis veces. Si te ocurre eso —y sintiéndolo mucho— tienes que irte a otra universidad a sacar esa asignatura.

Bueno, supongamos una asignatura de seis créditos. ¿Vemos cuánto te costaría suspender cada año?

MATRÍCULA	1. ^a	2. ^a	3. ^a	4. ^a , 5. ^a y 6. ^a
PRECIO DE LA ASIGNATURA	75,72 €	151,5 €	288,78 €	385,02 €

La misma asignatura es más cara año tras año solo por suspender. Y hablo de solo seis créditos. ¿Recuerdas antes cuando te dije que la beca completa te la daban con sesenta créditos como mínimo y la parcial con treinta? Como ves, los estudios superiores no son baratos, por eso las becas no las regalan, hay que conseguirlas con esfuerzo.

GRADO MEDIO

Los ciclos formativos de grado medio son la otra opción que tienes para continuar los estudios más allá de 4.º de ESO. Con ellos obtienes la titulación de técnico/a de la profesión correspondiente al ciclo cursado. Y con ella no solo puedes comenzar a buscar trabajo —muy básico, por cierto—, sino que te permite el acceso a otro ciclo de grado medio, a uno de grado superior o al bachillerato —siempre que cumplas los requisitos de las diferentes comunidades autónomas—.

A un ciclo de grado medio puedes acceder con titulación y sin ella:

- ✓ Con titulación si tienes la ESO o la FP básica.
- ✓ Sin ella no te queda más remedio que presentarte a una prueba de acceso anual para la que hay que tener más de diecisiete años, haber superado un curso de formación específico tanto público como privado o los módulos obligatorios de los antiguos PCPI (Programas de Cualificación Profesional Inicial).

La oferta formativa de los ciclos de grado medio es mucho menor que la de otros estudios superiores como puedan ser los grados universitarios o los propios ciclos de grado superior. Puedes consultarla en la página web de la Consejería de Educación de tu comunidad autónoma o en páginas especializadas. Lo más fácil es poner en tu buscador «cfgm» y encontrarás lo que buscas.

Como en los grados universitarios, el tema de las becas también está condicionado. Veamos:

PRIMER CURSO

1.º de grado medio	No se exige nota mínima de acceso.
--------------------	------------------------------------

1.º de grado superior	Haber obtenido al menos un 5,5 de nota media en 2.º de bachillerato o en la prueba o curso de acceso.
-----------------------	---

SEGUNDO CURSO

2.º de grado medio y superior	Haber superado en el curso anterior el 85 % de las horas totales matriculadas. Si repetiste curso, debes haberlo aprobado todo.
-------------------------------	---

Luego existen un montón de condicionantes más para que te concedan o no la beca. Te recomiendo que eches un ojo a www.becasalestudio.com. Allí te podrás informar de todo.

Como normal general, los ciclos suelen ser más baratos que los grados, pero no te dejes guiar por el dinero para elegir qué estudiar. Recuerda las palabras de Confucio sobre trabajar en lo que te gusta y empléate a fondo. Puedes conseguir todo lo que te propongas.

Te encontrarás en el camino con gente que opine que un grado universitario es mejor que un ciclo. Este desprestigio de la FP —los ciclos son Formación Profesional— viene de antaño, de cuando se creía que una FP solo servía para ser mecánico o peluquera, despreciando tanto esas dos profesiones que son tan dignas como lo puede ser cualquier otra.

No hay profesiones mejores, hay trabajos que te gustan y trabajos que no. Tampoco los hay por los que, *a priori*, te paguen menos: puedes ser abogado —pésimo, pero abogado— y no llegar a fin de mes porque nadie requiere de tus servicios, o tener una peluquería —la mejor de la ciudad, esa a la que va todo el mundo— y hacerte de oro. La diferencia está en el empeño que le pongas. Y el empeño está relacionado con lo que te guste tu trabajo.

Por lo tanto, si eliges FP, no tengas complejo con los que hagan un bachillerato o un grado universitario. Es cierto que este último te da acceso al título más alto que existe para la mayoría de profesiones, pero ya te he dicho que han creado unos itinerarios que, en todo momento, te permiten terminar en la universidad.

Lo mismo que antes te he hablado sobre amigos que terminaron amargados por no haber conseguido la nota para ingresar en la universidad, otros, en vez de lamentarse por no entrar, por ejemplo, en Enfermería, hicieron el Ciclo Superior de Laboratorio Clínico y Biomédico. Eso los capacitó después para hacer la carrera que querían, con la ventaja de que, al haber estado dos años cursando materias afines, algunas asignaturas las tenían convalidadas, es decir, aprobadas de antemano por haber cursado y pasado unas muy parecidas hacía poco —ahora acaban de presentarse al EIR, unas oposiciones de Enfermería—. En su día quizás vieron como un fracaso el no haber sacado la nota suficiente en selectividad. Algunos años después, ya ves, al mismo o mejor nivel de cualquiera que empezara el grado aquel año.

El tiempo pone las cosas en su sitio, pero tiene un problema: el tiempo mismo —parece una paradoja, pero el tiempo necesita tiempo—. Las cosas que nos ocurren no las podemos juzgar como buenas o malas hasta que no pasan unos años —a veces incluso menos— y vemos cómo ha evolucionado nuestra vida desde esa situación.

Un último ejemplo. Tengo otro amigo que cogió una depresión terrible por no haber conseguido plaza en sus primeras oposiciones. Él pensaba que iba superpreparado y... ¡zas, en toda la boca! Un año más tarde, gracias a no haber conseguido su plaza, lo llamaron como sustituto a un pueblo donde conoció a la mujer de su vida, cosa que no hubiera pasado si hubiese aprobado. ¿Ves? ¡A esto me refiero! El tiempo necesita tiempo, solo te pide, a cambio, que confíes en ti mismo.

Hay una frase que me encanta y que veo mucho en las dedicatorias que os escribís en las agendas: «No sabían que era imposible, por eso lo hicieron». Creo que es una buena lección para terminar este capítulo.

8

¿PARA QUÉ VOY A HACER MÁS?

¡Ahh! ¡Os mataba lenta y dolosamente cada vez que me decís eso! Imagina que vas al médico con una tos terrible que no te deja dormir por las noches y te dicen:

—¡Vaya! Tiene usted una de las peores toses que he visto en mucho tiempo. Podría darle este jarabe con delicioso sabor dulce que se la quitaría de inmediato; pero, en su lugar, voy a darle esta pastilla que tarda un mes en hacer efecto. No olvide tomarla cada ocho horas. ¡Hasta luego!

Es decir, puedes hacer las cosas mucho mejor de lo que las haces y, como eres un vago —venga, vamos a reconocerlo—, vas a lo mínimo. Pero no te creas especial tampoco en esto: ya te he dicho que el vago nos gusta hacerlo a todos. Hay días que no tengo ningunas ganas de ir a trabajar, sobre todo los lunes: levantarme a las seis y media después del sábado y domingo sin despertador, andar quince minutos hasta el parking —con el frío que hace a esa hora—, conducir una hora y cuarto hasta el instituto para empezar, ya desde primera hora, a daros clase: que si no traéis los deberes, que si no habéis estudiado, que si no os calláis... ¡y así hasta última hora! ¡Pues prefiero quedarme en la cama!

Pero no, no se puede y, lo más importante, ¡en realidad no quiero! Si todos fuésemos a lo mínimo el mundo sería mucho peor de lo que ya es. Tú —y yo— podemos llevar esta vida de primer mundo que vivimos gracias a que ha habido y hay miles de personas, antes que nosotros y ahora, que se han afanado para que tengamos esta calidad de vida.

¿Te imaginas que Edward Jenner se hubiera quedado en casa rascándose la barriga aquel día de 1796? ¿Que no sabes quién es? ¡Pues sin él no tendríamos vacunas!

Pensar que para qué hacer más si con lo poco que haces apruebas es de mentalidad derrotista. De perdedores, vaya. Además de demostrar que no eres capaz de ver más allá de tus próximas veinticuatro horas.

EXPRÍMETE AL MÁXIMO

Supón por un momento que te apuntas —si es que no estás ya dentro de uno— a un equipo de baloncesto —por no poner siempre de ejemplo el fútbol—. Si quisieras jugar de titular, ¿qué harías en los entrenamientos? ¿Sudar la camiseta o pasearte por la pista?

En el fondo eres consciente de que todas las cosas de esta vida requieren esfuerzo y de que, en muchas ocasiones, solo los mejores consiguen lo que se proponen. Lo sé por las veces que hablamos sobre estas cosas. Y a veces pienso que una parte muy importante del problema no es culpa vuestra, sino de vuestros profesores y familias.

Tardo unos meses en darme cuenta —obviamente, os tengo que conocer—, pero cuando soy consciente de lo que sois capaces de darme no me conformo con suficientes. Si tengo que calificar un trabajo o un examen ramplón, simple, hecho para salir del paso, ten por seguro que te suspendería. Pero no porque sea mala gente —peor sería lo tuyo, que me has presentado un churro—, sino porque quiero sacar de ti lo mejor que tienes.

Miguel Ángel, a pesar de que su nombre pueda parecerle el de tu vecino del 5.º, es uno de los mejores escultores de la historia. Seguro que conoces el *David*, una de sus obras más famosas. Sobre su proceso de creación, se cuenta que dijo:

—Esculpir a David fue fácil. Lo único que tuve que hacer es eliminar todos los trozos de mármol que no eran David.

Vosotros, cuando no me dais todo de lo que sois capaces, me estáis dando trozos de piedra sin tallar, bloques en bruto. Mi misión como profesor es conocer el genio que hay dentro de cada uno de vosotros y tratar de que, como hizo Miguel Ángel, salga a la luz.

No todos tenemos las mismas habilidades. Tampoco sería bueno que eso pasara. Entonces no seríamos humanos, sino muñecos en serie como las Barbie. Un siete para ti puede ser el equivalente a un diez para otro, y viceversa.

Mira esta imagen:



No está calcada, sino dibujada a mano alzada, y me lo hizo uno de los alumnos más difíciles que he tenido nunca, por no decirte el que más. No respetaba ninguna norma, la liaba siempre a lo grande, había repetido el máximo de veces posible...¿Partes? ¡Todos los del mundo! ¿Expulsiones? ¡De mes en mes! Y ahí ves de lo que era —es— capaz. No terminó la ESO —cosas de la vida—, pero todos, todos, todos vosotros tenéis un genio dentro que hay que descubrir y dejar salir.

Quizás no todos valgáis para estudiar. Es lo más normal del mundo; a cada uno se le da bien una cosa. Yo, por ejemplo, hice el Bachillerato de Humanidades huyendo en parte de las Matemáticas. ¡Se me daban fatal! Lo resolvía todo por la cuenta de la vieja o la regla de tres. Y en el examen, ¡mal, mal! Yo no lo entendía: ¡pero si el resultado está bien! «Pero el proceso no», me decía mi profesor. ¡Pues vaya gracia!

Existe un pensamiento relativamente nuevo que se llama «teoría de las inteligencias múltiples». Dice que no existe una única manera de ser inteligente, que es, más o menos, lo que se viene pensando hasta ahora. El «listo» de toda la vida. Según esto, habría una inteligencia más académica, otra más artística, otra más resolutiva, otra más creativa, etc.

Busca aquello que se te da bien y utiliza los años del instituto como trampolín para auparte hasta lo más alto en tu profesión, en lo que te guste y se te dé mejor. Si pasas por la ESO sin pena ni gloria, ya sabes que tendrás un título, sí, pero ya he dicho que no te servirá de nada, porque no habrá una formación en ti que te respalde. Es como si nos compramos la caja más bonita el mundo y por dentro está vacía. Mucho envoltorio, sí, pero no tiene nada.

Además, ya sabes que el mundo no se acaba en 4.º de ESO y que tener una buena base para lo que viene después es fundamental. Si vas hacer lo mínimo, ¿qué clase de base vas a tener? Ya te lo he dicho y lo repito: ninguna. Y luego llorar no vale de nada.

9

¡QUÉ DE CLASES!

Qué de personas hay en un instituto y qué distintas son entre sí, ¿nunca te lo has planteado? Hasta en los centros educativos más pequeños en los que he trabajado me ha ocurrido que, sin importar lo avanzado que estuviera el curso, siempre me encontraba con un alumno que no había visto hasta entonces.

—¿Este es nuevo? —le preguntaba a algún compañero.

—No, hombre, ese es de 2.º B.

¡Yo qué sé! Como no le doy clase y puede que nunca haya tenido que meterme en una guardia en su curso, pues ni idea de su existencia.

¿Te imaginas que hiciéramos un mural enorme con todas las historias y relaciones personales de cuantos coincidimos en un instituto? Saldría, sin duda, algo muy parecido a un universo en miniatura: historias alegres, otras tristes, cosas que no te esperas que puede estar viviendo ese con quien siempre te cruzas, pero nunca saludas... Por eso no debemos juzgar a la gente, porque nunca sabemos lo que hay detrás de un comportamiento extraño, una indumentaria llamativa o un carácter tímido o demasiado extrovertido. Te sorprendería conocer la carga que llevan algunos a sus espaldas, da igual su edad.

A lo largo de los catorce institutos que llevo pateados ya he dicho que he visto de todo, pero de todo: historias de drogas, prostitución, suicidios, malos tratos... Los centros educativos son microcosmos donde cada uno de vosotros es un planeta con una historia que está siendo vivida.

Tendemos con demasiada frecuencia a reírnos de los demás cuando consideramos que su comportamiento o manera de ser no encaja con lo que nosotros estipulamos como normal. No tenemos en cuenta que lo que nosotros llamamos «normal», para otra persona, puede ser «raro». A mí me ocurre con vosotros, por ejemplo. Me explico: el paso del tiempo, en mi profesión, es una putada. Yo cada año soy más viejo, en cambio vosotros siempre tenéis la misma edad. El año pasado di clase en un 3.º de ESO: todos con catorce o quince años; yo con treinta dos. Este año doy clase en otro 3.º de ESO: todos con catorce o quince años de nuevo; yo, con treinta y tres. El que viene, si doy clase otra vez en 3.º, lo mismo: ellos tendrán catorce o quince años y yo, treinta y cuatro.

La brecha cada vez es más grande y, como consecuencia, los referentes culturales también. A mí me encantan *Los Simpsons*, ¡pero cada vez sois menos los que los veis!, por lo que bromas que hace unos años podía gastar o ejemplos o alusiones referidos a esta serie que podía poner cada año me sirven menos.

Con los comportamientos pasa lo mismo: cada vez os veo más niños, más infantiles... y cada vez vuestro comportamiento encaja menos con lo que yo considero «normal». Por eso no juzgues a los otros con tanta alegría. Que tú, que te crees tan normal, puede que para otro seas un raro.

Voy a hacer un repaso por la clase de personas que me he ido encontrando en los institutos en los que me ha tocado trabajar. A ver si reconoces a algún compañero.

CLASES DE ESTUDIANTES

Empezamos por vosotros. Cada año suelo tener un mínimo de unos ochenta alumnos. Todos distintos, aunque con una serie de cosas en común.

EL BUEN ESTUDIANTE

El buen estudiante, al menos desde mi punto de vista, no es únicamente el que saca mejores notas, sino el que se esfuerza a diario y consigue, gracias a su trabajo, superarse a sí mismo y dar lo mejor que tiene. Alguien que haya sacado un seis puede ser muchísimo mejor que otro con un nueve. La nota no lo es todo y, quizás, detrás de ese seis haya más trabajo y dedicación que tras el nueve.

Un buen estudiante no es ni pelota ni perfecto —yo no quiero alumnos perfectos; es más, ¿qué significa eso?—. Cada profesor al que le preguntes esto te dará una respuesta distinta. Sin embargo, para mí, el buen estudiante es ese alumno:

- √ Que se nota —para bien— que está en la clase.
- √ Que participa —o lo intenta—, pero sin acaparar toda la atención.
- √ Que hace los deberes con normalidad —vale, puede que algún día se le olviden; aunque perfectamente posible, sería raro. Ya he dicho que nadie es perfecto—.
- √ Al que ves día a día su trabajo, su evolución. Se nota que ha ido aprendiendo más cosas y sabe más que cuando empezó el curso.

Por desgracia, no con todos tengo esa sensación. A veces se acaba el curso y, aunque hayáis aprobado, me queda un regusto amargo de pensar que casi estáis igual que en septiembre y que no he podido —o no os habéis dejado— aportar nada.

- √ Que es simpático.

Algunos de vosotros parece que estáis cabreados con el mundo. ¡La vida es demasiado corta para pasársela enfadado! Miráis desde vuestro sitio como perdonando la vida a todo aquel que ose cruzarse con vuestra mirada. ¡Anda ya, chaval, no te flipes! Sé simpático, no cuesta nada. Yo me llevo muy bien con mis alumnos, nos lo pasamos bien en las clases. Claro que me enfado —¡y menudo genio tengo!—, pero la inmensa mayoría de los días nos reímos en clase y tratamos de aprender en un clima relajado y de enseñanza mutua: yo también tengo cosas que aprender de vosotros.

EL FLOJO

He hablado de vuestra flojera vital, de vuestra apatía —las pocas ganas de tenéis de hacer casi cualquier cosa—. Un alumno flojo es aquel que tiene la capacidad, pero no las

ganas. Ser flojo no implica necesariamente suspender. Los hay que aprueban, pero con mucha menos nota de la que serían capaces de sacar.

Ya te he dicho también que eso solo os perjudica a vosotros: yo cobro lo mismo por aprobar que por suspender. Es más, yo ni apruebo ni suspendo, sumo notas y hago medias. Aprobar y suspender lo hacéis vosotros.

En los tiempos que corren cada vez es más difícil hacer un regalo a alguien: todos tenemos de todo. Y cuando tenemos de todo terminamos por no valorar nada —por eso nos aburrirnos tan pronto de cualquier cosa—. Y tal vez el sistema educativo no está sabiendo adaptarse a las características de las nuevas generaciones. O quizás sea cosa de la sociedad en general: nos hemos acostumbrado a ver tanta violencia y sufrimiento a diario en televisión que nada nos conmueve el alma —¿alguna vez has sentido algo cuando, en las noticias, has visto cómo llegan los inmigrantes en las pateras?—. Si lo vemos hasta mientras comemos.

Al final la respuesta al enigma será un poco de todo. No podemos buscar un único culpable. Lo que sí podemos es poner nuestro granito de arena y pensar en nuestro futuro. Si ni aun así eres capaz de motivarte, quizá tú mismo seas parte del problema: no te quieres lo suficiente.

EL MALOTE

El término, digamos oficial, sería «objetores escolares».

¿Sabes quién es Malala? Es una niña pakistaní a la que los talibanes intentaron matar de un tiro en la cabeza cuando solo tenía dieciséis años. ¿El motivo? Defender el derecho de las niñas de su país a recibir una educación. ¡Y casi la matan por eso! ¿No es triste?

Ya te he dicho que me suelo llevar bien con todos mis alumnos y que, detrás de cada comportamiento fuera de lo normal, hay un motivo personal oculto. Es por eso por lo que me gusta hablar en privado con ellos y conocerlos más en profundidad: solo si conozco sus problemas, podré ayudarles.

Pero hay una cosa que es sagrada para mí: el derecho de los demás a recibir una educación. Es decir, cualquiera de ellos me tiene para lo que necesite —desde charlar hasta explicar personalmente lo que no entienda—, pero somos treinta en la clase. Así que si se va a dejar ayudar, perfecto. Si no, amigo, mal vamos.

CLASES DE PADRES. Y DE MADRES, CLARO ESTÁ

Pero no solo trabajo diariamente con alumnos. Muy a menudo tengo que verme con vuestros padres, aunque las que suelen acudir a las citas de tutoría son las madres.

Con vuestras familias y vosotros no hay término medio: o sois uña y carne u os parecéis como un elefante a una oruga. El primer caso me da la respuesta al comportamiento que tenéis, pero cuando no os parecéis en nada, sobre todo si estáis pasando por una mala racha y hay problemas que solucionar, ¡me hacéis trabajar de lo lindo!

A lo largo de estos años como profesor me he encontrado con diferentes clases de padres.

LOS JOYEROS

Estos no tienen hijos, tienen joyas. La imagen que vuestros padres tienen de vosotros es tan idealizada que, en algunas ocasiones, no corresponde realmente con lo que sois — bueno, tampoco hay que ser tan duro, dejémoslo en que no corresponde con la imagen que transmitís en el instituto—.

Si la estáis liando por el motivo que sea —no hacéis las tareas, habéis bajado el rendimiento académico o estáis teniendo mal comportamiento— los padres joyeros siempre os van a defender y la culpa, en todas las ocasiones, la vamos a tener los demás.

Eso no os beneficia en absoluto. Es más, en la mayoría de los casos agrava el problema porque en vez de tener unos adultos en casa que os marcan los límites y os hacen daros cuenta de que estáis haciendo mal las cosas, tenéis a un grupo de fans para quienes sois perfectos y que os ríen las gracias.

LOS LASTIMEROS

También me he encontrado con padres que sienten pena por sus hijos, quienes, según ellos, estudian mucho, pero, o no aprueban o no sacan las notas que se merecen en función del número de horas que están en la mesa.

Y yo no dudo de que paséis muchas horas sentados —a ver, la mayoría no solo vivimos para estudiar, además no sería sano, el estudio es solo una faceta más de la vida—, pero si estáis demasiadas horas estudiando por la tarde para sacaros la ESO es que algo estáis haciendo mal. Quizás si al tiempo que habéis estado delante de la mesa le restáis el que habéis estado distraídos, las horas de estudio puede que sean las razonables. O tal vez estáis empleando un método poco adecuado de estudio.

Ya sabes que no hay métodos buenos o malos por sí mismos, sino métodos que te valen y métodos que no. Prueba y quédate con el que más te convenga.

Puede que el problema esté en tu planificación —que te organices fatal, vaya—. Repasa tu agenda en busca de fallos de este estilo, hazte un *planning*, un horario de tardes. Para todo ello he intentado dar una solución en capítulos anteriores. No sería mala idea releerlos con más calma y subrayar, si es necesario, todo lo que te vaya llamando la atención.

Este es precisamente el consejo que le doy a esta clase de padres. Que sí, que me creo que sus hijos se pasen las tardes en su cuarto, pero ¿estudiando? ¿Todo el tiempo?

LOS DESESPERADOS

Muchas veces sacáis de quicio a vuestros padres. Los pobres se vuelven locos por tratar de daros la mejor vida de la que son capaces y vosotros pasando del tema, a lo vuestro. Y es que, a veces, sois muy crueles.

Algunos padres y algunas madres han terminado llorando en las tutorías, confesando, desesperados, que ya no saben qué hacer con vosotros, que hasta les quitáis el sueño. Les he oído hasta decir que estaban pensando en cambiar de lugar de residencia con todo lo que eso implica —cambio de vida, de amigos, de trabajo...— y todo por vosotros. Padres que me preguntaban si sería mejor llevaros a un psicólogo...

Y después veía a su hijo: un adolescente que se cree más de lo que es, que lo tiene todo en la vida sin merecerlo, porque nunca ha dado un palo al agua o, al menos, ha tenido un mínimo gesto de agradecimiento.

No nos merecemos nada por el simple hecho de existir. Las cosas hay que ganárselas. Está claro que vuestros padres optaron libremente por teneros y que están obligados a criaros y manteneros; pero es nuestro deber como hijos estarles agradecidos, porque vivimos en una familia, no en una empresa.

Así que, si este es tu caso, bájate ya de la parra y aprende a ser agradecido. Y, sobre todo, devuélveles a tus padres, aunque sea una mínima parte, el cariño que ellos te dan.

CLASES DE PROFESORES

¡Tranquilo, que no me olvido de los profesores! Somos unos personajes, lo sé. Vosotros también, que lo sepas, lo que pasa es que no os dais cuenta. No voy a criticar ni a defender a mis compañeros: cada cual sabe si hace bien o no su trabajo o, lo que es peor, si nos dejan hacerlo o no.

Después de tantos institutos es normal que me haya topado con distintos tipos de profesores. Tú mismo, sobre todo si estudias en un pueblo, habrás visto pasar por las aulas a muchas clases de docentes.

EL MÁQUINA

Este nombre, realmente, se lo ponéis vosotros —«El de matemáticas es una máquina»—. Suele ser un profesor que conecta muy bien con sus alumnos por varios motivos: es simpático, hace las clases divertidas, dedica tiempo a conocerlos, a hablar con vosotros... Se implica, por resumirlo en dos palabras.

Eso no quita que, cuando os lo merecéis, os eche una buena bronca. Sabes que se preocupa por vosotros y, en el fondo, os sirven sus palabras y charlas. ¿Nunca te ha pasado que las horas de clase, sobre todo en determinadas asignaturas, pasan mucho más rápido? Si has sentido esto, sabrás de qué clase de profesor hablo.

EL PESADO

No es fácil tratar con adolescentes. Sois muchos, estáis en una edad complicada y, si uno no va bien preparado y consciente de a lo que se va a enfrentar, la cosa puede ponerse fea.

El profe pesado lo intenta, pero no da con la tecla. Lo que sucede normalmente es que no ha sabido adaptarse a las características propias de la clase, o que no sabe imponer cierta disciplina, ciertas normas, y la situación se le va de las manos.

He comentado ya que me parece fundamental conocerlos bien para poder interactuar de la mejor manera posible con vosotros. Pero cuando digo las cosas dos o tres veces, ya no las repito más. Tú puedes liarla y yo, en vez de castigarte del tirón, puedo hablar contigo para ver qué ha pasado realmente por tu cabeza e intentar entenderte. Puedo darte una segunda oportunidad porque todos cometemos errores. Pero para ya de contar.

Cuando os damos demasiadas oportunidades o faltamos a nuestra palabra en lo que a disciplina se refiere, nos tomáis por el pito del sereno. El profe pesado intenta llevarse bien con su clase, pero por el camino equivocado —desde mi punto de vista, claro—. Tanto es así que, por pretender ser democrático y consultarlo todo con vosotros, termináis por considerarlo un pesado.

EL CARADURA

Si eres sincero contigo mismo, sabes diferenciar a un profesor que hace su trabajo de otro que no lo hace. Lo que sucede es que, a veces, sobre todo en la ESO, vienen mejor aquellos que no lo hacen: menos deberes, menos trabajo y un aprobado asegurado.

En muchas ocasiones habéis venido a contarme vuestros cotilleos o a quejaros de este o aquel profesor —«Es que con fulanito no hacemos nada»—. Yo pienso que asuntos así, antes de ir aireándolos alegremente, deben ser tratados con la persona involucrada. Para algo tienes un delegado de clase. Sí entiendo que pidáis consejo a los profesores con quienes tenéis mejor relación, pero es un tema que hay que solucionar cuanto antes y sin hipocresías.

¿A qué me refiero? Veamos, sabes que en la ESO la nota media no cuenta para proseguir los estudios. Cuando se os cruza en vuestro camino un profesor de este estilo, en vez de protestar, os aprovecháis: que si nos deja hacer deberes de otras asignaturas, que si nos deja hablar y poner música, o coger los ordenadores... Sin embargo, cuando ese retraso en los conocimientos os perjudica, llegan las críticas —«¡Es que el año pasado no hicimos nada con fulanito!»—. Ajam, muy bien. ¿Y protestasteis u os aprovechasteis de la situación?

Nadie nos libra de un mal profesor —ni de un mal médico, político o camarero—. La diferencia estará en nuestra honestidad, en analizar cómo reaccionamos: ¿protestamos o nos aprovechamos de la situación?

La respuesta dirá mucho de la calidad de nuestra ética personal, porque, aunque en la mayoría de los casos no tengamos la culpa de las cosas que pasan —yo no tengo la culpa de la guerra de Siria—, sí que somos responsables de como actuamos *a posteriori*.

EL MODERNO

Este tiene sus redes sociales, su blog, pone vídeos de YouTube para completar sus explicaciones, algunos temas los hace por juegos o por proyectos. Sube algunas cosas a internet que hay que descargar o que leer para luego comentar en clase. Un auténtico profesor 2.0 que va a clase con su portátil o su *tablet* y ahí lo va anotando todo.

Al igual que dije de vuestros métodos de estudio, para dar clase tampoco es que los haya buenos o malos: los hay que funcionan y que no. Si con este despliegue tecnológico consigue engancharte, ¡a por todas!

EL ANTIGUO

El antiguo no ha tocado un ordenador en su vida, es más, le tenéis que poner vosotros la pizarra digital. Es una risa cada vez que intenta poner un vídeo o abrir una página web: que si el volumen está muy alto y no sabe bajarlo; que si un gracioso le está cambiando

el canal con una aplicación que tiene en su móvil, que si le desconectáis el cable de la pantalla y se cree que está rota...

Estos profesores usan un método más tradicional de explicar la lección y hacer las actividades que, como acabo de decir, no es bueno o malo *per se*: al final lo que cuenta es lo que has aprendido.

De nada sirve pasárselo genial y no saber un pimiento. Del mismo modo, tampoco es útil hartarse de coger apuntes y no haber aprendido nada de la asignatura.

CLASES DE INSTITUTOS

Con instituto me refiero a cualquier centro educativo donde se imparta secundaria: da igual que sea un colegio privado, concertado o un instituto público. Yo he pasado por la concertada y la pública: estudié la ESO en un colegio concertado y, para el bachillerato, me cambié a un instituto público. De profesor solo he trabajado en la pública.

Lo mismo que no hay dos alumnos iguales, o dos clases iguales, es muy difícil encontrar dos institutos parecidos. La razón está en que las personas de cada barrio o localidad tienen, en el fondo, distintas maneras de ser. Esas maneras son las que confieren al centro educativo su singularidad, además de que las clases de profesores que en ellos trabajen.

INSTITUTO DE PUEBLO VS. INSTITUTO DE CIUDAD

Cambian mucho los institutos de pueblo en relación con los de la ciudad. El tipo de vida que se lleva en un sitio y en otro marca las diferencias. Además, por los comentarios que me hacéis, nadie estaría dispuesto a cambiar su lugar de residencia: los de pueblo me decís que, como en el pueblo, no se vive en ningún sitio, que no echáis de menos la ciudad para nada y que, cuando necesitáis algo —ir de compras, al cine...— vais a la ciudad, volvéis y listo.

Los de ciudad, igual, pero en sentido contrario: que en la ciudad se vive muy bien y que lo tenéis todo: centros comerciales, cines, discotecas, parques... El pueblo, o no lo pisáis o, como mucho, cuando hay que ir a visitar a los abuelos. Que sí, que está bien, pero para un rato.

Entre el profesorado existe un tópico que consiste en decir que en los pueblos los alumnos son más nobles que en la ciudad, que hay menos problemas de comportamiento. Yo, por mi experiencia, puedo decir que tururú, que el mal comportamiento es, por desgracia, una pandemia del sistema educativo actual.

INSTITUTOS CONFLICTIVOS

Son aquellos en los que es difícil dar clase. Los peores cursos suelen ser los primeros y segundos de ESO. A partir de tercero, ya se ha producido, como diría Darwin, una selección natural y, por desgracia, muchos han abandonado la secundaria sin haber obtenido el título.

Vosotros os dais cuenta perfectamente cuando estáis en un instituto de estas características. A menudo me soléis contar vuestra clase del año pasado o una que os haya llamado especialmente la atención —«Pues el año pasado estaban en mi clase Nicolás, el pete, el chino, la Aurora y la Sandra. Menuda clase, Pablo, no te lo imaginas»—. Sí, sí me lo imagino...

Pero que un instituto sea conflictivo no quiere decir que la educación que se reciba no sea de calidad. Yo he trabajado en los barrios más conflictivos de algunas capitales andaluzas y, sin embargo, han sido los bachilleratos que más nivel han tenido de todos los años que llevo de profesor.

INSTITUTOS CON SOLERA

A lo mejor tu instituto es de esos reconocidos por los años que tiene —y por los que tienen los profesores— o por su alto nivel académico. Eso es tanto una putada como una ventaja: una putada porque hay que trabajar y estudiar más, pero una ventaja porque vas a ser de los más preparados de tu promoción. Y sabes que los mejor preparados suelen sacar las notas más altas y elegir antes tanto grados como ciclos y ciudades donde cursarlos.

INSTITUTOS MODERNOS

Si eres de los que tiene pizarra digital en tus clases ¡y funciona!, o una sala de informática con ordenadores medio decentes que no tardan una eternidad en arrancar o hacer cualquiera de las cosas que les pides, o tienes ordenadores en tu clase, o carros de portátiles también decentes que funcionan... ¡enhorabuena! ¡Eres de la élite! No todos los institutos, aunque te pueda parecer raro, son así. Otra cosa es que el profesor pueda o no utilizar estos recursos, pero allí los tenéis.

Hay un tipo especial de instituto moderno que es el que está en ruinas. Es una pena ver cómo, con el paso de los años, el material informático se ha ido destrozando, fundamentalmente por vosotros, y ahora solo quedan los restos de lo que antaño fue un equipamiento informático fantástico.

En mis clases, por ejemplo, tuvieron que quitar todas las pantallas y torres de los ordenadores porque acabaron reventados de tanto cafre por el que pasaba. Ahora, en los huecos donde hace unos años había pantallas, hemos puesto macetas. Vale, no hacen la misma función, pero la clase ha quedado superchula.

Para el próximo capítulo dejo los diferentes tipos de clases, porque hay una enseñanza muy especial que quiero transmitirte y que se merece un apartado propio.

10

CÓMO SOBREVIVIR EN EL INSTITUTO

Tampoco es que la clase sea una selva en la que haya que aprender a sobrevivir. Bueno, vale, en algunas sí, pero, en proporción, son minoritarias —o eso dicen—. Yo creo que, básicamente, hay cuatro tipos de clases: la de «alto nivel», la mixta, la floja y la clase-jungla.

No sé si alguna vez, aun sin haber sido culpable, te han castigado en conjunto, como clase, por algo que haya hecho un grupito de compañeros o alguno que no ha tenido el valor de dar la cara. La clase paga como clase. Puede que sea injusto, ahí no voy a entrar —yo creo que es más bien injusto, pero es lo que hay, así nos vamos acostumbrando a las injusticias—, pero, cuando me refiero a tu clase, sois un colectivo, no una suma de individualidades.

Este año, por ejemplo, ha pasado con mi tutoría de primero: se estaban viniendo demasiado arriba en los cambios de clase: salían del aula a jugar, correr, iban de visita a otras clases... Las advertencias no servían de nada y un día, jugando, rompieron un cristal. ¿Todos? No, fueron solo dos los que lo hicieron. ¿Qué pasó? Que nadie —y cuando digo nadie, es nadie— puede salir del aula en los cambios de clase: todos castigados.

Es verdad que el cristal lo rompieron dos, pero la mayoría se dedicaba a dar por saco en los cambios de clase. Me llevé muchos meses advirtiéndolo de que se estaban pasando... hasta que llegó el momento, porque siempre llega, que se colmó el vaso. ¿Y quién paga? Toda la clase.

Por eso ahora te voy a dar unos consejos generales para sobrevivir y que te vaya lo mejor posible en estos cuatro tipos de clase que he señalado al principio.

LA CLASE DE «ALTO NIVEL»

Estos alumnos suelen tener un nivel académico alto. En el instituto suele ser conocida como la clase «de los empollones». Puede haber más de una en el mismo curso. Cuando esto sucede, muchas veces compiten por ver quién es la mejor, por ver cuál saca la nota media más alta.

Este tipo de competición es sana siempre que esté bien llevada, es decir, la competitividad es buena o mala dependiendo de cómo la enfoques: úsala para mejorar tú mismo, no para aplastar a los demás. En demasiadas ocasiones existe poco compañerismo en estas clases, síntoma, por lo tanto, de una competitividad mal llevada.

La nota no lo es todo. Que hagáis un examen perfecto no es lo único que busco en vosotros, porque yo no estoy formando bases de datos o robots de memorización, estoy formando personas que, además de necesitar un buen nivel académico para enfrentarse con éxito a la vida, necesitan saber desenvolverse en sociedad y afrontar los problemas que os irán surgiendo en el camino.

Digamos que, para entendernos, un alumno es la suma de dos facetas: una académica y una personal. Puedes ser de sobresaliente y mala persona. Pero también puedes suspender cuatro y ser un excelente compañero. La clave está, como siempre, en no descuidar ninguna de estas dos caras que todos tenemos: ser lo más eficiente en los estudios para sacar la nota más alta que seas capaz y ser buena persona —ojo, que no digo tonto— siempre que puedas con los que te rodean.

Y es que hay quienes confunden ser buena persona con decir que sí a todo. ¡No! ¡Aprende a decir que no! No sabes lo a gusto que se queda uno cuando dice que no a algo y se da cuenta de que el mundo no se ha acabado.

Ayudar a los demás no es dejar que se aprovechen de ti. Hay un límite muy claro que marca la ayuda del aprovechamiento. Cada uno, al ayudar, llega hasta donde llega. No olvides que, en todo proceso de ayuda a otro ser humano, hay una parte que solo puede poner el otro.

Por ejemplo, si quieres ayudar a un amigo a que saque mejores notas, no puedes estudiar por él. Ese es el límite, esa es la parte que depende exclusivamente de él. Una buena referencia para saber si estás ayudando a alguien o se está aprovechando de ti, siguiendo con este ejemplo, sería ver qué hace en lugar de hacer aquello para lo que nos pide ayuda.

Supón que algún compañero te pide siempre los deberes para copiarlos antes de la clase: tú te has pasado la tarde anterior pringado haciendo los ejercicios y ahora viene este y te los pide. Vale, una vez puede pasar —todos hemos ido alguna vez al insti con los deberes sin hacer y los hemos copiado en el último momento—. Dos, bueno, tiene un pase. Pero si se convierte en rutina, para: claramente se está aprovechando de ti.

En estos casos cambian los papeles: no estás haciendo algo bueno por alguien —prestarle tus deberes—, sino que otra persona está abusando de ti —te usa para tener más tiempo libre—. Si esto te llega a pasar, como te digo, averigua qué hace en lugar de los deberes: ya he comentado que hay muchas historias tristes y complicadas en clase

que no conocemos. A mí me ha pasado más de una vez que, al llamar por la mañana a alguna casa para hablar con los padres de mis alumnos por el motivo que sea, me ha cogido el teléfono uno de los abuelos: algunos están medio sordos, a otros casi no se les entiende... Después, cuando he ido a decirle que no había podido hablar con sus padres, sino con su abuelo, algunas veces se me han echado a llorar: solo entonces te das cuenta de la situación por la que algunos están pasando —cuidan de sus abuelos enfermos, solo viven con sus abuelos porque los padres los han abandonado... Hay de todo—.

Por lo tanto, si quien te está pidiendo los deberes no tiene algún problema familiar o del tipo que sea y, simplemente, prefiere quedarse jugando a la Play que hacer su trabajo, pasa de él, no se los dejes más. Y, si tiene algún problema, tranquilo, no eres tú el encargado de solucionárselo. Mejor que lo convenzas para que hable con algún profesor. Es una responsabilidad demasiado grande para tu edad.

En una clase de «alto nivel» lo más difícil es llevar el ritmo. Siempre hay un grupo de alumnos que destacan por encima del resto y, si resulta que tú te encuentras justo en el escalafón inferior, tenderás a minusvalorar tus logros. ¡No hagas eso jamás!

Yo he visto a alumnos buenísimos frustrados por el hecho de estar en una clase de este tipo. Son los típicos que, de estar en otra, serían los mejores. Pero como ha dado la casualidad de que han coincidido con fulanito y menganita —que son puras máquinas, la verdad—, no dan a sus logros el valor que merecen llegando, incluso, a llorar porque en vez de un diez han sacado un nueve.

Si te ocurre esto, no pienses así: está claro que todos queremos destacar y ser los mejores en algo, pero eso no implica despreciar los éxitos que vas cosechando, quitarles importancia o contentarte solo con el diez.

Te contaré un caso personal. Este que escribe, en la ESO, sacaba buenas notas. No era de los mejores, pero tenía muchos notables, algunos sobresalientes... Siempre se me colaba algún bien o algún suficiente, ¡no fallaban! Yo estaba, como puedes suponer, en una clase de «alto nivel»: había gente muy, muy estudiosa.

En estos años hacía deporte. Estaba en un equipo de piragüismo y entrenaba muchas horas, así que los estudios, sinceramente, demasiado bien los llevaba. Otros compañeros, sin embargo, solo vivían para quedar por encima de ti con sus dieces. Bueno, el tiempo pasó y terminamos bachillerato, donde con un poco de ayuda de mi profesora de Francés saqué matrícula de honor. A las matrículas de aquel año nos convocaron al Premio Extraordinario de Bachillerato de Andalucía. Consiste en una serie de exámenes como los de selectividad que solo hacen las notas más altas de cada comunidad autónoma para jugarse el título de Premio Extraordinario de Bachillerato, una especie de Champions League —por llamarlo de alguna manera—. ¿Sabes quién consiguió el título? Yo, que había estado los años anteriores frustrado porque no lograba sacar las mismas notas que mis compañeros más estudiosos.

¿Otro ejemplo? —más corto, lo prometo—. Conozco varios casos de compañeros que, habiendo sido alumnos de diez en el instituto, o están directamente en paro o tienen peor trabajo que otros que, durante la ESO, siempre estuvieron a su sombra.

Así que si estás en una clase de «alto nivel», aprovecha las circunstancias. Que te estén dando más caña, aunque te parezca un fastidio, solo te está beneficiando porque vas a ir mucho mejor preparado a bachillerato, a la selectividad o a lo que quieras hacer después.

No te compares con los demás. Lucha solo contra ti mismo y disfruta de cada pequeña victoria que consigas: valóralas y valórate.

LA CLASE MIXTA

Como su nombre indica, una clase mixta tiene un poquito de todo: alumnos muy estudiosos junto a otros que pasan olímpicamente. Suele ser la más frecuente en nuestro sistema educativo —al menos, es la que más veces me he encontrado— y son bastante difíciles de llevar. Hay dos velocidades, y yo, como profesor, no puedo partirme en dos.

Como profesor no puedo dedicarme solo a los que tienen un nivel alto: estaría dando de lado al resto de la clase, que tiene el mismo derecho a aprender. Pero tampoco puedo centrarme solo en los que tienen el nivel más bajo, porque los otros se aburrirían.

Por eso en ocasiones puede que sientas que la mitad del tiempo el asunto no va contigo. Si es así, aprovecha los minutos que el profesor te esté dedicando.

Si tienes un buen nivel, mientras se está repasando lo ya explicado o respondiendo las dudas de los que van un poco por detrás de ti, vete trabajando por tu cuenta lo que el profesor acabe de mandar. Si no estás haciendo eso, mal vas. El error más común que suelen cometer en este tipo de clase los alumnos con más nivel es acomodarse y dejarse llevar por el nivel más bajo de la clase. Recuerda que es formación que estás perdiendo y que, tarde o temprano, sobre todo si piensas seguir estudiando, la necesitarás. No vas a caer peor por sacar las notas más altas de la clase y, si eso pasa, los que solo te quieran por tus calificaciones no valen un pimiento como amigos. Huye de ellos.

Si, en cambio, tu nivel es más bajo, te aconsejaría que te centrases al máximo en las explicaciones que el profesor da. Puede que no te enteres de todo, no pasa nada, tú ve anotando las dudas o quedándote con ellas en la cabeza. Cuando termine la explicación y algunos empiecen a hacer las tareas, no te agobies: pregunta lo que tengas que preguntar y asegúrate de que lo has entendido todo.

Vale, es un fastidio que no te dé tiempo a terminar las actividades o que te las tengas que llevar a casa cuando otros ya las han hecho en el aula, pero también es un fastidio que a unos se les dé genial dibujar y yo tenga que recurrir a muñecos de palo para representar un ser humano, o que por más que salga a entrenar no consiga bajar de los seis minutos el kilómetro cuando otros, que no solo es que no hagan nada, es que hasta fuman, bajen de cinco.

La verdad es que no sé el motivo, será que el ser humano es así de tonto —lo siento, no hay otra palabra—, pero en una clase mixta es mayor el riesgo de que se te pegue lo malo que lo bueno. He visto de los dos casos, pero más frecuentemente el primero.

Por lo tanto, si reconoces que este tipo de clase es la tuya y tienes un nivel alto, sigue así, con el tiempo lo agradecerás y mucho. Si tu nivel, en cambio, es bajo, aprovecha la oportunidad. No es que la habilidad para los estudios se te vaya a pegar como se contagia un resfriado, pero estar en un ambiente de trabajo ayuda a concentrarse. He tenido muchos alumnos que experimentaron una mejoría enorme en este tipo de clases: descubrieron cosas de las que eran capaces que ni imaginaban.

LA CLASE FLOJA

Este tipo de clase podría dar mucho más de sí, pero, como todos sois un poco vagos, apenas se puede trabajar con vosotros: no traéis los deberes, no hacéis lo que se os pide para casa, no lleváis los materiales, no os calláis...y, así, un largo etcétera que me sé de memoria.

A mí ha habido veces que hasta se me han quitado las ganas de dar clase. Y mira que, como te he dicho, me curro mucho mis horas. Pero la enseñanza es un juego de dos en el que uno solo no puede tirar del carro. Compruébalo si quieres con una pareja: si solo está enamorado uno de los dos, poco durará esa relación.

En una clase floja más que alumnos parece que haya pequeños emperadores romanos. ¡Venga, Pablo, motívanos! ¿Cómo que motívanos? ¿Es que no pensáis poner nada de vuestra parte? Y, claro, la paciencia del profesor poco a poco se agota. Entonces comienza a llegar a clase de mal humor, a echar a gente, a poner partes, a dejar de hacer actividades y a volver a lo de siempre...

Si estás en una clase floja, la mejor manera de destacar es trabajando. Observa que no te estoy diciendo que destagues por las notas, sino por tu trabajo. Las calificaciones llegarán luego solas. No te puedes hacer una idea de la buena imagen y hasta la alegría que supone para un profesor que, en una clase donde casi nadie trabaja, haya quien le vaya haciendo y entregando las cosas que pide.

Para esto es fundamental la planificación y el uso de la agenda —recuerda los consejos que te di—. Anota qué día se mandan los deberes, cuando los harás y la fecha en que se corrigen o hay que entregarlos.

Si eres de los pocos que trabaja en tu clase tienes la ventaja de que el profesor te va a corregir directamente las actividades, ¡como si fueran clases particulares! Esto, en vez de darte vergüenza, debe enorgullecerte. Y si te critican, ya sabes, tus verdaderos amigos no lo harán. Aprovecha, por lo tanto, la flojera de los demás para destacar con tu trabajo por encima de ellos.

Por último, mucho ojo con tus expectativas y con dejarte llevar por la corriente. Cuanto menos hagas ahora, más tendrás que trabajar en el futuro para ponerte a la altura. Y no te confíes con que lo harás luego y con que no es tan difícil, porque ponerse a estudiar en serio sin una base previa es muy, muy complicado. Avisado quedas.

LA CLASE JUNGLA

Esta es la selva. Por el motivo que sea han coincidido más alumnos cafres de la cuenta y es casi imposible enseñar nada. En una clase jungla suele haber muchos expulsados. Es triste, pero, cuando se acumulan varios expulsados y se hace una especie de criba entre los que quieren aprender y los que no, en una clase-jungla se trabaja con normalidad ¡y hasta bien!

Es evidente que no sois culpables de los compañeros que os tocan en clase. En cambio, sí sois víctimas. Nadie debería tener derecho a quitar a otro el suyo de aprender. Pero esto pasa en nuestro país con demasiada frecuencia.

En este caso, no es fácil aconsejarte si tu clase es la selva, porque muchos de los factores de mejora se escapan de tus manos, es decir, son problemas que tenemos que resolver los profesores, el equipo directivo o la administración educativa.

Lo más sensato es proceder como si de una floja se tratara: trabaja todo lo que puedas, que el profesor vea los frutos de tu esfuerzo. Atiende en clase siempre que explique y compórtate mientras los demás la lían, no te dejes llevar por el lado oscuro.

Vuelvo a lo mismo que he dicho antes: las circunstancias de esos compañeros son muy particulares y no tienen por qué ser las tuyas. Es más, aunque las sean, la salida no siempre es liarla: ese es el camino fácil y el menos beneficioso para tu futuro.

Márcate unos objetivos en la vida y lucha por cumplirlos. Quizás el resto de la clase no los tenga y por eso se permiten el lujo de desperdiciar una educación que echarán en falta cuando sean adultos. No cometas tú el mismo error. Sé el más inteligente. Los más inteligentes siempre se salen con la suya. La vida es larga y pone a cada uno en su sitio.

11

¡ME TIENEN MANÍA!

¡Y dale con la historia! Que no, que los profesores no cogemos manía a los alumnos, estás muy equivocado. Yo lo veo más bien al contrario: sois vosotros los que les cogéis manía a determinados profesores, fundamentalmente por su manera de ser, y les hacéis la vida imposible.

Los primeros días de clase son de análisis del profesorado. Yo he estado seis años haciendo sustituciones en trece institutos distintos. Ha habido cursos en los que he pasado por hasta tres centros diferentes, pues las sustituciones que me tocaba hacer eran cortas. Y siempre recordaré esos momentos de entrar en clase por primera vez y encontrarme con sesenta ojos puestos en mí, analizando cada palabra, cada movimiento...

Yo soy muy claro desde el primer día: explico mi manera de ser —que no hace falta explicarla, se ve a simple vista si me conocieras en persona— y mi manera de dar clase. Más o menos suelo decir:

—Intentaré que mis clases sean las que más os gusten de todas las asignaturas que tenéis este año, pero hay dos cosas que debéis tener muy claras, la primera es que no soy vuestro colega: aunque os hable en un idioma que entendáis con más facilidad, soy y seré vuestro profesor. Aquí no le falta nadie el respeto a nadie. Y hay muchas maneras de faltar el respeto, ojo. Y la segunda es que al instituto venís a aprender: que mis clases sean más amenas, participativas, alternativas o como le queráis llamar no quita para que aquí se venga a trabajar. Si venís a hacer el vago que sepáis que me tendréis enfrente, no a vuestro lado.

Normalmente conecto muy bien con todos, aunque eso no quiere decir que haga milagros: me desespero como cualquier otro profesor cuando veo que soy yo solo el que pone el trabajo y vosotros pasáis del tema. Y me cojo unos rebotes que flipáis cuando me enfado.

Pero ¿manía? En mi vida se la he cogido a ningún alumno. Y mira que he tenido un par de casos en los que hubiera estado perfectamente justificado. Pensarás que hablo solo por mí y que hay profesores que, en efecto, sí les cogen manía a sus alumnos. A ver, a estas alturas de mi vida no voy a poner la mano en el fuego por nadie, pero te puedo decir que de todos los compañeros con los que he coincidido —y que han sido

muchos— no he visto un solo caso claro de manía a un alumno. Al revés sí: he visto a muchos compañeros pasarlo mal por vuestra culpa, y es que llegáis a ser muy crueles, sobre todo con las personalidades más débiles. Parece que oléis el miedo y la inseguridad y ¡zas!, atacáis donde más duele.

No sé si alguna vez te habrás parado a pensar sobre esto, pero los profesores somos, junto con los médicos, los únicos profesionales que queremos que tengáis una vida mejor. Piensa: ¿qué hace un médico? Intentar curarte de una enfermedad. ¿Imaginas hacerle la vida imposible a un profesional que solo quiere que estés sano?

—Tómate la pastilla, por favor.

—¡Que no me da la gana!

—A ver, mira, es que si no te la tomas...

—¡Que paso de ti!

Hombre, como poder, puede darse esta situación. A lo mejor habría que pensar si este paciente está bien de la cabeza: puede que todo se reduzca a un problema de ida de olla.

Ahora cambia al médico del ejemplo por un profesor, es más normal que tratemos así a un profe, ¿no? Y ¿has pensado qué es lo que queremos de vosotros? Ya te lo digo yo: simplemente formaros para que tengáis el mejor de los futuros posibles. ¿No es un poco injusto que, a veces, nos tratéis así?

LO SIENTO, TENEMOS COSAS MÁS IMPORTANTES QUE HACER

Está claro que cada uno es como es y tiene sus problemas, sus agobios, sus miedos... pero eso no solo os pasa a vosotros, también a los que os damos clase. ¿Sabes cuál es la diferencia? Que yo tengo que aguantar vuestro mal humor, vuestras pocas ganas de dar clase, el mal día que hayáis tenido ayer o que os hayáis levantado con el pie izquierdo y yo, que tengo más problemas que vosotros, simplemente porque soy adulto, tengo que intentar ser paciente con vosotros.

A veces, cuando hablo en las clases de manera más relajada, me sorprende vuestra manera de pensar. Pero ¿qué os creéis que es un profesor? Y me preguntáis cada cosa... ¿Piensas que nunca he hecho botellón o me he emborrachado? ¿Que no he tenido varias novias o rollos? ¿Que no me he peleado con un amigo? ¿Que no he hecho alguna gamberrada que no te voy a contar? Soy una persona normal y corriente, con su vida, como tú, como tu madre, como tu vecino... No vivo solo por y para darte clases. Pero tú te crees tan importante que hasta crees que te puedo coger manía. Pues no. La verdad —y no te ofendas— es que tengo mejores cosas que hacer.

No te digo que un día cualquiera llegue cabreado y con la paciencia bajo mínimos y, a la primera de cambio te pegue una voz o te eche de clase. Lo primero es que soy persona y no voy todos los días a clase con la paciencia igual de cargada. Lo segundo es que no conozco a nadie —en su sano juicio— que le haya saltado a alguien que no haya hecho nada. Por poco que te parezca a ti, a la otra persona no sabes cómo le ha podido sentar o parecer lo que has hecho.

Te pongo un ejemplo que me pasó hace poco: en clase, al fondo, se sienta uno que es bastante charlatán —un poquito pesado el chaval...—. Ese día no estaba yo para muchas bromas y, después de llamarle la atención varias veces para que se callara, terminé por echarlo al pasillo después de que se pusiera, porque sí, porque él lo vale, a silbar en clase —un castigo menor porque podría haberlo expulsado, con un parte, al aula de convivencia—. Pues sigo explicando y otro alumno... ¡se pone también a silbar! ¡Pero, bueno! ¿No has visto que acabo de echar a uno por hacer lo mismo? En fin, que, en vez de alterarme lo expulso también al pasillo. Justo cuando este sale por la clase se escucha al otro reírse forzosamente para armar jaleo de una manera muy desagradable y escandalosa. Lo llamo, le digo que se asome y le advierto que le voy a poner un parte. ¿Sabes lo que me dijo? —me juego el cuello a que lo mismo que habríais dicho el 90 por 100 de vosotros—: «¿Un parte por reírme?».

En ese momento casi entro en cólera. ¿Cómo que por reírte? Un parte por molestar y porque te dieran igual mis avisos, por ponerte a silbar en clase y por hacer el tonto riéndote a gritos desde el pasillo estando, incluso, expulsado.

Pues mi querido pupilo no lo entendió y le pareció injusto —paciencia, Pablo—. Como soy muy democrático —demasiado, a veces— y me gusta que os expreséis —para eso soy profe de Lengua— le dije que me convenciera de que no se lo pusiera —a todo esto, la clase parada: veintiséis personas perdiendo el tiempo por un expulsado que cree que el parte que le he puesto es injusto. Que se lo hubiera perdonado antes no lo veía

injusto...qué curioso—. Como podrás imaginar no tuvo argumentos para que le perdonara. Es más, hicimos un juicio donde el resto de la clase hizo de jurado y, casi por unanimidad —los amiguitos, obviamente, votaron inocente—, lo declaramos merecedor del parte.

¿Eso es que yo le tengo manía? Si un profesor te está llamando constantemente la atención no es que te la tenga, ¡es que no paras! Llego a entender que tengas muchas ganas de hablar, a todos nos pasa de vez en cuando, pero lo que no puedes hacer es convertir el tiempo que estás en clase en tu *Sálvame* particular, porque no vas al instituto a charlar, mal que te pese, sino a atender al único que tiene permiso para estar las seis horas hablando: yo.

Pero, bueno, supongamos que se da el caso de que piensas que un profesor te tiene manía. Que te llame la atención en clase por hablar no es tenerte manía; tampoco que te suspenda uno o varios exámenes por mucho que tú creas que te han salido de maravilla.

Si te riñe, te echa de clase o te responde de malas maneras de forma continuada y sin motivo. Si te pone menos nota o te suspende exámenes idénticos a otros que ha aprobado o calificado más alto. Si te saca a la pizarra o te pregunta absolutamente todos los días, aunque lleves siempre las tareas hechas... Si se dan estos condicionantes, vale, puedes pensar que te han cogido manía injustificada.

¿Qué haces entonces? Habla, primero, con tu tutor. ¿Y si es mi tutor? Ve a jefatura de estudios y comenta el caso. Lleva testigos que certifiquen tus palabras y deja que nosotros, tus profesores, nos encarguemos del asunto. Si lo ves necesario puedes contárselo a tus padres y que ellos vean si es preciso ir al instituto a hablar. Pero, sobre todo, es fundamental que no intentes arreglar el asunto por tu cuenta. Piensa que, en la casi totalidad de los casos, no te hemos cogido manía, sino que, aunque no te hayas dado cuenta, eres un poco pesadete.

12

¡NO QUIERO IR A CLASE!

Seguramente has oído hablar del *bullying* o acoso escolar, pero ¿sabes realmente qué es? No me refiero a las definiciones que te podemos dar en tutoría o en algún vídeo que hayas visto o en cualquier folleto de esos que ojeáis y tiráis a la basura. Yo me refiero a saber lo que es en primera persona, o bien sufriendolo, o bien ejerciéndolo, o bien siendo testigo.

Las películas no valen, son una mera proyección externa a nosotros y, por mucho que veamos o nos digan, jamás podremos saber qué se siente cuando estás siendo objeto de acoso escolar.

Yo he tenido alumnos que no querían ir a clase. Alumnos que se inventaban cualquier enfermedad con tal de no venir al instituto: un dolor de cabeza, de barriga...¿y sabes lo peor? Que era tal su estado de ansiedad que lo terminaban somatizando, es decir, las enfermedades que usaban de excusa se convertían en reales y les comenzaba a doler la cabeza o la barriga de verdad. Vomitaban de verdad. Lloraban de verdad —la somatización es algo frecuente en medicina, ya lo comprobarás con la edad—.

Lo he comentado ya, pero en muchas ocasiones pensamos que los demás son como nosotros y se toman las cosas igual que nosotros. Y eso no es así para nada. El que a ti te dé igual que te digan cabezón no quiere decir que a todos nos pase lo mismo.

Puede que tú tengas un carácter más abierto o que encajes mejor las bromas, por lo que te resbala lo que te digan o, es más, les respondas con otro insulto mayor. Pero hay personas a las que eso mismo, aunque no digan nada, les afecta mucho. ¿Que para ti es una tontería? ¡Vale, pero para ti! Para el otro, no. Lo mismo que para ti es mejor un equipo de fútbol que otro o te gusta más una comida que otra, a tus compañeros puede sentarles fatal cosas que a ti te parecen hasta divertidas.

Y ese insulto tuyo, esa broma, ese comentario, esas risitas después de mirarlo se le quedan dentro y se le clavan hasta dañarle. Y así un día tras otro, un día tras otro... Hasta que llega un momento en que, en el mejor de los casos, se inventan excusas para no ir a clase, verte y soportar tus burlas. Y en el peor... se suicidan.

¿Te imaginas ser el responsable de la muerte de alguien? Es muy duro, pero supón que un compañero termina quitándose la vida por las bromitas que le gastáis en clase. ¿Qué

vais a decir después?, ¿que no queríais que se suicidara? Hombre, eso está fuera de toda duda pero, una vez que la víctima ha dado el paso, ya no hay vuelta atrás.

Y pasan... Estas cosas pasan. Los seres humanos somos tan tontos que pensamos que nada de lo que ocurre en la vida va con nosotros. ¿Cáncer? Bah, en mi familia, no. ¿Accidente de tráfico? Bah, en mi familia, no. ¿Problemas económicos? Bah, en mi familia, no. ¿Que un alumno lo esté pasando tal mal que llegue, incluso, a quitarse la vida antes de terminar la ESO? Bah, en mi instituto, no.

¿Y cuando pasa, qué? Se nos corta la respiración, se nos agarra un nudo imposible de deshacer en el estómago y llegan las lamentaciones: pero si solo eran bromas, si no iba en serio, si estábamos de cachondeo, si..., si..., si se ha suicidado tu compañero.

Debes tener mucho, mucho cuidado con cómo tratas a los demás porque no sabes cuál de tus compañeros puede estar viviendo un infierno en silencio. Si alguien no te cae bien, o te parece estúpido, o lo que sea...no te juntes con él. Así de fácil. Pero no gastes energías en humillarlo. Es mucho mejor, más fácil y más reconfortante hacer el bien que el mal.

CONSEJOS SI ESTÁS SIENDO VÍCTIMA DE ACOSO ESCOLAR

Don Quijote le dice a Sancho en el capítulo XVIII de la primera parte de la obra:

«—Sábetete, Sancho, que no es un hombre más que otro, si no hace más que otro».

Tú no eres menos que los demás, ni los demás son más que tú. Ni siquiera en el caso, presta mucha atención a esto, de que otro hubiera llegado más lejos que tú en determinado ámbito —deporte, trabajo, arte...— nunca sería más que tú. Solo significaría que, ese campo, se le da mejor que a ti. ¿Recuerdas la teoría de las inteligencias múltiples?

Para poder compararnos con los demás debemos tener en cuenta todas las cosas que somos capaces de hacer. No es mejor alguien a quien se le dan mejor las matemáticas que alguien que dibuja muy bien porque no son comparables.

Del mismo modo que varias personas estén hablando y, en un momento determinado te miren o se rían, no quiere decir que estén hablando o se estén riendo de ti. Aprende a quitarle importancia a las cosas y a dejar de pensar que cualquier acontecimiento que pase a tu alrededor tiene que estar relacionado contigo. ¡Vete tú a saber de lo que están charlando! No tiene por qué ser de ti, recuérdalo siempre.

Además, imagina que alguien de tu clase se mete contigo. ¿Tanto te importa esa persona como para que te afecte? ¿Tan importante es o tanto poder tiene sobre ti?

Lo curioso del caso es que luego, en casa, te enfadas con tu padre o tu madre y les das menos importancia que a ese chaval que te ha llamado cualquier cosa. ¿Es, acaso, más valioso que tu familia? ¿No? ¿Entonces por qué te afectan más sus comentarios que los de tus padres o hermanos?

Si analizas esto detenidamente te darás cuenta de que no tiene sentido. Aprende a poner a cada persona en su lugar. Yo he tardado mucho tiempo, pero ya me da igual lo que sobre mí diga gente que no me importa. Allá ella, no voy a gastar energía en preocuparme; tengo mejores cosas que hacer y otros que se merecen muchísimo más que les haga caso.

Aprendemos antes a querer a los demás que a nosotros mismos, y somos la persona del mundo con la que más tiempo pasamos. ¡Quiérete un poquito!

Si este es tu caso, lo primero es contarlo. ¡No te guardes el secreto! Estás rodeado de profesores que están deseando ayudarte, pero que no siempre nos damos cuenta de lo que pasa. Y no es que miremos para otro lado —hay que ser un desalmado para hacer eso—, es que tenemos muchos alumnos y no podemos estar pendientes de todos como os mereceríais.

El día en un instituto pasa rápido: llego, cojo las cosas para la primera clase y me meto con mis treinta angelitos ávidos de conocimiento. Toca el timbre, voy a la sala de profesores, suelto las cosas, cojo las de la siguiente clase y me subo a toda pastilla porque ya se oye ruido en el pasillo. Llego, los meto a clase, comenzamos con lo que haya que hacer. Toca. De nuevo para abajo, a soltar las cosas y coger las de la clase siguiente. Treinta segundos para ir al baño y para arriba de nuevo, esta vez a la última planta. El jaleo se oye desde la escalera, mete niños dentro, sienta niños, saca el libro,

niño, calla niño, atiende, niño. Toca timbre, ¡recreo! Baja a la cafetería a por tu tostada. La barra está llena de alumnos, no me dejan pedir. Te pones de puntillas, consigues pedir. Pasan diez minutos, llega tu tostada. Falta el café. Empiezas a comer, ¡joder, solo me quedan quince minutos! Masticas, llegan alumnos a preguntarte lo que sea, contestas con la boca llena. Terminas, baño, toca, coge cosas para la siguiente clase...

¿Crees que me da tiempo a ver algo? Quizás si el horario escolar fuese algo más racional, quizás si tuviéramos horas específicas que no fueran de clase para hablar con vosotros más relajadamente o analizar el clima de convivencia...nos daríamos cuenta de más cosas.

Yo, este año, por ejemplo, no tengo guardias de recreo, con lo que tampoco veo quién se junta con quién, quién está solo o a quién le han podido insultar o pegar en una esquina. Es duro, pero, si no os hacéis ver, si no acudís a los profesores y nos contáis lo que os pasa, muchas veces nosotros no nos vamos a dar cuenta por este ritmo infernal que llevamos. Y si acudes a algún profesor con un problema real de acoso y pasa de ti, ese individuo no se merece ser llamado «profesor».

Pongámonos en el caso de que te dé vergüenza contarle tu problema a un profesor. No pasa nada. Ya hemos dicho que la timidez es algo que, aunque hay que ir superando, es muy respetable.

¿Qué hacer entonces? ¡Cuéntaselo a tus padres o a cualquier familiar de confianza! Tus hermanos, tus primos... Quien sea, ¡pero cuéntalo! Es un peso demasiado grande para llevar solo y, lo que es peor, en silencio.

No pienses que eres un chivato. En general entendéis mal lo que es dar un chivatazo. Cuando es tu propio bienestar o el de otra persona el que está siendo atacado por las malas acciones de terceros, eso no es chivarse sino hacer lo apropiado: denunciar un mal que se está haciendo a otra persona.

No es fácil dar consejos en estas situaciones porque más difícil aún es ponerse en la piel de quien está sufriendo acoso escolar. Y si estás leyendo esto y, por desgracia, es tu caso, quizás estés pensando que es muy sencillo hablar sin estar sufriendo el problema y siendo, además, profesor.

Tienes toda la razón, pero entiende que nos importáis muchísimo, me atrevería a decirte que casi los que más, y que estamos deseando ayudaros. No lo vemos todo, ya lo he dicho, y ojalá pudiéramos. Por eso te lo repito una vez más: ¡cuéntalo! ¡No te lo guardes, por favor!

ALGUNAS PALABRAS POR SI ERES ACOSADOR

Aparentemente, acosas porque te crees superior, pero el único inferior que hay aquí eres tú. ¿Qué tiene ese compañero para que te metas con él? ¿Es más bajo? ¿Más feo? ¿De otro país, quizás? —también racista... Vaya, ¡lo tienes todo!—.

Absolutamente nada en este mundo te da derecho a creerte por encima de nadie. Con la edad que tienes, ¿qué gran hazaña te ha dado tiempo a hacer en la vida para pensar que eres más que otro? Si hasta es probable que no vayas ni bien en los estudios.

Si después de leer este capítulo te acabas de enterar de que puede que seas un acosador y no lo sabías, estás a tiempo de cambiar. Has hecho algo muy grande y muy importante: darte cuenta de algo que estabas haciendo mal.

El siguiente paso es poner los medios para cambiar y hacerlo de verdad, con el propósito solo no vale. Quizás has reflexionado sobre tus bromitas, sobre tus collejas o empujones en el pasillo y has pensado que puedes estar haciendo mucho daño a alguien. Bueno, nadie es perfecto, al menos te has dado cuenta. Es hora de reparar el daño: habla con esa persona, pide perdón —pedir perdón te hace grande, no te humilla—. Tal vez descubras en ella a uno de los mejores amigos que tendrás jamás. Pero tampoco es ese el objetivo. Con experimentar la satisfacción de hacer una buena obra tienes mucho terreno ganado.

Si, a pesar de todo, no tienes intención ninguna de cambiar y piensas que yendo de gallito te irá mejor en la vida, lo siento, pero no puedes estar más equivocado. Lo primero que has de saber es que estás cometiendo un delito. Ojalá cambie pronto la ley del menor y caiga todo su peso sobre ti. Lo segundo es que a las personas que hacen el mal seguramente les vaya mal. Y lo tercero es que, como persona, das bastante pena —por no escribir otros sustantivos que sería mejor no poner en un libro—.

EL CIBERACOSO

Por desgracia, hoy día, por culpa de las nuevas tecnologías, el infierno que muchos viven en las aulas no se acaba con el timbre de la última hora. Y es que somos tan modernos —y tan estúpidos— que hasta perdemos nuestro tiempo en insultar, humillar y acosar por las redes sociales o WhatsApp. Además, como el anonimato nos da fuerzas, llegamos a ser hasta más crueles que en persona.

Hace unos meses publiqué un vídeo que tuvo mucho éxito: más de cuatro millones de visitas en apenas una semana, todas las televisiones detrás de mí para entrevistarme, hablé en muchas emisoras de radio, me sacaron en prensa, en redes sociales, en ForoCoche... Bastaba con poner «Carta a mis alumnos suspensos» y allí estábamos mi careto y yo en el salón de mi casa.

Fue entonces cuando aprendí lo que es el acoso y la cantidad de troles que hay en las redes sociales. Tú puedes estar en desacuerdo con alguien. Bien, nadie está en posesión de la verdad absoluta. Argumenta, debate y fomenta un intercambio de ideas productivo. Pero allí iban a saco: al insulto, a la humillación. Al principio me quedé sorprendido. Algunos insultos me afectaron. Los leía todos. Los intentaba responder..., pero no había nada que responder. Hay gente que solo quiere hacerte daño. Así de triste es su vida. Mientras antes lo asumas, antes aprenderás a pasar de ellos, que es lo mejor que puedes hacer: pasar olímpicamente. Ni los leas.

A los pocos días entendí cómo iba el asunto: al primer insulto o salida de tono, fuera. Borrar comentario y bloquear. ¡Hasta luego!

No alimentos a los ciberacosadores: se nutren de tus respuestas, de tu miedo, de tu ira. Pasa de ellos y, lo más importante, ¡denúncialo! ¡Cuéntalo! Lo mismo que dije con el acoso escolar dentro de un centro educativo, nadie podrá ayudarte si nadie sabe de tu caso. Lo primero es contarlo.

Si ya es difícil que los profesores nos demos cuenta de un caso de acoso en un centro educativo a pesar de que os vemos en clase casi a diario, imagina lo complicado que es saber que te insultan por las redes sociales si no tengo acceso a tu teléfono o ni siquiera te sigo en Instagram. Con el ciberacoso te encuentras más solo todavía, por eso es aún más importante que lo cuentes: a tu familia, a tus amigos, a tus profesores, ¡a quien quieras! Y jamás borres las pruebas. Jamás borres las pruebas.

En los institutos en los que he trabajado, con demasiada frecuencia, he visto casos de ciberacoso, incluso he leído algunas de las conversaciones en las que ponían a parir a la víctima de ese momento. Y cada vez se empieza antes. Los alumnos más pequeños que tengo son los de 1.º de ESO. Pues el último caso fue de este nivel, precisamente.

Después de tratar el tema con las familias y los alumnos, lo que más me sorprendió fue que los propios acosadores no eran conscientes del daño que estaban ocasionando. Para ellos era normal insultarse por WhatsApp, no eran siquiera capaces de ver qué había de dañino en ese comportamiento.

Obviamente, el problema de educación que hay en la base es llamativo y preocupante, pero, si este es tu caso, si piensas que no hay nada malo en insultar a los demás por

cualquier red social, o reírse de ellos, o hacerles comentarios hirientes...¡estás muy equivocado!

La violencia verbal puede ser hasta más peligrosa que la física. Los efectos de un puñetazo se ven con facilidad. Los que sufre alguien que está siendo acosado, no.

Otro hecho que también me ha llamado mucho la atención de todos los alumnos que he ido teniendo desde 2009 es la cantidad de niñas que han enviado fotos desnudas o semidesnudas a sus parejas y estas han terminado circulando por el instituto en el mejor de los casos; por el pueblo o ciudad en el peor.

¡Nunca, nunca, nunca envíes ese tipo de fotos a nadie! Si alguien te pide una desnuda —tengo que usar el femenino porque, por desgracia, en la mayoría de los casos en los que esto sucede, la víctima es la chica— le dices que en internet hay un montón de páginas en las que saciar su curiosidad por la anatomía femenina.

Ni aunque te jure que la ve y la borra, ni aunque te prometa que se va a casar contigo. Nada. Nunca. Ya te he dicho que la duración media de una pareja adolescente no es que sea alta, que digamos. Y quien ahora crees que es el amor de tu vida, en dos meses puede ser el desgraciado que fue pasando tu foto a sus amigos, y estos a sus amigos, y estos a sus amigos. Hay quien se ha suicidado al ver su foto desnuda circulando por ahí. No es ninguna broma.

Por último, si eres ciberacosador, decirte que eres el tipo de acosador más estúpido que hay: existen miles de pruebas que vas dejando de tu delito. Las conversaciones de WhatsApp, los chats, los audios, tu dirección IP... Todo apunta a ti, descerebrado. Así que suerte en el juicio.

13

LEER NO ES UN COÑAZO

Que no, chaval, que leer no es un coñazo, lo que ocurre es que no te lo están vendiendo bien.

Piensa en un concierto —¿has ido a uno alguna vez?—. La emoción de comprar las entradas —¿quedarán, se habrán agotado?—, el día de la actuación por los alrededores del estadio, las colas, las carreras para coger buen sitio en la pista... Y cuando sale tu artista o grupo favorito... Hay gente que se pasa casi todo el concierto llorando de la emoción. Nos gusta ir porque vamos a los de nuestros cantantes preferidos, esos que hemos elegido libremente. En muchas ocasiones no hay un motivo claro para explicar por qué a unos les gusta Justin Bieber y a otros Lady Gaga. Quizás lo lleves dentro o puede que sea la edad. ¿Qué más da? Te pasas horas escuchando su música, te sabes sus letras y los has visto decenas de veces en YouTube. ¡Te gustan y punto!

Ahora voy a cambiar las tornas: imagina que te obligamos a escuchar música barroca —del siglo XVII— u ópera —que están muy bien, pero me juego el brazo derecho a que entre vosotros hay pocos fans de este tipo de género—. ¿Qué pasaría ahora con la música? Ya te lo digo yo: te parecería un coñazo. ¿Significa eso que la música es «una mierda»? No. Significa que estás obligado a escuchar un tipo que no te gusta. Y hacer cosas que no nos gustan nos resulta tedioso, aburrido, insufrible...

Yo creo que con los libros os pasa lo mismo: decís que leer es una mierda porque no habéis encontrado ninguno que os llame la atención, que os apasione de verdad. Los profesores somos tan torpes que, con tal de que podamos decir que, al menos, habéis leído uno por curso, os ponemos una lista de títulos obligatorios y, para rematar, os hacemos un examen. ¡¿Pero cómo os vamos a obligar a leer, si la lectura es un placer?!

Dicen los científicos —no todos, claro— que el cerebro humano tiende al mínimo esfuerzo. Es por ello que entre lo audiovisual y lo escrito este se inclina a lo primero porque se asimila más fácil y requiere menos trabajo.

Si esto es así, si nunca has encontrado un título que te guste de verdad, te estás perdiendo uno de los mayores placeres de la vida. Leer es un momento que dedicas a ti mismo y que te permite vivir historias que no serías capaz de imaginar con la mente tan capada que tenéis de tanta pantalla. Leer te permite identificarte con otras personas o situaciones y amplía tu mente hasta horizontes insospechados ahora mismo.

Está claro que no todos los libros consiguen esto, solo los que te enganchan de verdad. Podría decir que encontrar uno bueno es parecido a enamorarse: surge un flechazo con la historia. Te atrapa. Te agarra. A veces hasta da pena que se acabe. Otras no. Si eso ocurre, si empiezas un libro que no te gusta, te doy un consejo: déjalo. Hay miles esperándote en cualquier librería o biblioteca, no puedes perder el tiempo con una historia que no te emociona —¡caramba, sí que se parece esto al amor!—.

Un libro es un libro, no un matrimonio. Hay quien piensa que al empezar cualquier historia se firma con ella un contrato mediante el cual estamos obligados a terminarlo. ¡Ni mucho menos! Yo, a mis alumnos, suelo recomendarles que, antes de abandonar, lean unas cuarenta o cincuenta páginas. ¡Hay que dar una oportunidad a las historias! Si en ese tiempo el libro no te ha cautivado, fuera, a por otro.

¿CÓMO ELIJO UN LIBRO?

Esto me lo habéis preguntado cientos de veces y me encanta: es síntoma de que lo que os acabo de decir ha calado, aunque sea un poco.

No hay un motivo concreto o un elemento determinado en que fijarse para elegir un libro. Además, hay que tener muy claro que, a pesar de todo lo que te voy a decir ahora mismo, nadie nos libra de que nos equivoquemos en la elección y tengamos que dejarlo sin terminar. Bueno, me dejo de rollos, al grano:

PORTADA

¿Por qué crees que las editoriales tienen equipos especializados en el diseño de portadas? ¡Porque son fundamentales! Lo mismo que para los seres humanos la primera impresión es muy importante, para los libros también. Lo primero que vemos de ellos es su portada: cómo es, cómo está diseñada, si parece moderna, antigua, si tiene estilo...

En más de una ocasión he elegido un libro dejándome llevar por la portada: hay veces que he fallado, otras no; pero es un elemento que debes tener en cuenta. Aunque, ya sabes, «lo importante está en el interior».

TÍTULO

Del mismo modo, también disponen las editoriales de equipos expertos en elegir títulos para las obras que van a publicar. No es lo mismo que llegue un profesor nuevo y se presente con un «hola, me llamo Segismundo», a que llegue y diga: «Hola, me llamo Carlos».

Los nombres dan una idea de nosotros, como muchos otros elementos, aunque a veces equivocada, pero en el caso de los títulos de libros intentan reflejar lo que hay dentro —cosa que no pasa con el de las personas—. Segismundo puede ser el mejor profesor que hayas tenido en la vida y Carlos un borde impresentable.

Pero los libros sí dejan pasar algo de su interior, son un poco transparentes. Por ejemplo: *El marciano* está claro que trata de ciencia ficción. *Las penas del joven Werther* no es precisamente alegre y en *Asesinato en el Orient Express*, casi seguro que muere alguien.

Pero hay otros que juegan al despiste: *El extranjero* se refiere más bien a la sensación de sentirse un extraño dentro de tu círculo más íntimo. *1984* habla del futuro, al menos de cómo sería el futuro para su autor —y, oye, acertó bastante. ¿Sabías que de él está extraída la idea de *Gran Hermano*?—, y en *El túnel*, no hay túnel que valga.

Recuerdo una vez que estaba en la biblioteca de un instituto aconsejando a mis alumnos mayores para elegir su próximo libro. Uno de ellos se había leído el primero de su vida conmigo, un orgullo para mí. Bueno, pues este chico estaba buscando uno de

aventuras y no localizaba ninguno que le gustara. De repente, en la estantería de teatro —me apuesto lo que quieras a que ni siquiera sabía que estaba en esa estantería— encontró *Bodas de sangre* —por si no la conoces, es una obra de Lorca en la que una novia huye con su amante el día de su boda y acaba fatal, para algo es una tragedia—. Cogió el libro y me preguntó:

—Maestro, ¿esto es de vampiros?

Yo empecé a reírme por la ocurrencia y le dije que no.

—¡Pues entonces vaya mierda!

Al final encontró un libro que le gustó, se lo leyó y... ¡aprobó!

Lee los títulos, déjate llevar y sorprenderte por ellos, aprenderás un montón acerca del mundo de los libros y, al terminar —hay libros en los que el título no se entiende hasta el final—, algunos te dejarán pensando un buen rato. ¿Cuánto hace que algo o alguien no te deja pensando?

SINOPSIS

Con este palabro nos referimos al resumen del argumento que figura en la parte de atrás de los libros, la contraportada. Hay quien se va directo a ella para leer de qué va la historia que contienen las páginas de su interior y decidir si emprende o no la aventura de leerlo.

En realidad es lo más fácil. ¿Quieres saber de qué va el libro y dejarte de suponer su contenido en función de la portada y su título? Lee la sinopsis —ahora, que sepas que te has cargado toda la magia—.

AUTOR

Lo mismo que compras un disco —o te lo descargas o lo sigues en Spotify— de tu cantante favorito, aunque sea un truño, solo porque es suyo, hay muchos fans de escritores que hacen lo mismo.

Sobre todo ocurre con las sagas de *best sellers*: no todos los libros de *Harry Potter* tienen la misma calidad, pero una vez que la señora J. K. Rowling te ha enganchado a su octología —saga literaria compuesta por ocho libros—, cualquiera pasa sin comprarse el último lanzamiento.

Relacionado con esto te contaré algo muy curioso: dicen que, para probar si el público compraba en masa sus obras por su calidad literaria, por su nombre o por el personaje de Harry Potter, J. K. Rowling escribió una novela completamente distinta y la publicó bajo pseudónimo, es decir, un nombre falso.

Las ventas del libro apenas llegaron a los mil quinientos ejemplares —de la última entrega de Harry Potter vendió seiscientos ochenta mil en una semana—. Cuando se

filtró que *The cuckoo's calling* —la novela esta que apenas tuvo éxito— era de la propia Rowling, las ventas se dispararon en un... ¡500.000 por 100! ¿Cómo te quedas?

GÉNERO

Por último, puedes fijarte en el género que te apetezca leer. Quizás no conozcas al autor o no tengas ganas de fijarte ni en la portada, contraportada o título. No es tan raro, a veces tienes unas ganas locas de pizza, y te da igual a qué pizzería ir. Solo quieres una bien grande y cargada. Con los libros pasa lo mismo. Por determinadas circunstancias, por gustos personales o por cambiarlos, de repente te entran ganas de leer terror, o misterio, o amor... Lo que sea.

Como ocurre con la comida en los supermercados, los libros están ordenados por géneros tanto en las librerías como en las bibliotecas. En este caso solo tienes que ir a la estantería que te apetezca y empezar a bucear.

Tómate tu tiempo, un libro no se elige a la ligera. Como mínimo, dedícale el mismo que tardarías en escoger una prenda de ropa e ir al probador a ver cómo te queda. ¡Por qué no!

MI EXPERIENCIA PERSONAL

A mí me gusta mucho leer. Me gusta ahora, la verdad. De joven no fui un buen lector, y eso que mi madre me compró una colección entera de literatura juvenil de la que apenas leí diez libros.

Durante la carrera casi me hacen odiar la lectura. Ya te he dicho que estudié Filología Hispánica —Lengua y Literatura castellanas, para que nos entendamos— y estábamos obligados a leer las obras literarias que nos proponían de todos los periodos de la literatura. Los siglos XVIII y XIX son para cortarse las venas. La literatura hispanoamericana del XIX ya es la repera.

Por eso estuve una buena época sin leer. Ahora pienso que fue un error. Lo que debería haber hecho era haber leído otros libros que me quitaran el regusto amargo que me dejaban esas lecturas. Es como cuando comes una pipa que está mala y bebes para quitarte su sabor. Pero una mala no significa que todas lo estén. Hay millones de títulos esperándote. Seguro que alguno te gusta. Te lo digo yo.

14

EL PARO

Uno de los hechos que me demuestra que de la vida adulta sabéis más bien poquito, es que vuestro plan B es el paro —«No pasa nada si no estudio y no me sale trabajo, tendré paro»—. ¿¿Qué?? No, perdona, el paro no funciona así. Para poder cobrarlo es necesario haber trabajado antes, al menos, un año —¡sorpresa!—. Es decir, que por el mero hecho de estar sin trabajo no tienes derecho a absolutamente nada si no cumples unos requisitos. Además, solo cobrarás un tiempo proporcional al que hayas estado trabajando: no consiste en trabajar un año y vivir el resto de tu existencia de él. Si trabajas el año, podrás cobrarlo unos meses, cuatro para ser exactos.

¿Y cuánto cobrarías? Solo una parte de tu sueldo. Normalmente es el 70 por 100 durante los seis primeros meses —en caso de que tengas derecho a tanto tiempo— y hasta que se te acabe, el 60 por 100.

El paro, por lo tanto, tendría que ser tu última opción, porque nunca deberías llegar a la situación de estar desempleado y, en caso de que eso se produjera, intentar que sea durante el menor tiempo posible: tu objetivo debe ser tener un trabajo digno y estable. Y a esta meta solo se llega por el camino de la formación académica.

Que sí, que ya he hablado de que hoy es difícil encontrar un buen trabajo y que hay, por desgracia, mucha gente muy bien preparada en paro; pero si eso les ocurre a las personas que tienen mucha formación, imagina la situación de las que tienen menos.

Debes formularte las siguientes preguntas a la hora de plantearte tu futuro, teniendo en cuenta que existen múltiples variables que pueden influir y condicionar tus ideas iniciales.

- √ ¿Qué nivel de vida me gustaría llevar?
- √ ¿Qué profesión me gustaría desempeñar?
- √ ¿Qué estudios me llevan a ambos propósitos?

Normalmente el nivel de vida y la profesión van de la mano. Ya te he dicho que yo, como profesor de secundaria, cobro algo menos de dos mil euros al mes. Vivo bien, sin agobios, pero no me puedo permitir, por ejemplo, una casa en la playa, un coche de gama alta o irme de viaje todo lo que me gustaría. Pero este es el nivel de vida realista

que yo quería tener y la profesión que deseaba desempeñar: he encontrado el equilibrio. Muchas personas son esclavas de su trabajo o de su nivel de vida. Me explico.

Imagina que eres una persona tan ambiciosa que no te conformas con tener menos de tres casas —ciudad, montaña y playa—, un pequeño yate, un coche de gama alta y los caprichos que vayan surgiendo. Bueno, amigo, si este es tu caso, sabes que vas a necesitar una profesión que, probablemente, te quite tantas horas de vida que, aunque te proporcione el dinero suficiente para hacer frente a todos los gastos, te va a despojar de algo que no compra ninguna moneda del mundo: el tiempo.

Además, vas a necesitar sacarte algún grado de los más exigentes —o varios— y complementarlos con másteres en las más prestigiosas universidades.

Si por el contrario quieres llevar una vida más tranquila y con menos obligaciones desempeñando un trabajo de menor responsabilidad, ten en cuenta que hay un mínimo económico a partir del cual llegar a fin de mes se convierte en un reto. Ojo con los trabajos mal remunerados, ojo con los salarios mínimos, porque con ellos, sencillamente, no se vive.

Aunque para ser honestos, todos conocemos casos de personas que han conseguido levantar grandes empresas y tener un nivel de vida alto en relación con su formación académica.

Si este es tu modelo vital como alternativa a los estudios es probable que te estés olvidando de un aspecto superimportante: estoy hablando de personas muy trabajadoras que, en ocasiones, han sacrificado su vida para conseguir llegar hasta donde lo han hecho. No hablo de adolescentes vagos que, como manera de huir al trabajo y responsabilidad de sacarse unos estudios para los que están de sobra preparados, se han puesto a trabajar y han tenido suerte. No. Hablo de gente que tenía un objetivo y han hecho todo lo posible para conseguirlo a base de sacrificio y esfuerzo. ¿Es tu caso o, simplemente, estás escurriendo el bulto para estudiar lo menos posible?

En los institutos de pueblo en los que he trabajado, muchos alumnos veían en el PER —el paro agrícola—, su vía de escape a tener que sacarse la ESO —como si no fueran capaces...—. El PER consiste en que, por haber trabajado un número determinado de días en el campo —veinte como mínimo—, tienes derecho al cobro de cuatrocientos veinte euros al mes durante seis meses.

Si crees que es un chollo, vuelve al capítulo 2 e intenta encajar esa cifra en mi total de gastos mensuales. Solo de alquiler pago trescientos sesenta y cinco euros. Además, creo recordar que el año tiene doce meses...

NO ES ORO TODO LO QUE RELUCE

Tuve una vez un alumno al que le encantaba trabajar en el campo. Su familia, además, tenía un taxi —en un pueblo pequeño, ojo, no en una gran ciudad— y él estaba convencido de que quería dedicarse a eso y de que ir al instituto era una pérdida de tiempo. Solo venía para ser expulsado. Cuando llegaba de un periodo de expulsión la liaba lo más gorda posible para irse de nuevo a casa.

Un día de tantos que lo echaron de clase estaba yo de guardia y me quedé con él —bueno, un día...fueron muchos—. Siempre hablábamos de lo que haría en el futuro y yo intentaba ponerle los pies en la tierra y decirle que sin formación la vida se lo iba a poner muy difícil, a pesar de que tuviera algunos olivos y un taxi. Le hablaba de lo mismo que te estoy contando a ti sobre la vida, sobre lo que da de sí el dinero, sobre lo que es mantener una familia...pero nada, el tío era impermeable a todo lo que le decía.

Ese día en concreto me estuvo diciendo que, teniendo una calculadora, no le hacía falta saber de matemáticas. Entonces cogí mi móvil y, tras abrir la aplicación de la calculadora, se lo di y le dije:

—Vale, yo soy un tío que vende sulfatos —una sustancia que hay que echar a los olivos contra los hongos y otras plagas—. Tú me vas a comprar ochocientos cincuenta euros en sulfatos y, por ser tú, te voy a hacer un 37,5 por 100 de descuento; por lo que te los voy a dejar en setecientos ochenta euros. ¿Te estoy engañando? Ahí tienes la calculadora.

No fue capaz de decírmelo. Es más, ni usó la calculadora porque no sabía qué pasos tenía que dar. Estaba en segundo de ESO y había repetido dos veces. Es decir, rozaba los dieciséis y, en cuanto los cumpliera, se iría al campo a trabajar; dejaría los estudios siendo un analfabeto.

Si no tienes una formación digna, cualquier listillo podrá aprovecharse de ti, robarte en tu cara y no serás capaz de darte ni cuenta. Olvídate si quieres de la formación como algo que te proporcione una profesión que te guste y un nivel de vida digno, hazlo, aunque sea, por amor propio. Para que nadie sea capaz de engañarte nunca.

15

QUIERO SER FAMOSO

¡Claro! Y tener mucho dinero, una mansión en primera línea de playa, un cochazo, millones de seguidores en Twitter e Instagram y todo, ¿cómo?, por la vía rápida, ¿verdad? Como los famosillos estos de tres al cuarto de los programas que os gustan. Me parecen penosos, en serio, no entiendo cómo os pueden gustar, ¡si está todo preparado! Espero que, al menos, no te creas que lo que en ellos sucede es real...

¿Tú crees que ese es un medio de vida? La televisión tiene un problema: es un monstruo que, constantemente, necesita contenidos nuevos que sean devorados por nosotros, su audiencia insaciable. Es por esto que ahora todo pasa tan rápido de moda: el año pasado todos teníamos gafas de sol retro; este parece que se están poniendo de moda unas que no tienen montura.

Con las gafas de sol tiene un pase; al fin y al cabo no tienen ni sentimientos ni familia, pero ¿qué sucede con las personas? ¿No te has fijado en la cantidad de personajillos que salen en programas de televisión y cuya fama, con suerte, llega al mes?

La televisión está siempre ofreciéndonos contenido nuevo para mantenernos enganchados, pero esas personas —con sus sentimientos, su familia... no como las gafas—, una vez que pasan de moda, vuelven a sus miserias, vuelven a su vida normal y corriente que averigua tú cómo será.

Por eso creo que no debes tener como modelo de vida el famoseo. Porque hoy estás en todo lo alto y mañana puede que seas un completo desconocido. Y como tenemos la mala costumbre de comer todos los días, resulta que el mes de fama no nos va a dar para vivir hasta que seamos unos ancianitos y usemos bastón.

Que sí, que hay algunos que empezaron de esta forma y ahora se dedican a ello, pero ¿cuántos lo han intentado y han acabado devorados por la televisión? Piensa en *Gran Hermano*. ¿Cuántas ediciones ha habido y cuántos concursantes hay en cada edición? Habrán pasado más de cien personas en total, ¿verdad? Y ahora, ¿cuántas se ganan la vida con esto? ¿Kiko Hernández?, ¿Aída? Y ¿el resto? Conozco el caso de los gemelos que han montado un estudio de tatuajes porque necesitan un trabajo para seguir viviendo. La fama, salvo para unos pocos afortunados, es algo momentáneo que te hace estar en la cresta de la ola y, luego, volver a ser un completo desconocido.

Yo te puedo poner un ejemplo personal. Ya sabes que hace un tiempo grabé un vídeo —«Carta a mis alumnos suspensos»— que se hizo viral. Ya he dicho también que me llamaron de todas las televisiones, radios, periódicos... Una locura. Me llamaron hasta de Argentina para participar en un debate educativo. En esa época, el crecimiento de mis redes sociales fue espectacular: pasé de tener cinco suscriptores en YouTube —no usaba siquiera el canal— a más de mil; y tanto en Twitter como Facebook, de la noche a la mañana crecí en varios miles de seguidores.

Cuando pasó la ola volví a ser el de siempre: un profesor de Lengua y Literatura que trabajaba en un pueblo de Andalucía. En cierto sentido hasta lo agradecí, porque no te imaginas el agobio de tener que atender tantas llamadas y participar en tantos programas el mismo día. Solo decirte que un día iba de viaje en mi coche y tuve que pararme hasta en cuatro ocasiones para hacer cuatro entrevistas por teléfono. Una locura.

Pero de toda esta experiencia aprendí varias cosas:

- √ La fama es algo pasajero. No debemos tener como objetivo en la vida alcanzar un estado que solo dura unos días.
- √ Si queremos el éxito inmediato, mejor dedicarnos a echar al Euromillones todas las semanas.
- √ Podemos utilizar el tirón de manera positiva: aprovechar que nos hemos dado a conocer como punto de partida para una faceta de la vida que no esperábamos.

Yo lo he empleado para crearme un canal de YouTube en serio y compartir mis reflexiones. No me da dinero —aún tengo pocos seguidores y pocos vídeos—, pero ten claro que en esta vida las cosas llegan con trabajo, esfuerzo y perseverancia —digamos que es la suma de constancia y paciencia—.

Si, por ejemplo, te haces un blog para subir tus relatos y quieres que, en dos semanas, te lean miles de personas, vas listo. Puede que pasen años hasta que la cosa empiece a funcionar. Eso no quiere decir que lo que estés haciendo no valga, sino que, en el mundo de hoy, hay tanta oferta de todo que es muy difícil que quien tiene que descubrirete dé contigo.

A ti te pasa lo mismo: a lo mejor descubres algo que te encanta por internet —un escritor, un cantante, dibujante...lo que sea—, pero por pereza ni le das a me gusta. Mucho menos a compartir. ¡Pero si te ha gustado! ¿Por qué no tener un gesto con esa persona? Bueno, pues cuando lo hagan contigo, no te quejes. Somos así los humanos. Adorables, ¿verdad?

Si quieres ser conocido, que el motivo no sea salir en la tele a buscar pareja, estar relacionado con los cotilleos de algún famoso, o ser, directamente, un impresentable. Esa fama tiene los días contados porque hay miles como tú buscando su hueco en un espacio que está ya de sobra saturado. De gilipollas está el mundo lleno, solo hay que entrar en YouTube. Intenta que, si la gente te recuerda, que sea por algo útil, por algo que les sirva y que puedan compartir con los demás.

Así que paciencia, paciencia y más paciencia: confía en ti y en lo que haces. Te puede servir de motivación los inicios de personas muy conocidas: descubrirás que fueron completos desconocidos una vez y que ni en sus mejores sueños hubiesen pensado ser lo que son hoy. A Jesús Castro —el joven actor de *El niño*—, por ejemplo, lo descubrieron por casualidad en un *casting*, pero él estaba haciendo FP de Electrónica de grado medio.

Defreds, uno de los autores más leídos por los adolescentes españoles, tenía un blog que, al principio, no leían ni cincuenta personas. Yo —aunque no es comparable— escribí mi primer libro en 2011... ¡y me lo publicaron en 2015! Lo mandé a varias editoriales y no lo quería ninguna hasta que, años después, cuando casi me había olvidado del tema, me llamaron de una diciendo que, por casualidad, se lo habían encontrado en la carpeta *spam* y que les gustaba. Posteriormente, cuando salió al mercado me llamaron varias editoriales interesándose en el libro, incluso algunas que me lo habían rechazado o habían pasado de mí. Cosas de la vida.

Tú sigue tu camino, cree en lo que haces y tu día llegará.

TUS HABILIDADES

Cada día me sorprendo más con la cantidad de alumnos que tengo con habilidades ocultas: los tengo que dibujan increíblemente bien —¡y sin haber dado clases de dibujo!—; otros que tocan algún instrumento como *hobby*, como parte de algún grupo o, incluso, de alguna banda; los hay que escriben hasta mejor que yo —que no es que lo haga especialmente bien, pero bueno, ¡soy el profe!—, los hay que bailan y te dejan con la boca abierta...Esas son, precisamente, las habilidades que tenéis que potenciar. En algunos casos, veo más futuro dedicándose a eso que buscando cualquier otro trabajo con la formación que tendrán al salir del instituto.

Una vez tuve un alumno que tocaba la guitarra como nadie. Lo hacía fantásticamente bien y era un don natural, porque nunca había dado clases. Se ponía solo con su guitarra a sacar las canciones que escuchaba en la radio de oído y así se pasaba las tardes en su cuarto. Bueno, bien, ¿no? No del todo, en los estudios era un desastre. Vale, no hay que tener la ESO para ser una estrella del *rock*. Es más, uno de mis cantantes favoritos, Carlos Tarque —la voz de M Clan—, dejó el instituto a los dieciséis. Pero, como en tantos ámbitos, resulta que estamos hablando de uno de los grupos más importantes de España. O lo que es lo mismo, de casi una excepción.

¿Todos aquellos a los que se les dé bien la música se pueden permitir el lujo de no acabar sus estudios o de pasarlos sin pena ni gloria? No, porque solo unos pocos elegidos podrán hacer de la música su profesión. Y ¿el resto? El resto serán trabajadores como somos la inmensa mayoría y tendremos que ganarnos la vida con una profesión que va a depender casi totalmente de nuestro nivel formativo.

¿Implica eso que debes renunciar a los sueños? ¡No, en absoluto! ¡Lucha por ellos! Si existen son para ser cumplidos. Pero siempre, siempre, ten un plan alternativo. Siempre, siempre, ten un medio de vida. Nunca, nunca, dejes de lado aquello que te permita tenerlos.

Yo te recomiendo que conviertas tu afición en un medio de desconexión de aquello que te agobia o aburre. Lo mismo que tienes tiempo para el estudio o deporte, dedícale tiempo cada semana a tu *hobby*.

No uses las redes sociales para cotillear sobre la vida de los demás o ver vídeos absurdos que no te aportan nada: animate a crecer en ellas como alguien que tiene algo que decir —o, dicho de otra forma, para crear una marca personal— y, quién sabe qué te puede deparar el futuro si lo haces con constancia y de la manera correcta.

Que te gusta escribir, dibujar, reflexionar, bailar, cantar, pintar uñas con diseños chulísimos... ¡compártelo con el mundo! El plan podría ser el siguiente:

BUSCA ALGO QUE SE TE DÉ BIEN Y QUE TE GUSTE

Esta combinación es fundamental: si se te da bien, pero no te gusta, no tendrás la motivación suficiente para dedicarle un tiempo cada semana a ello, es decir, no podrás

crearte un hábito, una rutina. Si, por el contrario, te gusta, pero se te da mal, el resultado no tendrá la calidad suficiente para destacar dentro de la gran oferta que se puede encontrar en internet, y esto es básico para que el público se fije en nosotros.

HAZTE UN HORARIO SEMANAL PARA TU *HOBBY*

Lo mismo que para los estudios. No hay que pasarse, pues corres el riesgo de saturarte y terminar abandonando. Lo ideal es que encuentres tiempo que te permita hacerlo todo.

Sí, verás. Si te quedas con cosas pendientes tendrás una motivación para retomar la tarea al día siguiente o cuando tuvieras pensado. Si lo haces todo en un solo día tendrás dos problemas: el primero es que la sensación de tarea finalizada es un estorbo a tu motivación, pues la mente se queda con la idea de que el trabajo está terminado y te costará más retomar una tarea nueva —empezar de cero— al día siguiente. El segundo es que, quizás, por querer hacerlo todo en un solo día te estás pasando del tiempo que te habías marcado para la tarea y se lo estás robando a otras cosas. Con esto corres el riesgo de empezar a ver el *hobby* como una obligación más que como un divertimento, una afición, algo que te sirve para desconectar.

Yo, por ejemplo, me pasaría el día entero escribiendo. Pero si hiciera eso lo vería como una obligación que me está robando horas libres, horas de vida. Por eso solo escribo un poco a diario, aunque me queden cosas pendientes. Las apunto y así tengo una motivación para volver a coger el ordenador al día siguiente.

PIENSA EN CÓMO TE VAS A VENDER

Lo ideal es tener una página web como lugar central de tus creaciones y unas redes sociales que sirvan de apoyo y difusión. Hay que llevar ambas facetas parejas, a la vez. No puedes priorizar en una más que en otra, porque el proyecto quedaría cojo. Es decir, de nada sirve tener unas redes sociales excelentes que lleven a un blog abandonado. Y, al contrario, es inútil tener un pedazo de blog y unas redes sociales desiertas.

DALE CONTINUIDAD

En esto hemos pecado todos los que hemos decidido empezar un proyecto *online*: al principio tenemos muchas ganas y le dedicamos mucho tiempo y esfuerzo, pero conforme pasa el tiempo y vemos que no obtenemos los resultados esperados, comienza la apatía a hacer acto de aparición —el desgano, vaya— y empezamos a publicar cada más tiempo, a currárnoslo menos, a dejarlo de lado... hasta que nos damos cuenta de que hace un mes que no hemos publicado o subido nada. Esto está relacionado con lo

que te dije de que no debes dedicarle más tiempo del necesario al principio. Ten calma, madura las ideas y déjalas reposar. Es la mejor receta para tener éxito.

NO MEZCLES LO PERSONAL

Si vas a hacer un blog con una faceta tuya, digamos, profesional, no es conveniente que lo mezcles con tu vida personal, porque no te quieres hacer famoso por ella, sino por tu trabajo. Si deseas tener una cuenta para compartir tus cosas, créate una propia y dedícala solo a ello, pero no vayas intercalando en tu proyecto de blog o marca personal facetas privadas u otras actividades. Es decir: si eres escritor, eres escritor. No metas dibujos u otras cosas. Si quieres que te conozcan por cómo cantas, no subas al mismo sitio un tutorial sobre cómo actualizar Android.

La especialización, en muchas ocasiones, es la clave para que triunfe ese proyecto que tienes en mente.

Con estos cinco puntos ya tienes suficiente para empezar, es cuestión de ir pensando en el proyecto que te gustaría llevar a cabo y poner todos los medios y las ganas de tu parte para que se haga realidad.

Yo salgo a correr para pensar, quizás deberías probarlo; así, de paso, haces algo de deporte. Hay quien usa el ejercicio como forma de meditación. Da muy buenos resultados. Ponte música si quieres y márcate un recorrido que puedas completar en, al menos, media hora. Cuando empiezas a correr, poco a poco la mente se va relajando y las ideas empiezan a brotar como palomitas de maíz.

¿Y SI SOY YOUTUBER?

Es otra opción. Hoy día, con el *boom* que están teniendo los contenidos audiovisuales, muchos jóvenes, incluso ya en edad universitaria, pretenden orientar su futuro laboral hacia YouTube.

Esto, como idea, está bien, pero otra cosa es que pueda hacerse realidad. Me explico. Ser *youtuber* y vivir de ello es muy difícil. Es como responder a qué quieres ser de mayor con un «estrella de *rock*» o «futbolista famoso». Está claro que las estrellas de música y los futbolistas viven muy bien. Al menos en apariencia —luego habrá que bucear en sus vidas para descubrir sus miserias personales. Te sorprendería la cantidad de problemas con las drogas, traumas no superados, desórdenes mentales y demás baches por los que pasan estas vidas que para nosotros son de ensueño—.

Todo lo que he comentado anteriormente sobre la constancia, el esfuerzo y sobre ofrecer a la gente contenidos que les interesen lo puedes aplicar si quieres ser *youtuber*. Pero siempre debes tener clara una cosa: solo unos pocos elegidos pueden vivir de esta plataforma. La inmensa mayoría no gana absolutamente nada. En el puesto intermedio, un porcentaje muy escaso consigue un *partner*, es decir, un dinero al mes que no le da para vivir, pero le sirve como complemento, gracias a sus vídeos.

Para ello prepárate para conseguir muchos suscriptores y visualizaciones de tus vídeos ofreciendo a tu audiencia, igual que hacen las televisiones, contenido actualizado, de calidad y cada poco tiempo.

Ya te he dicho que yo tengo poco más de mil suscriptores a mi canal. Tengo un vídeo viral con más de medio millón de reproducciones. El siguiente lleva veinte mil. Cierra el podio otro con más de diez mil. En total, mi canal casi llega a las seiscientas mil reproducciones. Las ganancias que YouTube estima —y que todavía no he cobrado— no llegan a los cien euros.

No me refiero al mes, no, ¡sino al total desde el primer vídeo que subí! Como ves, no puedo vivir de YouTube. Lo uso como una red social más, como complemento para dar visibilidad a mi mensaje. Pero por ahora, eso es todo. Subo un vídeo cada semana y media, aproximadamente. Y me quita mucho tiempo.

Ten en cuenta que el vídeo hay que grabarlo y luego —que es lo que quita más tiempo— editarlo. Una vez subido solo queda esperar a que a la gente le guste. Y tus expectativas no tienen por qué ser las de la audiencia. Hay veces que un vídeo que crees que lo va a petar fracasa estrepitosamente, y al contrario: cualquier chorrada que has grabado, vete tú a saber por qué, triunfa.

Últimamente estoy usando también Facebook como plataforma para compartir mis vídeos y, la verdad, es que obtengo más visualizaciones que en YouTube. Pero Facebook no paga. Al menos, de momento. Tengo un vídeo en mi página con más de tres millones de reproducciones. Pero ya te digo, con cero euros de beneficios. Conclusión: no hay que desanimarse, no todo en la vida es el dinero inmediato.

Como ya te he dicho, debes tener las cosas claras, paciencia y trabajar lo mejor posible. En este sentido, y si quieres dedicarte a esto de YouTube, te pueden interesar

estos consejos.

PIENSA SOBRE QUÉ VERSARÁ TU CANAL

La especialización, como en el caso de los blogs, es fundamental. El público suele acudir a canales especializados para buscar la solución a sus problemas o la respuesta a sus dudas. Digamos que se fían más de los expertos.

Si en tu canal vas a hablar un día sobre cómo poner una marca de agua en tus fotos, otro sobre el último partido del Real Madrid y otro sobre la última aplicación que te has bajado, la audiencia no te tomará en serio. Estarás ofreciendo la típica imagen de maestro liendre, que de todo sabe, pero de nada entiende.

También puedes aprovechar el canal para dar a conocer tu habilidad, tu don: muestra cómo cantas —puedes versionar temas conocidos o los tuyos propios—, enseña a los demás a dibujar como tú, a hacer las manualidades que tan bien se te dan... Las posibilidades son infinitas; pero no varíes demasiado el repertorio.

LA PERIODICIDAD, FUNDAMENTAL

Conviene, en este punto, buscar el término medio. No hay que ser pesado y saturar el canal con vídeos cada dos por tres que lleguen a cansar a la audiencia. Pero tampoco hay que espaciar demasiado la publicación de los nuevos porque el público pierde el hilo. Quizás la mejor opción, para darte a conocer, sea la de un vídeo a la semana: así te dará tiempo a pensar con calma cuál será el tema de tu próxima entrega, a grabarlo y editarlo tranquilamente y a subirlo en un plazo de tiempo adecuado.

PRESTA ATENCIÓN AL *FEEDBACK*

Leer los comentarios es fundamental para conocer la imagen que tu público tiene de tu canal y sus contenidos. Hay mucho trol suelto, ten cuidado. Te recomiendo que, al primer insulto, bloques a la persona y te olvides de ello tan rápido como puedas. No pierdas tus energías en contestar, ni, mucho menos, permitas que te afecten sus comentarios. Haz todo lo contrario con los constructivos que te encuentres.

Después de subir varios vídeos, algunos suscriptores me pidieron que me comprara un micrófono porque el audio era malo. Encantado con la aportación, encontré uno en Amazon por menos de diez euros y la calidad del sonido ha mejorado de manera increíble.

Tu audiencia te puede guiar y orientar sobre los temas que más les interesan o proponerte sobre qué ha de tratar tu próximo vídeo. Y no solo mediante comentarios,

sino con las cifras de visualizaciones de tus entregas: cifras bajas indican temas poco interesantes. Cifras altas, todo lo contrario.

CUIDA EL LUGAR DE GRABACIÓN

El lugar que elijas para grabar tu vídeo será lo más parecido a un plató de televisión en el que, probablemente, hayas estado. Todo lo que te rodee y aparezca en pantalla ayudará a conformar, de manera global, el carácter de tu mensaje. Dice mucho sobre nosotros y nuestra manera de ser y de pensar. Huye de los escenarios aburridos o con poca luz. Aporta tu toque personal a la decoración que saldrá como fondo en la pantalla, pero ten en cuenta que tú eres el protagonista del vídeo, no lo que hay detrás.

EMPLEA BUENOS MEDIOS DE GRABACIÓN

Ya te he comentado la importancia del micrófono: los hay en internet a buen precio que funcionan perfectamente y se pueden acoplar tanto a un Smartphone como a una cámara réflex o de vídeo.

Hazte con un trípode, no apoyes la cámara en cualquier sitio. Y, hablando de la cámara: si tienes pensado usar la de tu teléfono, ¡graba en horizontal! Los vídeos en vertical dan una imagen de poca profesionalidad, de falta de cuidado y de improvisación que no te va a beneficiar en absoluto.

Yo, para mis vídeos, he usado tanto mi Smartphone como mi cámara réflex. Últimamente solo uso el móvil, porque la réflex que tengo no dispone de entrada para micrófono y la calidad de imagen, aunque varía, no dista mucho entre ambos dispositivos.

Como ves, tienes muchas alternativas para desarrollarte al margen de los estudios, pero siempre —o, al menos, hasta que puedas permitirte vivir de ello— como un complemento a estos, no como un sustituto.

Utiliza estas vías de desarrollo personal como un método para descargar el estrés que te produzcan los exámenes. Puede ser tu tiempo propio, ese que todos deberíamos dedicarnos, como mínimo, una vez al día.

¿QUIÉN GANA MÁS DINERO: CR7 O J. K. ROWLING?

Quítate una idea de la cabeza: el fútbol no es la profesión mejor pagada del mundo. En demasiadas ocasiones asimilamos éxito en la vida con triunfar en el deporte rey —ojo, rey en España, en Estado Unidos hay otros, aquí minoritarios, mucho más importantes: baloncesto, béisbol, fútbol americano...—.

La televisión, en ese sentido, ayuda a difundir otro tipo de éxito asociado al conocimiento, lo que sucede es que esos programas los vemos menos. Pero con el conocimiento también se puede ganar dinero, ¡y mucho!

Conoces *Pasapalabra*, ¿verdad? Varios concursantes se han llevado botes de más de un millón de euros. Una cantidad que, dependiendo de las circunstancias, puede incluso hacer que no necesites trabajar más. ¿Te imaginas vivir el resto de tu vida de las rentas que ha generado el premio de un concurso cultural? ¡La cultura te hizo rico!

Pero no solo *Pasapalabra*. Ahí tienes a *Boom*, con las Extremis, que, aunque no consiguieron el bote, se llevaron un buen pellizco cada una después de tantos programas seguidos. O los nada despreciables dieciocho mil un euros que se llevó, en un solo día —este dato es importante—, el último concursante que vi en *Ahora caigo*.

Así que, a partir de ahora, cuando te preguntes de qué te vale estudiar, una de las posibles respuestas puede ser para ir a un concurso de la tele a ganar dinero.

Volvamos al fútbol, ¿quién piensas que gana más dinero al año: el futbolista mejor pagado o el escritor mejor pagado? Te dejo solo el tiempo de leer estas palabras para reflexionar, porque justo abajo tienes la solución.

√ Escritor mejor pagado en 2016: James Patterson,
95 millones de dólares.

√ Futbolista mejor pagado en 2016: Lionel Messi,
32 millones de euros.

¿Qué te parece? ¿Cómo se te queda el cuerpo? ¿Ves como con la cultura también se gana dinero? Lo que ocurre es que la publicación de un libro no es algo tan espectacular como la final de la Champions —faltaría más—. El fútbol es espectáculo y, como tal, genera unos ingresos increíbles porque a los seres humanos nos encantan los espectáculos. Son el tipo de entretenimiento que menos esfuerzo requiere de nuestra parte.

¿Recuerdas eso de que el cerebro humano, por razones de eficiencia energética, tiende al menor esfuerzo posible? Eso es lo que no pasa con el fútbol: nos lo dan todo hecho, no tenemos que pensar, simplemente mirar cómo el balón va de un lado a otro perseguido por los jugadores. Además, para terminar de hacer perfecta la jugada, juegan con nuestros sentimientos, es decir, nos hacen implicarnos como parte de este o aquel equipo. Crean en nosotros un sentimiento de pertenencia a una comunidad, por eso hablas de «mi equipo de fútbol» y consigues con ellos una empatía que más quisieran los que se mueren de hambre en el tercer mundo.

Te alegras con sus victorias sin conseguir nada a cambio, ¿cuándo se ha visto tal grado de altruismo en el ser humano? ¡Si siempre hacemos las cosas por lo que conseguimos a cambio! Pero con el fútbol es distinto —«¡Hemos ganado el mundial!». Perdona, ¿cómo que «hemos»? ¿Es que has jugado, formas parte del equipo o te has llevado la prima económica?—.

Ese sentimiento es, precisamente, lo más valioso del fútbol como negocio y del deporte en general. Con la cultura no pasa lo mismo. Cuando Bob Dylan ganó el último Nobel de Literatura no escuché a nadie hablar en plural del premio —«¡Qué bien, Dylan, hemos ganado el Nobel!»—.

Sin embargo, y a pesar de todo esto que te estoy contando, la cultura es uno de los motores fundamentales que mueve el mundo. Ahí tienes las cifras económicas: un escritor de éxito es mucho más rico que CR7 y, con el paso de los siglos, su obra perdurará mucho más que los goles del astro portugués. ¿No te están entrando como unas ganas incontenibles de ponerte a escribir?

16

TU MÓVIL ES TUYO

En realidad es de quien lo haya pagado y, salvo honrosas excepciones, suelen ser vuestros padres quienes os pagan tanto el teléfono como sus facturas.

Hace un tiempo, los medios se hicieron eco del contrato que unos padres habían firmado con su hijo con relación al móvil. Era un contrato de préstamo en el que dejaban claro que ellos eran los dueños del terminal, pues lo habían pagado, y que lo que estaban haciendo era prestárselo para que lo usara. Causó mucho revuelo el asunto, pero tranquilo, no voy a darles ideas a tus padres.

Si estoy diciendo esto quizás te resulte extraño el título del capítulo. ¿Me estaré contradiciendo? ¡Por Tutatis, espero que no! Solo quiero hablarte de la sutil diferencia — nótese la ironía— con la que tratamos ciertos temas cuando a quien tenemos enfrente es a nuestros padres, profesores o pareja.

En todos los institutos en los que he trabajado estaba prohibido usar el móvil. Así de fácil. Si yo, como profesor, veía a un alumno usándolo en clase tenía todo el derecho del mundo a quitárselo y llevarlo a jefatura de estudios —además de ponerle a quien fuera un parte—. Una vez en jefatura, se quedaba custodiado hasta que los padres en persona iban al centro a recoger el teléfono y firmar un papel de recogida.

Había familias que lo usaban como castigo. ¿Te han quitado el móvil? Bien, pues ahora voy a tardar dos semanas en ir a recogerlo, ¡te aguantas!

Yo he quitado pocos móviles, la verdad. Ninguno para ser exactos, nunca me he visto en la situación. Pero sí sé de casos, porque los he vivido desde fuera, en los que el alumno en cuestión se ha puesto hecho una auténtica fiera. Precisamente por eso he tenido que intervenir.

Algunos de vosotros estáis tan absorbidos por el móvil que parece que os estén amputando un miembro del cuerpo. Os ponéis hasta violentos si un profesor, que está en su obligación de hacerlo, por cierto, os lo intenta quitar.

Este tema se parece mucho al de los límites de velocidad en las autovías: yo sé, porque las señales lo marcan cada poco, la velocidad máxima a la que puedo ir en cada tramo de autovía. Si decido, por el motivo que sea, ir siempre a ciento sesenta kilómetros por hora, luego no me puedo cabrear porque la Guardia Civil me ponga una multa. ¡Si sabía que estaba haciendo algo prohibido! Otra cosa es que esté o no de acuerdo con los

límites que impone la DGT, pero ese es otro cantar: no estar de acuerdo o, incluso, desconocer una ley no te exime de su cumplimiento —es decir, que ni aunque desconozcas una ley te libras de la sanción si no la cumples—. Llevar el móvil al instituto está prohibido. Si lo llevas, ¡atente a las consecuencias! ¡Qué menos!

RESPÉTATE PARA QUE TE RESPETEN

¿Y cuando es tu pareja quien te quita el teléfono? ¡Ay, amigo! En esos casos sois fierecillas domadas en vuestra inmensa mayoría. Y permíteme que te diga —desde el cariño, ¿eh?—, es patético.

Los estudios dicen que sois una generación muy machista. Manda narices que se haya luchado tanto para lograr cierta igualdad —tampoco es que lo hayamos conseguido— y ahora vengáis los jóvenes, los que tenéis que ir empujando, y hagáis retroceder las cosas. Pero, bueno, ahí también las familias y los profesores tenemos mucha culpa, pues somos los que os estamos educando. O, al menos, intentándolo.

Y ¿en qué se manifiesta este machismo? En que un porcentaje muy alto de vosotras ve normal que vuestro novio os revise el móvil para ver con quién habláis por WhatsApp o por vuestras redes sociales y en que un porcentaje también muy alto de vosotros ve normal revisarle el móvil a sus novias.

Pero vamos a ver, ¡tu móvil es tuyo! ¿Quién te crees que eres para revisárselo a nadie? Del mismo modo, ¿qué haces dejándole que te lo revise? Luego, a quien le plantamos cara es al profesor o a nuestras familias, pero con la pareja somos dóciles y sumisos.

Si tienes pareja y no confías en ella, qué quieres que te diga, mejor que lo dejes. Cualquier relación sentimental se basa en la confianza. Si esta falta, como que todo se viene abajo.

Los celos son la primera grieta que aparece en una relación. Si no se paran, son capaces de crecer hasta hacer que la brecha derrumbe todo lo construido.

Debes tener la dignidad suficiente para entender que el hecho de que tu pareja se crea con derecho a revisarte tus conversaciones y redes sociales hace que la relación que estás manteniendo no sea entre iguales, sino entre alguien que manda —quien revisa el móvil— y alguien que obedece —quien permite que se lo revisen—.

Cuando se mantiene una relación hay que aprender a respetar el espacio del otro. Ser novios no implica renunciar a lo que eres, a tus sueños, a tus expectativas. Ser novios significa compartir un proyecto de vida con alguien y ayudarlo, precisamente, a que pueda cumplir sus sueños, pues se supone que eso mismo están haciendo contigo.

Claro que hay momentos en los que hay que renunciar a ciertas cosas por tener pareja, pero todo depende de hacia dónde se incline la balanza. Normalmente, van a pesar más los buenos momentos que los sacrificios. Esa es la clave del éxito. Cuando el peso comienza a desplazarse hacia el lado de los sacrificios llegan los reproches y, con ellos, la infelicidad.

Recuerda que tener pareja es dar y recibir en equilibrio. Hoy por ti, mañana por mí. Y todo porque el estar con esa persona nos hace felices. Lo que ocurre es que, a veces, tenemos una idea errónea de la felicidad.

Recuerdo una vez que estábamos leyendo en 4.º de ESO un fragmento de *Robinson Crusoe*, obra del inglés Daniel Defoe. Trabajábamos en concreto el momento de la novela en el que el padre de Robinson, postrado en su recámara por culpa de la gota,

aconseja a su hijo que no se vaya al extranjero en busca de aventuras —buena parte de razón tenía el hombre, teniendo en cuenta cómo acabó su vástago—. Le dice que solo los que tienen ánimo de vagabundo o los locos son capaces de abandonar casa y patria por esa clase de extravagantes proyectos. Finalmente y como argumento principal, le habla de la felicidad, entendida en aquella época como un concepto social y económico: la verdadera felicidad es la de la clase media, que evita las penurias de la clase baja y los agobios de la alta. La verdadera felicidad, para el padre de Crusoe, está en no ser ni rico ni pobre.

Discutimos el tema en clase y me di cuenta de que tenéis, como norma general, un concepto de felicidad tan sui géneris —tan extraño— como el del fragmento leído en clase. Del debate que surgió extrajimos una serie de conclusiones sobre lo que debería ser la auténtica felicidad:

- √ La felicidad es algo positivo: nada que te esté haciendo daño te puede hacer feliz. Una relación sentimental, por ejemplo, donde hay más discusiones que palabras de amor, donde hay peleas, celos, desconfianza...te hace sufrir, no ser feliz. La felicidad, por lo tanto, debe ser buscada en la alegría, en lo que nos motiva a seguir adelante, en lo que nos reconforta. Nunca en lo que nos hace daño.
- √ La felicidad no es un regalo, hay que luchar para alcanzarla. En esta vida todo se consigue con esfuerzo, nadie nos va a regalar nada. Si tu sueño es ser mecánico, médica, arquitecto o cantante, lucha por ello. Ponlo todo de tu parte y confía en ti mismo: eres capaz de sobra. Vivimos en un mundo muy competitivo donde solo los mejores consiguen las metas que se proponen, pero ¿quién te dice a ti que no eres tú uno de ellos?
- √ La felicidad se encuentra en muchas cosas a la vez: si centramos nuestra felicidad en una cosa, persona u objetivo, si no conseguimos lo que nos hemos propuesto seremos infelices de por vida. Hay que diversificar y encontrar en cada pequeño detalle y en cada día algo que nos haga felices. Podemos tener un trabajo que no nos guste, pero, en cambio, al salir, nuestras aficiones, familia o amigos pueden darnos todo lo que esa jornada laboral no ha sido capaz de ofrecernos.

Claro que hay momentos en la vida en los que la felicidad queda secuestrada por algún motivo importante que capta toda nuestra atención: la enfermedad de un familiar, los exámenes finales...pero la vida continúa inexorablemente y, con ella, su constante búsqueda.

Si aprendes a vivir encontrando esa felicidad dispersa, siempre tendrás un motivo para sonreír cada día.

¿QUIÉN SOY REALMENTE?

Durante la adolescencia no estamos para términos medios: o tenemos una imagen exageradamente buena de nosotros mismos o nos infravaloramos de una manera alarmante. La cosa es situarse en un extremo.

Debemos ser realistas y saber cuál es nuestro papel en cada uno de los contextos en los que nos movemos: en casa, en el instituto, en el equipo —si es que pertenecemos a alguno—.

¿Nunca te ha pasado que, en determinadas asignaturas, cambian los compañeros y, con ellos, tu manera de ser y de comportarte? Yo me fijo mucho en esas cosas y la verdad es que cambiáis bastante dependiendo de las circunstancias. Eso no es malo en absoluto: significa que tenéis la madurez suficiente para saber qué situaciones distintas requieren de comportamientos diferentes. Sabéis adaptaros, por resumir.

Alumnos que cumplen con el papel de graciosos en determinadas clases, cuando en otras se ven sin sus amigos más cercanos, suelen ser más callados y pasan a un segundo plano. Los hay a los que el cambio de asignatura les viene muy bien, pues con sus amigos, son unos vagos redomados, y en cuanto estos desaparecen, trabajan con normalidad. ¡Qué importante es el contexto!

Pero no siempre usamos de manera correcta el cambio de actitud en función del contexto. Seguro que tú te comportas en casa de una manera y en clase de otra. Esto puede parecer una perogrullada —algo que se cae por su propio peso por obvio—, pero no lo es, porque, en ocasiones, puedes estar haciendo daño a las personas que más quieres, tus padres y hermanos.

Verás, todos los años que llevo trabajando he sido tutor, tanto en la ESO como en bachillerato. Ser tutor, además de proporcionarte una hora extra para conocer a tus alumnos y hablar con ellos de temas que se salen de la rutina diaria de las asignaturas, te permite conocer a sus familias —al menos a las que vienen al instituto—.

Te aseguro que la inmensa mayoría —por no decir la práctica totalidad de las familias que recibo— se preocupa por sus hijos y, cuando acuden al centro, hablamos de qué será de vosotros en el futuro o de la situación por la que estáis pasando en estos momentos.

Recuerdo con tristeza el caso de un padre que estaba completamente desesperado con el comportamiento de su hijo —que, por cierto, terminó dejando los estudios en 4.º de

ESO antes de titular, qué pena...— y se estaba planteando, incluso, dejar su trabajo e irse a vivir a otra localidad, arrastrando consigo a sus otros hijos y esposa, con tal de que este chico cambiara de aires, de amistades y de actitud ante la vida.

Tus padres lo darían todo por ti. Es una clase de amor que solo experimentaremos cuando somos nosotros los padres y las madres de nuestras criaturas. Puede que por eso, en parte, no entendamos cómo se portan con nosotros.

Bueno, no perdamos el hilo. Te decía que una de las quejas fundamentales de las familias que vienen a verme es que cambiáis mucho de comportamiento en vuestra casa y en el instituto. Esto afecta, fundamentalmente, a los que sois más callados en clase y, en casa, sacáis un genio, un carácter fuerte que pocos nos hubiésemos esperado de vosotros por lo que vemos durante el horario escolar.

No se trata, obviamente, de ir dando malas contestaciones a diestro y siniestro cada vez que algo nos siente mal o nos sintamos contrariados, pero tampoco podemos descargar toda la frustración, enfado o como lo quieras llamar en casa.

ERES MUCHO MÁS DE LO QUE PIENSAS

Hay un refrán que dice: «Mejor una vez colorado que ciento amarillo». Significa que es mejor afrontar con decisión las situaciones difíciles que arrepentirse luego por no haberlo hecho. Si lo traducimos a nuestra vida cotidiana, sería algo así como que, en clase, cuando te sientas enfadado por algo, cabreado con alguien o frustrado por algo que pensabas que iba a salir bien y ha salido mal, mejor sacar ese sentimiento negativo en el momento.

No se trata de tomarse la justicia por tu mano o hacer alguna barbaridad, simplemente mostrar un enfado si se tiene y dejar escapar esa ira antes de regresar a casa y soltarlo todo allí de golpe como si tus padres o tus hermanos tuvieran la culpa de lo que te ha pasado.

Pero este no es el único comportamiento tipo que me encuentro en mis clases: los hay que están muy subiditos, que se creen algo que no son y van tratando a los demás con la punta del pie, mirando a su alrededor por encima del hombro. ¡Un poco de calma, chaval! Sí, un poco de calma porque para mí, y para muchos otros profesores, no eres más que un simple adolescente venido arriba que se cree lo que no es. ¿Que eres guapo? Muy bien, ¿y qué? Prefiero ser guapo con treinta, que tengo muchas más opciones de disfrutarlo, que con quince años, la verdad. ¿Que sales mucho? Muy bien, ¿y qué? Sales porque tus padres te dejan y porque te lo pagan. Yo no tengo que pedirle permiso a nadie y, además, me lo pago todo. ¿Que eres muy inteligente? Muy bien, ¿y qué? Como sigas con esa actitud, tu inteligencia será el único amigo que tengas dentro de poco. Espero que os lo paséis bien juntos.

Si tenemos un alto concepto de nosotros mismos, realmente, tenemos suerte. Hay muchas personas que lo pasan muy mal porque no se valoran lo suficiente. De ahí nacen los complejos y algunas depresiones. Pero hay que saber gestionar de manera correcta la alta autoestima, pues puede ser igual de dañina que la baja.

Si ofreces constantemente a los demás una imagen de superioridad, estos terminarán por repudiarte, por darte de lado. Además, hay que tener en cuenta que esa superioridad que das tan por segura puede que solo la vean tus ojos y, para el resto del mundo, seas solo un prepotente que va presumiendo o de cosas que no tienen importancia o, directamente, de nada —el típico: «¿Este qué se creará?»—.

Creo que lo mejor es ser natural y aprender a aceptar las cosas tal como nos vienen. Ojo, eso no implica que luches por cambiarlas si no te son favorables. Pero esto llega después. Antes tienes que aceptar las circunstancias para, más tarde, plantearte cambiarlas.

Tendrías que ver las risas que nos echamos mis amigos y yo cuando vemos las fotos de nuestra adolescencia. Por aquella época todo nos parecía un mundo, hasta un simple grano. Ahora nos vemos y nos horrorizamos de cómo éramos, de cómo vestíamos...

Puede parecerte muy frívolo, pero, si ahora tienes alguna clase de complejo físico: estás —o crees estar— gordo, te ves feo, desgarbado... te aseguro que es una situación

temporal y que todos los que en la adolescencia nos hemos sentido así, mejoramos mucho con el tiempo.

 Date unos años de plazo —vale, somos muy impacientes y lo queremos todo ya. Pero, lo siento, para esto tendrás que esperar— y ya verás cómo te ríes de cómo eres y de cómo piensas ahora mismo. Es ley de vida.

18

Y NO NOS DAMOS CUENTA...

Decía al principio del libro que somos unos privilegiados, pero no nos damos cuenta. Y es que no hay nada peor que tenerlo todo y no valorarlo. Eso nos pasa mucho con las parejas. De hecho, hay un refrán que, aunque se puede aplicar a muchos campos de la vida, para el tema de las relaciones sentimentales viene como anillo al dedo —nunca mejor dicho—: «No sabes lo que tienes hasta que lo pierdes».

Este dicho también se puede aplicar, por ejemplo, a la salud. Realmente, no valoramos la enorme suerte que tenemos de estar sanos hasta que caemos enfermos. Y no hay que pensar en males terribles como el cáncer u otros que tengan un alto riesgo de muerte. Un simple resfriado nos vale —¡qué incómodo es dormir con la nariz taponada por los mocos!—. Cuando los mocos no te dejan dormir, ¿qué? Bien que te acuerdas de cuando tenías las vías despejadas.

Tampoco es cuestión de irse a los extremos o consolarte en función del mal de los demás. Me explico. Imagina que te quejas amargamente porque, en tu casa, no tienes piscina y debes esperar a que otros amigos con ella te inviten a disfrutarla. Podría llegar otra persona que viviera en un albergue municipal y decirte que, al menos, tenías casa. Pero a esta podría llegarle otra que está debajo de un puente y decirle, que, al menos, tiene un albergue. Y si nos ponemos a rizar el rizo, al de debajo del puente podría llegarle otro que durmiera completamente al raso y decirle que, por lo menos, no le llueve encima.

Como ves, siempre hay personas que, por desgracia, están en peores situaciones que la tuya. Y eso, precisamente, te debe servir para valorar lo que tienes y dar gracias por ello. Tener altas metas y ser ambicioso es bueno siempre que lo sepas llevar, nunca te debe arrastrar al peligroso terrero de infravalorar lo que eres, lo que has conseguido o lo que tienes.

La mayoría no experimentaremos perderlo todo o que nuestro nivel económico y, por lo tanto, de vida, se vea reducido drásticamente —es decir, mucho—. Es por ello que la única manera de valorar lo que tenemos es ser conscientes de la cantidad de comodidades que disfrutamos solo por haber tenido la suerte de nacer en un país del primer mundo.

También podríamos compararnos con los millones de personas que salen, a diario, en los telediarios pasando calamidades y pobreza extrema. Estamos tan acostumbrados a ello —y, además, a la hora de comer, para reforzar más aún las diferencias que nos separan— que hasta nos hemos insensibilizado. Vemos imágenes de un hospital con niños muriendo de hambre mientras les decimos a nuestros padres que no queremos más, que guarden lo que sobra o lo tiren a la basura.

Obviamente la solución no está en dejar de comer, no seas infantil. Que tú no te termines el filete no aporta nada al de la tele que se muere de hambre. Pero que tomes conciencia y valores lo que tienes, sí. Que no pases de él, desde luego. Que te importe, aunque sea un poco, por supuesto que también.

Además de Lengua, doy Valores Éticos en 4.º de ESO. Enfocamos las clases en torno al debate sobre temas de actualidad o cuestiones relacionadas con dichos valores que salen en películas, cortos, documentales o vídeos de YouTube.

Hace poco vimos *Invisibles*, un documental superduro de Médicos Sin Fronteras, una ONG, que cuenta historias reales muy, muy duras a través de sus protagonistas. En concreto vimos dos de ellas. «Cartas a Nora», centrado en las experiencias de inmigrantes que trabajan en España y envían dinero a su familia. En este caso, la protagonista tenía a su hermano enfermo en Bolivia, uno de los países más pobres de Hispanoamérica, por una enfermedad conocida como mal de Chagas, que afecta a unos dieciocho millones de latinoamericanos y por el que mueren cincuenta mil personas al año. Se trata de un parásito transmitido por la chinche llamada vinchuca, que anida en la paja y en el adobe de las chozas de Latinoamérica; esto es debido a la deforestación de los bosques, su hábitat natural. Bueno, pues cincuenta mil personas al año y dieciocho millones de afectados, todos pobres, no son un mercado atractivo para las empresas farmacéuticas, así que, sencillamente, no invierten en la creación de una cura porque no les saldría rentable. Así de fácil y así de duro.

También vimos «Crímenes invisibles», sobre las violaciones y abusos sexuales que sufren las mujeres de zonas en guerra de la República Democrática del Congo. Este fue brutal y nos dejó tocados. Y eso ya fue algo, es decir, trabajando estos contenidos en clase no buscamos ni misioneros ni gente que se líe la manta a la cabeza y se vaya de voluntario a intentar hacer del mundo un lugar un poco mejor, no. Con tal de que no sintáis indiferencia y os quedéis «tocados» como nos pasó a nosotros, ya habremos hecho mucho.

Por cierto, *Invisibles* ganó un Goya en 2008 y lo puedes encontrar en internet si lo quieres ver. Pero es duro, ¿eh?, aviso.

PRESTA ATENCIÓN

Para que comprendas mejor cómo está repartido el mundo y seas consciente de la suerte que tienes —que tenemos— voy a hacer un experimento. Tomaré como ejemplo la que podría ser tu clase del instituto y que tiene treinta alumnos, un número estándar que representa, más o menos, la media de nuestro sistema educativo. Trasladaré a ella las cifras reales de las desigualdades que se producen en el mundo, es decir, ¿y si en el mundo hubiera solo treinta personas? Así verás, en un tamaño más asimilable y cercano, que no todo es tan fácil como piensas. Comienzo.

→ ¿Cuántos compañeros de clase crees que no tendrían acceso a agua corriente? Es decir, habría algunos que no tendrían grifos ni tuberías y que, para poder beber, cocinar, lavarse... deberían recorrer unos cuantos kilómetros hasta la fuente de agua más cercana medianamente potable. Seguramente, si tú bebieras esa agua, tendrías que ir al hospital, pues tu estómago no estaría preparado para una tan sucia y, con casi total seguridad, no te podrías separar del váter.

En esta situación estarían cuatro de tus compañeros. En mi primero de ESO, por ejemplo, de veintiocho han suspendido solo dos. Es decir, habría el doble de personas que no tendrían agua en su casa que de suspensos.

→ ¿Cuántos de tus compañeros piensas que nunca habrían podido asistir a una escuela? Hablamos de niños que no han recibido ninguna clase de alfabetización: no saben leer, ni sumar, ni escribir... ¡nada! Y no creas que se han pegado la vida padre levantándose tarde y jugando a la Play, no. Son prácticamente los mismos que no tienen agua en su casa y pasan la mañana yendo a la fuente.

O peor, son niños soldados a los que han raptado de sus familias y los han obligado a matar por una causa que desconocen. Son niños a los que les han robado su vida. Pues de esos habría cinco en tu clase. Terrible.

→ Toca el recreo y ¿qué es lo primero que coges antes de salir al patio? ¡El bocadillo! En algunos institutos —no lo hagas en el tuyo, por favor— mis alumnos calentaban los bocadillos en los radiadores. Los colocaban envueltos en su papel de aluminio entre las tuberías y llenaban la clase de un olor que más bien aquello parecía una bocadillería. El ingenio no tiene límites. Luego se estropeaban y ellos tenían que pagar la factura, entonces no les hacía tanta gracia.

Si seguimos con esta explicación, tengo que decirte que, en tu clase, habría cinco compañeros que no llevarían bocadillo. Pero es que habrían ido sin desayunar. Es más,

cuando llegaran a casa después del instituto, tampoco comerían, ni merendarían ni, mucho menos, cenarían. Es decir, estarían desnutridos. Si los vieses sin camiseta te darías cuenta de que estarían literalmente en los huesos. Y correrían el riesgo de morir de hambre. Cinco de tus compañeros, es brutal.

→ Cuando vas de invitado a casa de tus amigos, quizás aproveches para echar un ojo y ver cómo está decorada, si es más grande que la tuya, más fea... —un poco de cotilleo—.

En tu clase habría once compañeros —¡casi la mitad!— que no tendrían aseos. Nada. Si debes hacer tus necesidades te vas al campo. Imagina, por correlación, cómo será el resto de la casa. ¿Crees que tener un baño es algo básico? Ah, amigo, cuidado con esa mentalidad de primer mundo.

→ También has de saber que en siete de esas casas no habría electricidad. ¿Te imaginas vivir sin ella? ¿Dónde cargarías el móvil? ¿Dónde enchufarías la lavadora? ¿Y el frigorífico? Entonces, sin congelador, ¿qué pasaría con la comida? Es terrible vivir sin electricidad en pleno siglo XXI, ¿verdad?

Y hablando de algo relacionado con la electricidad. De tu clase real, ¿cuántos no tenéis internet? Afortunadamente, el cien por cien de mis alumnos tiene acceso. Si no es porque tengan wifi en casa —que no todos la tienen—, al menos tienen datos en el móvil o se conectan a través de la red del instituto. Me apuesto lo que sea a que tienes internet. ¡Y menos mal! Porque te volverías loco si no tuvieras. Bueno, ahí va el dato de esta clase imaginaria. De los treinta que sois en clase, veintiuno no tendríais internet. De ninguna clase. ¿Cómo te quedas?

→ Más numeroso sería el número de los que no tendrían ordenador, ni móvil, ni *tablet* ni nada. ¡Vivir sin móvil! ¡Sin *tablet*! ¡Sin un ordenador, aunque fuera viejo!

Veintitrés de tus compañeros no tendrían nada de eso. ¡Solo siete privilegiados vivirían como tú vives ahora!

→ Voy ahora con algo más importante. Te pones malo y ¿adónde vas? Al médico. Es algo básico, ¿no?

Pues no lo es, porque de tu clase habría once compañeros que no tendrían acceso a una sanidad digna. Es decir, casi la mitad, si enfermaran, no tendrían adónde ir: ni ambulatorio, ni hospital, ni farmacia ni nada. Dependerían exclusivamente de que alguna ONG trabajara por la zona y pudiera prestarle ese servicio.

Pues, chaval, así está repartido el mundo. ¿Te habías dado cuenta de que, en todas las clasificaciones, siempre has estado en el lado de los privilegiados? En demasiadas

ocasiones, tus preocupaciones son superfluas, poco importantes: que si quieres un móvil mejor —sin valorar que ya tienes uno—, que si quieres más datos —sin valorar que tienes acceso a internet—, que no te gustan las matemáticas —sin valorar que tienes acceso a una educación que es, además, gratuita—, que no te llevan a comprar ropa —cuando, con toda la que tienes, se pueden vestir dos o más personas—, y así podría seguir hasta que me cansara yo de escribir y tú de leer.

Aprende a valorar las cosas que tienes, al fin y al cabo, no te las has ganado con tu trabajo, estaban ya ahí cuando naciste. Disfruta de los regalos que te da la vida porque no todo el mundo tiene la suerte de haber nacido donde tú, con esa seguridad, esa sanidad, esa educación, esa casa con agua corriente, baño e internet. Haciendo esto, seremos conscientes de que millones de personas que lo pasan mal existen.

A MODO DE DESPEDIDA

Cuando comenzamos en septiembre parece que el curso va a ser eterno, pero no lo es y, en la mayoría de los casos, antes de que nos demos cuenta, ha llegado junio y toca despedirse, al menos por un tiempo, de compañeros y profesores.

Claro, que no todos volverán, sobre todo esos profesores que llegaron como sustitutos y a los que, en ocasiones, se les coge más cariño que a los sustituidos.

Ya sabes que he pasado por catorce institutos distintos. Catorce centros con sus catorce claustros de profesores. Compañeros que han pasado por mi vida, con los que he compartido muchas horas de trabajo y con los que, por un motivo o por otro, no mantengo ningún contacto.

Bueno, tampoco es que sea un marginado, claro que sigo teniendo amigos o conocidos de este o aquel centro en el que he trabajado, pero son pocos. Pocos y bien elegidos, ya sabes lo que dicen de los amigos.

Catorce centros, también, con todos sus alumnos: ¡esos sí que son muchos! Muchas historias que se quedan pendientes cuando te vas a un instituto nuevo: ¿cómo le habrá ido a Laura, que terminaba cuarto y comenzaba al año siguiente bachillerato? ¿Cómo le irá en la carrera a Miguel, que quería empezar una ingeniería el año que viene? ¿Terminará Antonio la ESO o se dejará llevar por la mala vida? ¿Seguirán escribiendo relatos con las mismas ganas que lo hacían conmigo? ¿Llegará un nuevo profesor que les haga amar u odiar mi asignatura?

Al final, quieras o no, se os coge cariño. Y eso a pesar de todas las broncas que os echamos. Pero en el fondo os queremos, no pienses que no. Vosotros también nos cogéis cariño, hasta a los profesores más personajes, ¡reconócelo!

A lo largo de las páginas de este libro he intentado transmitirte todo lo que intento enseñarles a mis alumnos en clase. Si te has fijado, no ha habido una sola lección sobre Lengua Castellana y Literatura, porque creo que los profesores no estamos solamente para trasladaros el conocimiento que tenemos sobre esta o aquella asignatura, sino también para transmitir la pasión por el conocimiento, para ampliar las fronteras de vuestra mente, para enseñaros el mundo que hay más allá de las cuatro paredes del aula o del límite comarcal de vuestro pueblo.

Los profesores somos modelos de vida. Pero, ojo, entendido en los dos sentidos de la palabra. No, no me refiero a la moda, sino a modelos positivos y negativos. Un modelo

es una figura que te enseña algo aprovechable que te sirve de inspiración en el caso de los modelos positivos, y algo malo que no has de imitar si hablamos de los negativos.

Yo me presento ante ti con todos mis defectos, con mi experiencia. Te hablo de las cosas que me han pasado para que tengas una imagen anticipada de las que le pasan a una persona normal como yo o como tú y que, cuando llegue el momento, la vida no te coja desprevenido. Y te coge, digo si te coge...

En el fondo no puedo más que sentirme en parte responsable de vosotros como personas adultas que seréis dentro de poco. Si algo de lo que te he intentado aportar a lo largo del curso o a lo largo de estas páginas ha calado, aunque sea un poquito, en ti, me doy por satisfecho en mi trabajo.

El sintagma nominal se te olvidará, las obras de Lope de Vega, mal que me pese, también. Cuando seas mayor y te toque ejercer el papel de padre y tengas que ayudar a tus hijos con el análisis de oraciones subordinadas —si es que aún se sigue dando—, quizás no recuerdes lo que diferencia una adverbial propia de una impropia.

Mi trabajo va más allá. Se hace efectivo cuando eres capaz de empatizar con una persona que tiene un problema y aconsejarla correctamente porque has sido capaz de interiorizar el modelo de vida que he intentado transmitirte.

Mi trabajo se muestra cuando las charlas que suelto sin anestesia hacen reflexionar y poneros las pilas.

Mi trabajo se materializa cuando, de repente, te das cuenta de lo que vales y decides que te vas a comer el mundo en lugar de que él te coma a ti y terminas estudiando el grado o ciclo que querías y trabajando de lo que te gusta.

Ese es el trabajo del profesor. Eso he intentado hacer. Espero haberlo conseguido.

Date un paseo por tu interior, date la oportunidad de conocerte: descubrirás a una persona maravillosa que, quizás, no está sacando de sí todo el potencial de que dispone. Puedes terminar la ESO. Puedes hacerlo, además, con un alto de nivel de conocimientos que te sirvan para bachillerato. Luego, lo vas a terminar: tendrás que estudiar, pero unos cuantos libros no podrán contigo. Soñar está muy bien, pero los sueños se cumplen despierto.

Así que, ¡espabila, chaval!

Espabila, chaval

Cómo no suspender y aprovechar el tiempo en el instituto

Pablo Poó Gallardo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de cubierta, Planeta Arte & Diseño

© fotografía de la cubierta, Javier Linares

© Pablo Poó Gallardo, 2017

© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2017

Ediciones Temas de Hoy es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda/ Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2017

ISBN: 978-84-9998-631-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Safekat, S. L.

www.safekat.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

BIENESTAR



¡Síguenos en redes sociales!



Índice

Sinopsis	7
Dedicatoria	8
PIENSA UN POCO...	9
1. Y YO... ¿PARA QUÉ ESTUDIO?	12
¿De verdad crees que estudiar no vale para nada?	13
2. UN MES CUALQUIERA DE TU FUTURO YO	17
Ser adulto no es barato	19
3. ¡ES QUE NO SÉ ESTUDIAR!	20
¿No te gusta estudiar? ¡Qué novedad!	22
4. ¿CÓMO ESTUDIO PARA UN EXAMEN?	30
¿No te concentras?	33
¡Pregunta las dudas, leche!	35
¡Seguimos con los pósitos!	38
Y ya que estamos escribiendo...	41
Cada maestrillo tiene su librillo	43
5. ¿UN TRES? ¡PUES YA NO ESTUDIO MÁS!	45
No te rindas a la primera	46
6. ¿QUÉ HAGO PARA APROBAR?	48
Diez consejos para no suspender	49
7. ¿BACHILLERATO O GRADO MEDIO?	58
Bachillerato	60
Grado medio	70
8. ¿PARA QUÉ VOY A HACER MÁS?	73
Exprímete al máximo	74
9. ¡QUÉ DE CLASES!	77
Clases de estudiantes	79
Clases de padres. Y de madres, claro está	81
Clases de profesores	83
Clases de institutos	86
10. CÓMO SOBREVIVIR EN EL INSTITUTO	88
La clase de «alto nivel»	89

La clase mixta	92
La clase floja	93
La clase jungla	94
11. ¡ME TIENEN MANÍA!	95
Lo siento, tenemos cosas más importantes que hacer	97
12. ¡NO QUIERO IR A CLASE!	99
Consejos si estás siendo víctima de acoso escolar	101
Algunas palabras por si eres acosador	103
El ciberacoso	104
13. LEER NO ES UN COÑAZO	106
¿Cómo elijo un libro?	108
Mi experiencia personal	111
14. EL PARO	112
No es oro todo lo que reluce	114
15. QUIERO SER FAMOSO	115
Tus habilidades	118
¿Y si soy youtuber?	121
¿Quién gana más dinero: CR7 o J. K. Rowling?	124
16. TU MÓVIL ES TUYO	126
Respétate para que te respeten	128
17. ¿QUIÉN SOY REALMENTE?	130
Eres mucho más de lo que piensas	132
18. Y NO NOS DAMOS CUENTA...	134
Presta atención	136
A MODO DE DESPEDIDA	139
Créditos	141
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!	142